

LISA BOUCHARD



NO BIG DILE

ISABELLA PROCTOR
COZY PARANORMAL MYSTERIES - BOOK 4



No es Gran Col

Misterios acogedores de Isabella Proctor

Libro 4

Lisa Bouchard

Copyright 2021 por Lisa Bouchard

Todos los derechos reservados. Excepto lo permitido bajo la Ley de Derechos de Autor de EE. UU. de 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma o por ningún medio, ni almacenada en una base de datos o sistema de recuperación sin el permiso previo por escrito del autor.

Editora: Kathryn Barnsley, KRB Editorial

Diseñadora de portada: Karen Dimmick, Arcane Covers

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o eventos reales es pura coincidencia.

Ninguna parte de este trabajo puede ser reproducida, o almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o de otra manera, sin el permiso por escrito del editor.

Table of Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Sobre la autora](#)

Acerca de este libro

¿Qué puedes hacer cuando un enemigo reclama santuario en tu hogar?

Hester Johnson no es la persona favorita de nadie, pero cuando llega a la Casa Proctor suplicando que la escondan, la familia Proctor la acoge.

Cuando algo asusta a Hester, huye... directamente hacia su asesino. ¿Es coincidencia que la dejen en la puerta de Isabella?

El peligro nunca ha sido mayor para el detective Palmer e Isabella necesita protegerlo, encontrar al asesino y mantener los secretos de su familia.

Capítulo 1



—Será como unas minivacaciones. ¿Qué es lo peor que podría pasar?

Sí, claro. Estaba segura de que Delia no pensaba que lo peor que podría pasar fuera un asesinato, pero entonces, ¿quién esperaba un asesinato a la vuelta de cada esquina?

Estaba haciendo fila, esperando para registrarme en nuestra habitación en el Hotel Charlesbank en Boston. Estas "minivacaciones" en las que Thea y Delia me habían convencido de participar eran una conferencia para propietarios de pequeñas empresas en Nueva Inglaterra. Y esa era yo, propietaria de una pequeña empresa. No sabía qué esperar del fin de semana. Esperaba conocer a más dueños de boticas y tal vez venderles algunas de mis creaciones menos mágicas. Mi tienda se beneficiaría de vender más artículos que yo no fabricara. Estaba nerviosa por pasar un fin de semana lejos de la tienda y de mis clientes, pero estaba bastante segura de que se las arreglarían sin mí por un par de días.

La correa de mi pesada bolsa comenzó a lastimarme el hombro, así que la dejé en el suelo. Había cientos de personas en el vestíbulo y no parecía lleno. Había tanto ruido que no podía oír la fuente en el centro de la sala, y a pesar de que la habitación tenía media docena de sofás y muchas más sillas, no había dónde sentarse.

En el centro de la sala había un bar con dos camareros muy ocupados atendiendo a la gente en la barra y en el vestíbulo.

Los participantes de la conferencia estaban de pie charlando, y parecía que todos se conocían excepto yo. Parte del fin de semana estaba dedicado a conocer a otros propietarios de negocios, así que tal vez no me sentiría tan excluida al final del fin de semana. Solo deseaba que esta fila para registrarse avanzara más rápido. Cada vez que las puertas del hotel se abrían, el aire viciado del vestíbulo era reemplazado por lo peor de la marea baja y el escape de los autobuses.

Ya estaba cansada. Cansada de estar de pie en la fila y cansada de mantener mis escudos mentales a plena potencia cada segundo para protegerme de la acumulación de magia ambiental que se encuentra en cualquier gran ciudad.

Sentí un toque en mi hombro y me di la vuelta. Joyce Ogilvie, propietaria de Beach Candles en Rye, New Hampshire, me sonrió. Su pelo teñido de rojo se veía tan poco natural hoy como la primera vez que la conocí cuando quería que Trina llevara sus velas en la botica.

—Hola, querida. ¿Nos hemos conocido antes?

—Sí, señora Ogilvie. Soy Isabella Proctor. Ahora dirijo la Botica de Portsmouth.

Estaba a punto de decir algo cuando un estruendo llamó nuestra atención. Me volví hacia el ruido y vi uno de los expositores de la conferencia tirado en el suelo. Junto al expositor estaba Caroline Arneson, con aspecto desconcertado.

La sala quedó casi en silencio. —No es tan resistente como parece —dijo con una risita mientras lo recogía.

—Oh, esa mujer. Mi pobre esposo fallecido no la soportaba, y ahora veo por qué —dijo la señora Ogilvie.

Volví a mirar a la señora Ogilvie, cuya sonrisa se había transformado en un ceño fruncido.

A mí tampoco me caía bien Caroline Arneson. Había estado presionándome para que vendiera mi tienda desde el momento en que su antigua propietaria había muerto. Afirmaba que necesitaba el espacio para su propio negocio y que le rogaría que la comprara en unos meses cuando me diera cuenta de que no podía manejar el trabajo. De hecho, me encantaba el trabajo, y la botica ganaba nuevos clientes cada semana. De ninguna manera quería renunciar a mi ubicación privilegiada en Market Square. No solo no quería vender, sino que sentía que de alguna manera estaría abandonando la memoria de Trina si reubicaba la tienda.

—Es una vergüenza —continuó la señora Ogilvie.

Caroline Arneson tenía una vida difícil, y no mucha gente lo sabía. Su marido la golpeaba y ella no estaba dispuesta a dejarlo.

Eso era algo que yo no entendía. Actuaba como si tuviera toda la confianza en sí misma del mundo. Tal vez la confianza en sí misma no era lo que necesitaba para finalmente defenderse.

Intentaba ayudar siempre que podía, pero ella nunca se tomaba mis consejos en serio. Eso no me impedía intentarlo, sin embargo.

—No lo sé, no me gusta tomar decisiones apresuradas sobre las personas. Nunca sabemos realmente lo que está pasando en la vida de alguien más.

Ogilvie frunció los labios. —Supongo que tienes razón. Pero aun así, un poco de decoro ayuda mucho.

—Puedo atender al siguiente huésped —dijo una empleada del hotel. Me sorprendió ver que me hablaba a mí.

—Buenas tardes y bienvenida al Charlesbank. ¿Está aquí para la conferencia de pequeñas empresas?

Sonreí a la joven de aspecto agobiado. —Sí, lo estoy. Isabella Proctor, me registro por mí misma y por mis dos primas, Thea y Delia Proctor.

Mis dos primas que pensaron que sería divertido dejarme hacer fila mientras ellas daban una vuelta.

Le entregué mi licencia de conducir recién emitida y posiblemente no del todo legal, y mi tarjeta de crédito empresarial.

—Un momento, señorita Proctor, mientras la registro.

No es que mi licencia no fuera legal. La obtuve en el Departamento de Vehículos Motorizados, excepto que la conseguí después del horario de atención, de un hombre que le

debía un favor a mi novio.

Tal vez el detective Steve Palmer era mi novio, o tal vez no. No tenía una mejor descripción para nuestra relación en ese momento. Le preparé la cena una vez: sándwich de queso a la plancha y sopa de tomate. Él me llevó al parque para un picnic nocturno y a ver una obra de teatro. Dos veces esa noche casi nos besamos, pero nunca llegó a suceder.

Había pasado más de un mes desde nuestro picnic, y nuestros horarios no nos habían permitido pasar tiempo juntos desde entonces.

En fin, me atrapó conduciendo sin licencia durante el verano, y en lugar de arrestar a una amiga, arregló que su amigo en el DMV me diera una. No era algo que fuera contando a mucha gente.

—Y ya está todo listo —dijo la mujer mientras me devolvía mi licencia y tarjeta de crédito—. Estás en la habitación 498. Toma el ascensor hasta el cuarto piso y gira a la izquierda.

Tomé las tarjetas llave que me entregó y sonreí. Le guiñé un ojo rápidamente a la señora Ogilvie al pasar y fui en busca de mis primas.

Las encontré en la tienda de regalos, mirando una exhibición de mercancía turística de alto precio y baja calidad, todo con la palabra "Boston" estampada de una forma u otra. La tienda también tenía los habituales mini artículos de tocador de ocho dólares, almohadas de viaje, dulces y revistas.

Thea tomó una bola de nieve y me la entregó. —Mira el precio que están cobrando por esto —susurró.

Con cuidado, di vuelta a la bola para leer la etiqueta del precio. Cincuenta dólares. Me estremecí al pensar en lo poco que verían de ese dinero las personas que ensamblaron las bolas.

—No creo que puedas conseguir el mismo precio en Portsmouth —dije. Dejé la bola y les entregué sus tarjetas llave—. Voy a subir a la habitación. Aquí están sus llaves.

—¿Ya pasaste la fila? Pensé que seguro tomaría al menos una hora —dijo Thea.

—No, solo se sintió como una hora, hablando con la mujer detrás de mí y viendo a Caroline Arneson derribar un expositor.

Delia frunció el ceño. —¿Está ella aquí?

—¿Escucharon el estrépito de antes? Fue ella.

—Me pregunto si está aquí para la conferencia —dijo Delia.

—Por lo que parece, ha empezado temprano su fin de semana. Ni siquiera son las cuatro todavía —dijo Thea.

—A mí me pareció un accidente. En fin, me voy a la habitación —dije.

—Iré contigo. Mejor desempacamos antes de la cena —dijo Thea.

Ojalá pudiera decir que nuestra habitación era algo espectacular, pero era una habitación normal con dos camas dobles, un baño, una cómoda y una mesa pequeña. No planeaba pasar mucho tiempo en la habitación, así que no me importaba.

—¿Quién duerme sola esta noche? —preguntó Thea.

Resolvimos la cuestión con nuestro antiguo método de resolución pacífica de conflictos: piedra, papel o tijera.

Delia sacó piedra, y Thea y yo sacamos tijeras. —¡Sí! —exclamó Delia mientras colocaba sus bolsas en la cama más cercana a la ventana.

Desempaqué mi bolsa de viaje y me senté en mi lado de la otra cama. Solo había ido a trabajar un par de horas por la mañana, y no volvería hasta el lunes a las diez de la mañana. Aunque sería difícil socializar con tanta gente todo el fin de semana, al menos era un cambio agradable.

También era agradable alejarse de la Casa Proctor. Mi edificio de apartamentos tenía más de un mes de trabajo de reconstrucción antes de ser habitable de nuevo, y yo estaba contando los días. No me malinterpreten: amaba a mi familia, y habían hecho grandes avances en tratarme como una adulta que podía vivir su propia vida como quisiera, pero vivir con ellos no era lo mismo que vivir por mi cuenta. No estaba segura de que alguna vez fuera a poder sacar a mi gato, Jameson, de la casa. Dondequiera que se volteara, alguien quería acariciarlo, prepararle una comida especial o pedirle su opinión sobre una pieza complicada de magia.

Obviamente, no era un gato cualquiera, era mi familiar. Tenía más de doscientos años y estaba absolutamente convencido de que sabía más que las siete brujas Proctor juntas.

Puede que no estuviera equivocado.

Jameson se quedó en Portsmouth durante el fin de semana, y ya lo echaba de menos. No me había dado cuenta de cuántas veces me dirigía a él para charlar o hacer preguntas. Pero como estaba en casa, también me tomé un descanso de nuestro horario de entrenamiento. Me hacía trabajar duro todas las noches, después de un día completo en la botica, aprendiendo nuevos hechizos y cómo mejorarlos con el amuleto de la Hermandad de Brigid. Decía que lo estaba haciendo aceptablemente bien. Yo pensaba que no le gustaba dar cumplidos y que lo estaba haciendo genial.

—Estoy aburrida —dijo Delia—. Vamos al bar a ver gente.

—De acuerdo —dijo Thea, y se dirigió a la puerta.

—Espera, ¿no irás vestida así, verdad? —le preguntó Delia.

Thea miró sus zapatillas agujereadas, jeans y camiseta. —Me veo bien.

—Claro que sí, si vas a limpiar un sótano mohoso. Si quieres causar una buena impresión con otras compañías de tours, tal vez no.

Thea suspiró. —No empaqué mucha ropa que se vea elegante.

Delia sonrió. —Me lo imaginé. ¿Recuerdas cómo me molestaste todo el camino por empacar demasiado para un fin de semana? Es porque también tuve que empacar ropa decente para ti.

Thea puso los ojos en blanco. —Bien. Lo que sea. Tú dime qué ponerme y me lo pondré. Pero no sé si me gustará.

Delia rebuscó en su bolsa y sacó un suéter de cachemira azul marino con cuello en V, unos jeans oscuros y un par de zapatos planos de cuero negro con punta plateada. —Pruébate esto. Es lo más sencillo que pude armar como atuendo.

Pude notar que a Thea no le desagradaba, porque cuando salió del baño tenía una pequeña sonrisa en los labios.

—Thea, te ves genial —exclamé. ¿Cómo había logrado Delia encontrar ropa que le quedara perfecta a Thea?

Delia pasó junto a Thea y se cambió a un vestido negro y un suéter verde corto. Mi corazón se hundió, porque ella también se veía genial.

Mi ropa se había arruinado en el incendio del apartamento, y había estado reemplazando lentamente lo que podía con hallazgos en tiendas de segunda mano. No había encontrado mucho.

Delia me entregó algo de ropa. —Y por si pensabas que me había olvidado de ti en mi gran extravagancia de compras, no fue así.

Tomé el paquete y lo extendí sobre la cama. Un suéter rojo sorprendentemente similar a mi suéter favorito y un par de pantalones de vestir negros. —¿Me compraste ropa?

Delia me entregó un par de tacones bajos negros. —Y zapatos.

—Simplemente le da vergüenza que la vean en público con nosotras, eso es todo —dijo

Thea.

Nos reímos y logré no manchar mi maquillaje con lágrimas de gratitud. —Eres la mejor.

Mi ropa también me quedaba perfecta, pero supe por qué cuando sentí el cosquilleo de la magia al ponérmela. —¡Has encantado la ropa!

—Es un hechizo en el que he estado trabajando desde hace un tiempo. La primera vez que te pones la prenda, el hechizo ajustará la ropa para que te quede como si hubiera sido hecha a medida. Además, no se mancharán, y puedes cepillar cualquier suciedad y se verán como nuevas otra vez.

—Inteligente —dije—. Puede que nunca quiera usar otra cosa.

Delia se sonrojó. —Jameson me ha estado ayudando con esto. Creo que no existe un hechizo que él no conozca. Y traje suficiente para cada una de nosotras para todo el fin de semana.

Probablemente tenía razón sobre Jameson. —Bien, vamos abajo a conocer a algunos hombres de negocios aburridos.

—O al menos a tomar una copa de vino antes de la cena.

Mientras bajábamos en el ascensor, consideré tomar una copa de vino. Podría ser agradable relajarme un poco esta noche ya que no estaría entrenando con mi gato.

La puerta sonó y se abrió. Aunque no éramos las únicas personas con esta idea, el vestíbulo estaba lo suficientemente vacío como para que pudiéramos escuchar el agua de la fuente. —Vamos a sentarnos allí —dije, señalando la mesa más cercana a la fuente.

Nos sentamos y uno de los camareros vino a tomar nuestro pedido inmediatamente. — Buenas noches, señoritas, soy Marco, su camarero. ¿Puedo ofrecerles algo de beber para empezar?

—Me gustaría una copa de Malbec —dije.

—Lo mismo para mí —dijo Thea.

Delia hizo una pausa por un momento. —Me gustaría un martini de espresso.

Nos dedicó una sonrisa. —Volveré en un momento con sus bebidas y les dejaré nuestro menú.

—Es bastante guapo —dijo Delia.

—No tienes ninguna oportunidad con él, te está juzgando por ese pedido tonto de bebida —dijo Thea.

—No es una bebida tonta. Lo busqué, y es una de las diez bebidas más pedidas. No es mi culpa si no quiero una copa de vino tinto como ustedes dos señoras anticuadas.

Marco regresó con nuestras bebidas. También nos trajo una tabla de quesos y galletas. Le sonrió a Thea. —El queso es cortesía mía. ¿Puedo traerles algo más para comer?

¿Desde cuándo los camareros regalan comida?

Delia dejó su menú. —¿Podemos pedir una orden de papas fritas con curry y una orden de pretzels suaves?

Eso me sonaba bien, así que le entregué mi menú.

—Por supuesto...

—Señoritas, qué agradable verlas aquí —interrumpió un hombre bajo. Me resultaba familiar, pero no podía ubicarlo.

Marco se fue con nuestro pedido, y el hombre se unió a nosotras.

—Señor Branham, qué gusto verlo —dijo Thea.

Evan Branham, el asistente del alcalde de Portsmouth. Con razón me resultaba familiar.

Le hizo una seña a Marco y un gesto con la mano para pedir otra bebida. —Qué bueno

ver a algunas empresarias locales aquí este fin de semana. Por supuesto que hablarán maravillas de Portsmouth a todos los presentes, ¿verdad? Estamos listos para algunas oportunidades de franquicias en nuestra creciente ciudad, y si podemos atraer tres o cuatro, habrá sido un buen trabajo de fin de semana.

¿Nosotros? ¿Acaso esperaba que trajéramos negocios?

—¿Quieres unirme a nosotras para tomar algo? —preguntó Delia.

Tomó un vaso de cerveza de Marco. —Ahora no puedo. Tengo que ponerme a trabajar. Pero hablaremos más tarde este fin de semana.

Una vez que se alejó, miré a Thea. —¿Cómo sabías quién era?

Puso los ojos en blanco. —Lleva seis meses intentando que hagamos un recorrido basado en su casa y granja. Jura que es un lugar histórico, pero no proporciona ninguna prueba.

—Podría ser bueno que el asistente del alcalde les deba un favor —dije.

Delia negó con la cabeza. —Pasa más de un minuto con él y te dan ganas de darte un baño. Tiene una forma de ser con la que ninguna de las dos quiere lidiar.

Marco regresó con nuestros aperitivos. —Estamos cerrando el comedor exterior para la noche, acaba de empezar a llover.

Esperaba que la lluvia disipara algo de la magia antigua que podía sentir.

—Estaremos encantadas de pagar por la tabla de quesos —dijo Thea.

—No es necesario. Esperaba intercambiarla por tu número —dijo Marco.

Me quedé sorprendida. De las tres, Thea siempre era la última a la que invitaban a salir. Este era un cambio agradable.

Ella tomó su teléfono y agregó su número.

Estaba a punto de preguntarle dónde estaba la farmacia más cercana cuando escuché una voz familiar al otro lado de la sala. Los cuatro nos giramos para ver a Caroline Arneson discutiendo con Joyce Ogilvie.

Caroline se levantó de su mesa para que Joyce ya no estuviera de pie sobre ella. —¿Sabes por qué no vendo tus velas? Porque son baratas y mis clientes no las quieren.

—¿Perdón?

—Ya me oíste, baratas. Tu cera está tan llena de aire que cuando los clientes levantan la vela, saben que los están estafando y que las velas se acabarán en un abrir y cerrar de ojos.

Joyce miró a Caroline de arriba abajo. —Tus clientes deberían estar acostumbrados a comprar cosas baratas.

Antes de que llegaran a las manos, Marco se interpuso entre las dos mujeres. —Tengo una mesa para usted, señora, justo aquí. Si pudiera seguirme. —Tomó el brazo de Joyce y la escoltó a la mesa junto a nosotras.

Joyce nos miró a las tres. —Oh, son ustedes otra vez, las de la fila. ¿Escucharon lo que esa horrible mujer me dijo?

—Todos en el vestíbulo escucharon lo que las dos tenían que decir. Difícilmente creo que este sea el momento o el lugar para buscar pelea con alguien que no te agrada —dijo Thea.

Capítulo 2



A Joyce no le gustó el comentario de Thea, así que se alejó de nosotras y no volvió a hablar hasta que llegó la hora de la cena en el salón de baile. —Ya era hora —murmuró mientras atravesábamos las puertas dobles.

Las arañas iluminaban la gran sala, y las velas en cada mesa proporcionaban un cálido resplandor. Joyce Ogilvie se sentó en una mesa vacía cerca del frente de la sala, así que elegimos la mesa del rincón trasero. Los manteles de damasco gris resaltaban la porcelana blanca y los camareros recorrían la sala, sirviendo vino a los invitados sentados.

Había un micrófono en el estrado al frente de la sala y cuando pareció que estaba llena, el alcalde de Boston lo usó para darnos la bienvenida y presentar al primer orador. Durante la cena, hubo ocho presentaciones de ciudades de toda Nueva Inglaterra, cada una buscando que las empresas se expandieran a su región.

El alcalde adjunto Branham hizo un trabajo razonablemente bueno destacando los beneficios fiscales bajos para los negocios en New Hampshire, junto con nuestro creciente número de turistas y población en aumento. Cuando terminó, me alegré de vivir en Portsmouth.

El alcalde de Farmington, Rhode Island, por otro lado, hizo un trabajo terrible cuando le preguntaron sobre la tasa de criminalidad de su ciudad, la corrupción policial y el agua casi imbebible.

Me alegré de que hubiéramos comido aperitivos en el bar, porque la frase "cena de pollo de goma" era una descripción precisa de nuestra comida. —Nunca volveré a dar por sentada la cocina de la tía Nadia —dije mientras movía el calabacín demasiado cocido en mi plato.

—Yo tampoco —dijo Delia.

—Al menos tenemos el buffet de postres para esperar más tarde —dijo Thea.

Nuestra agenda decía que el karaoke seguiría a la cena. Decir que el karaoke no era lo mío era quedarse corto. Me encantaba cantar, pero no podía dar las notas correctas. Ni siquiera por accidente, si le creías a mi profesor de música del instituto.

Una vez que los oradores terminaron, las tres salimos del salón de baile y tomamos asiento junto a la fuente de nuevo. No éramos las únicas personas con esta idea, y el karaoke que escuchaba cada vez que se abrían las puertas del salón me decía que habíamos tomado la decisión correcta.

Vimos al personal del hotel preparar el buffet de postres y disfrutamos del aroma de las salsas de chocolate caliente y caramelo calentándose para la barra de helados. Me pregunté si la hiedra venenosa del Sr. Rippon estaba mejorando, y si debería llamarlo para ver cómo estaba. Cerré los ojos y traté de liberar la tensión entre mis hombros. Mis clientes estarían bien sin mí durante el fin de semana. Estaba aquí para relajarme y divertirme un poco con mis primas.

El personal descubrió todo en el buffet de postres, y la gente comenzó a hacer fila.

—¿Postre? —les pregunté a Thea y Delia.

—Si vamos todas, perderemos nuestra mesa —dijo Thea—. Deberíamos ir por turnos.

Me puse de pie. —Buen plan. Iré primero.

La larga mesa tenía brownies, ocho sabores diferentes de helado, más salsas de las que podía nombrar, e incluso más coberturas para espolvorear sobre la crema batida.

Tomé un cuenco y uno de los camareros puso un brownie en él. Caminé a lo largo de la mesa, diciendo sí o no gracias a cada persona. Cuando llegué al final de la mesa, estaba bastante segura de que tenía al menos dos días de calorías en mi cuenco.

—¿Eso es solo para ti? —preguntó Delia.

Miré el cuenco. —Se suponía que era para mí, pero tal vez debería conseguir un par de cucharas y podríamos compartir.

Thea levantó la vista de su teléfono. —¿Qué?

—Está enviando mensajes a Marco —dijo Delia.

—Podríamos pedir otra bebida —sugirió Thea.

Caroline Arneson salió del comedor y se sentó en nuestra silla vacía. Llevaba un vestido rojo ajustado con un par de tacones de plataforma y parecía que estaba aquí para divertirse. —¿Pueden creer lo aburrido que fue eso? Pensé que me quedaría dormida allí mismo en mi ensalada.

Tal vez si hubiera asistido a muchos de estos fines de semana, también me habría aburrido. Me habría gustado escuchar más charlas orientadas a mi negocio, pero honestamente, si quisiera eso, probablemente tendría que organizar mi propia conferencia para dueños de negocios mágicos. —No estuvo tan mal —dijo Delia.

—No sé, pero seguro que odiaría ser el alcalde de Farmington en este momento —Caroline se rio—. Hizo un trabajo terrible.

Seguí su mirada hacia un grupo de hombres de negocios mayores que estaban de pie junto al bar. —Podría haberme casado con un hombre de negocios. Creo que mi vida habría sido mucho mejor. Créanme, chicas, nunca se casen con un policía. Siempre serán segundas después del trabajo.

—¿Por qué dices eso? ¿Tu marido es realmente tan malo? —preguntó Delia.

Cerré los ojos. Nunca les había contado a mis primas sobre los problemas en el matrimonio de Caroline, y dudaba que ella quisiera hablar de ellos ahora.

—Me pregunto... estadísticamente hablando, la mitad de esos hombres están divorciados. No tiene sentido saltar del barco sin tener dónde aterrizar —dijo.

Mis abuelos eran la única pareja felizmente casada que conocía. Mi madre y mis tías no habían podido hacer que sus relaciones con nuestros padres duraran, así que me sentía tan desencantada como Caroline. Solo que nuestro enfoque era diferente. Ella estaba buscando otro

hombre, y yo ni siquiera había estado buscando al que tenía. Tal como estaban las cosas, la mayoría de las personas que conocía ya no consideraban el matrimonio un compromiso de por vida.

Caroline se levantó y tiró de su vestido para que quedara liso. —Deseadme suerte —dijo mientras se dirigía al bar.

Thea puso los ojos en blanco. —Está tan desencantada que me hace feliz de estar soltera.

—Algo debe haberle pasado, la mayoría de la gente no tiene un corazón tan duro —dijo Delia.

La vimos reír y coquetear hasta llegar al centro del grupo de hombres. Casi de inmediato, un hombre alto con un traje impecable y un toque de gris en las sienes le tocó el brazo. Ella se acercó a él y se rio de algo que dijo. —Es una mujer adulta y puede hacer lo que quiera —dije.

Y realmente lo creía, pero aún así la vigilaba.

No éramos amigas, ni de lejos. Pero conocía su secreto, y era mi clienta, y de alguna manera eso me hacía sentir un poco responsable de ella.

Alrededor de media hora después, otro hombre se unió al grupo. Parecía ser amistoso hasta que agarró el brazo de Caroline.

Ella hizo una mueca. —¡Oye, para eso! Me estás haciendo daño.

Él no la escuchó y la sacó del grupo de hombres. Para mi consternación, ninguno de ellos intervino para detenerlo.

No estaba firme sobre sus pies y casi se cae cuando ella intentó mantenerse firme. —Sé lo que hiciste. Solo admítelo y te dejaré en paz.

Ella parecía genuinamente confundida. —Ni siquiera sé quién eres.

Su cara se puso roja de ira. —Soy Ken MacCormack.

En lugar de acobardarse ante su ira, ella sostuvo su mirada. —Lo siento, ¿nos hemos conocido? No tengo idea de lo que estás hablando.

—Solo admite lo que le hiciste a mi hermano —dijo él.

—No sé de qué estás hablando. Nunca nos hemos conocido antes.

—No, no nos hemos conocido. Pero has conocido a mi hermano, Lee. Y sabes exactamente lo que le hiciste.

Podía decir por la forma en que lo miraba que no tenía idea de lo que estaba hablando. —Si no me sueltas, voy a llamar a la policía.

Algunos de los hombres del grupo en el que había estado empezaron a alejarse. Cobardes. Me levanté y caminé hacia ella.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté, esperando poder sonar despistada y desactivar la situación antes de que alguien saliera herido.

La mirada de MacCormack se dirigió hacia mí. —¿Sois amigas vosotras dos? Yo tendría cuidado si fuera tú, arruinará tu negocio tan fácilmente como arruinó el de mi hermano.

No sabía de qué estaba hablando. Tampoco estaba segura de que realmente importara. —Puedo ver que estás muy molesto, pero no creo que este sea el lugar adecuado para hablar de ello. ¿Por qué no vuelves a mi mesa y tratamos de resolverlo?

Miró a Caroline y luego de vuelta a mí.

—¿No sería mejor que montar una escena aquí? —pregunté.

Él la miró con desprecio pero soltó su brazo y se marchó furioso.

Antes de que ella pudiera alejarse, puse mi mano en su brazo. —Escucha, esta es la segunda discusión en la que te has metido hoy. ¿Qué te está pasando?

—No puedo evitarlo si la gente está celosa cuando mi negocio es más exitoso que el

suyo. No es mi culpa que esa horrible mujer Ogilvie use cera aireada, y no es mi culpa que la Confitería del Puerto Viejo estuviera vendiendo dulces con bichos.

Ahora entendía por qué estaba tan enojado con ella. La Confitería del Puerto Viejo era la tienda al otro lado de la suya. En su búsqueda por expandir su negocio, tal vez había recurrido a algunos trucos sucios para hacer que cerraran.

¿Cuánto tiempo pasaría antes de que intentara eso conmigo?

—¿Tú no...? —pregunté.

—Le hice la misma oferta que te he estado haciendo a ti. Pero no, no puse bichos en sus dulces. —Frunció el ceño—. ¿Qué clase de mujer crees que soy?

Apuré su bebida. —En serio, gracias por salvarme de ese imbécil. Voy a tomar un poco de aire fresco afuera y luego me reuniré con mis amigos.

No parecían muy buenos amigos si todos se fueron cuando ella estaba en problemas. —Ten cuidado —dije.

Me di cuenta de que se detuvo en el bar antes de salir. Volví a sentarme con Thea y Delia, pensando que Caroline entraría pronto, porque por mucho que no me agradara, al menos tenía el suficiente sentido común para resguardarse de la lluvia.

—¿De qué se trataba todo eso? —preguntó Delia.

Puse los ojos en blanco. —Es un imán para los problemas, pero parecía que podría estar en peligro con ese tipo. No podía quedarme sentada sin hacer nada.

Vimos cómo la seguridad del hotel escoltaba a MacCormack al ascensor. Estaba demasiado lejos para oír lo que dijo el guardia, pero supuse que le dijo a Ken que fuera a dormir la borrachera.

Tal vez era joven e ingenua, pero me parecía que el propósito de toda la velada era beber mucho. Miré mi vaso de agua que había traído del comedor. Definitivamente no estaba cumpliendo con mi cuota, y eso me parecía bien.

—Es horrible contigo. ¿Por qué te molestas en cuidarla? —preguntó Thea.

Suspiré. —Es complicado.

—¿Qué, tienen una relación de amor-odio? —preguntó Delia.

—No, nada de eso. Tiene problemas en su vida que la hacen difícil de tratar. Eso no significa que no me preocupe por su bienestar, aunque esté intentando obligarme a mudarme.

—Definitivamente eres la prima adecuada para ser herbolaria. Si alguien me tratara tan mal como ella te trata a ti, me habría quedado sentada disfrutando del espectáculo —dijo Thea.

—En serio, ¿qué pasó que te hace sentir tan protectora con ella? No es solo porque sea tu cliente, ¿verdad? —preguntó Delia.

—Os lo contaré, pero no puede salir de entre nosotras tres.

Delia y Thea se inclinaron para que no tuviera que hablar tan alto.

—Su marido no la trata bien. Ha tenido que comprarme crema para desvanecer moretones.

Los ojos de Delia se agrandaron. —Eso es horrible. ¿Cómo podemos sacarla de allí?

Negué con la cabeza. —No podemos. Creedme, lo he intentado. Le di todo lo que se me ocurrió que podría ayudar, incluyendo el nuevo gel de baño Harmony Wash.

—¿Funcionó? —preguntó Thea.

—No lo sé. No es como si confiara en mí ni nada. Solo puedo evaluar cómo está cuando viene a verme. Cualquier cosa más, y sabría que estoy intentando vigilarla.

Me moví en mi asiento. —Si una mujer no quiere dejar a su marido abusivo, no hay nada que puedas hacer excepto esperar que se dé cuenta de que está mejor sin él, y estar ahí cuando

esté lista.

Mis primas asintieron ante la sabiduría de esta declaración. Ojalá pudiera decir que era mía, pero no lo era. ¿Qué podía decir? A veces Jameson daba buenos consejos.

Le hice una seña a Marco y pedimos una ronda de bebidas. Otro martini de espresso para Delia, un margarita para Thea y un martini de chocolate para mí. Nos relajamos e intentamos adivinar a qué se dedicaban las personas hasta que terminamos nuestras bebidas.

Me estaba cansando, pero Delia seguía inventando negocios cada vez más hilarantemente improbables, y estábamos demasiado ocupadas riendo como para preocuparnos por dormir. Peluquería de peluches, probador de toboganes acuáticos y dama de honor profesional eran mis favoritos.

Un hombre con traje gris y una mujer con vestido verde entraron por la puerta que daba al área de comedor exterior, y me di cuenta de que no había visto a Caroline regresar aún. Me encogí de hombros, pensando que debía haberla perdido de vista, o que había decidido irse a dormir una vez que tomó aire fresco.

Un grito resonó por el vestíbulo y todas nos giramos para ver a la mujer del vestido verde, pálida como una sábana, señalando hacia la puerta.

Capítulo 3



Sus gritos resonaron por todo el vestíbulo.

Antes de darme cuenta de lo que hacía, salté de mi asiento y corrí hacia la mujer que gritaba. El hombre del traje gris estaba detrás de ella, con el rostro pálido.

Puse mis manos sobre sus hombros para llamar su atención. —¿Qué sucede? ¿Está herida?

—Hay una mujer. Creo que está muerta —dijo, señalando la puerta por la que acababa de salir.

Pasé corriendo junto a ella, con mis primas justo detrás de mí, hacia la fría lluvia. Mi corazón latía con fuerza por el miedo: miedo a encontrar a una mujer muerta y miedo a encontrar a su asesino todavía allí. Miré alrededor, pero el patio estaba completamente oscuro. Antes de conjurar una bola de luz, me detuve, recordando dónde estaba. En su lugar, usé la linterna de mi teléfono para examinar el área. En la esquina del patio, vi la causa de la angustia de la mujer.

Caroline Arneson yacía en el suelo, inmóvil. La sangre brotaba de la herida de bala en su estómago. Me arrodillé a su lado. —Caroline, ¿puedes oírme?

Sus ojos parpadearon, pero no dijo nada.

—Thea, rápido, presiona sobre el orificio de la bala —ordené.

Thea hizo lo que le dije mientras Delia llamaba a la policía.

Tomé su mano entre las mías. —Caroline. Quédate conmigo. Mantén los ojos abiertos y escúchame. La ayuda llegará pronto.

Ella forzó sus párpados a abrirse y me miró.

—¿Quién te disparó? —pregunté.

Intentó hablar, pero no pude oírla. Me incliné más cerca para escuchar mejor. —¿Quién fue?

—Lo siento... mala... contigo —fue todo lo que pude entender. ¿Se estaba disculpando por haber sido mala conmigo? Eso no me importaba ahora.

—Caroline, concéntrate. Dame el nombre.

No respondió. Levanté la cabeza para mirarla, pero su espíritu ya se había ido. Mi estómago se hundió. Otra amiga asesinada.

—Oh, diosa mía —susurró Delia.

—¿Está...? —preguntó Thea.

Poniéndome de pie, bajé mis defensas psíquicas y rápidamente busqué cualquier rastro de magia alrededor de Caroline, por si acaso pudiera decirme algo. No encontré nada. Levanté mis defensas rápidamente. No era bueno tenerlas bajas durante mucho tiempo en una ciudad llena de gente. —Se ha ido.

Unas luces brillantes se encendieron, y entrecerramos los ojos para aliviar el dolor. Dos hombres con uniformes de seguridad del hotel salieron y vieron el cuerpo de Caroline. Sacaron sus pistolas eléctricas. —Tendrán que venir con nosotros.

—¿Por qué? No creerán que nosotros hicimos esto, ¿verdad? —preguntó Delia.

—Aún no lo sabemos. Es el procedimiento estándar y no voy a discutirlo con ustedes aquí afuera bajo la lluvia.

—¿Cuál de ustedes le disparó? —preguntó el otro guardia.

Genial. Pensaban que nosotros la habíamos matado. Ahora que mis ojos se habían acostumbrado a las brillantes luces exteriores, pude leer sus placas de identificación. Collins era el más joven de los dos, el que acababa de preguntar quién de nosotros había matado a Caroline. El otro se llamaba Lopez. Parecía que había tenido otros trabajos de seguridad, porque a diferencia de Collins, mantenía su arma apuntada hacia nosotros sin vacilar.

—Collins, revísala.

Collins revisó rápidamente a Caroline. —Ha fallecido.

Lopez asintió. —Revísalos en busca de armas.

Me tensé, esperando lo que pensé que sería un proceso intrusivo. Gracias a Brigid, Collins fue profesional y parecía tan incómodo al registrarme como yo al ser registrada.

—Llegamos después de que la mujer del vestido verde empezara a gritar. Caroline ya había recibido el disparo cuando llegamos —dijo Thea.

Un tercer guardia de seguridad, Mansuri, salió al patio. —Llévearlos a mi oficina. Collins, vigila la puerta y no dejes que nadie salga hasta que llegue la policía.

Lopez y Mansuri nos escoltaron de vuelta al hotel. La mujer del vestido verde estaba sentada justo dentro con una gran bebida mixta, y Lopez la detuvo también. Ataron nuestras muñecas con bridas y nos llevaron por el vestíbulo.

El hombre del traje gris que había visto con la mujer que encontró primero a Caroline no estaba por ningún lado. Pasamos por una puerta que decía "Solo Personal", giramos a la izquierda y luego a la derecha y otra vez a la derecha por pasillos sombríos con luces fluorescentes duras no diseñadas para el acceso de huéspedes.

—Están cometiendo un gran error. No tuvimos nada que ver con la muerte de Caroline —dijo Thea.

—¿Nada que ver? ¿Cómo saben el nombre de la víctima? —preguntó Lopez.

Sin recordar que realmente no debería decir nada sin un abogado o Palmer conmigo, expliqué: —Su negocio está al lado del mío. La conozco desde hace un par de años.

Mansuri abrió una puerta que tenía su nombre y título, Jefe de Seguridad. —Tomen asiento.

Los cuatro entramos en la oficina y nos sentamos. La mujer del vestido verde y yo nos sentamos en sillas frente al escritorio de Mansuri. Thea y Delia tomaron el sofá junto a la pared que daba a un banco de monitores al otro lado de la habitación. Parecía que el Charlesbank tenía

todas sus áreas públicas cubiertas con cámaras de circuito cerrado.

Mansuri tomó su lugar detrás de un escritorio metálico beige y marcó su teléfono de escritorio. —Detective Rousseau, por favor.

Pareció que solo tomó un momento para que el detective respondiera su llamada.

—Hola, Owen, soy Mansuri del Charlesbank. Tengo un cadáver en mi patio. Tengo al culpable sentado en mi oficina.

Rousseau no dijo mucho antes de que Mansuri respondiera. —Así es, hemos detenido a los sospechosos. Solo necesitará enviar un coche para recogerlos.

Genial. No nos estaba escuchando en absoluto.

Thea, Delia y yo nos sentamos en silencio mientras la otra mujer intentaba convencer a Mansuri de que la dejara ir. —Lo juro, soy inocente. Solo salí a fumar un cigarrillo. No es mi culpa haber encontrado a una mujer muerta.

Dejó de hablar por un momento y su rostro palideció. —¿Y si hubiera estado allí antes que ella? Podría haber sido yo la asesinada. —Empezó a llorar. Su nariz goteaba, pero como sus brazos estaban sujetos detrás de ella, ni siquiera podía sonarse.

—Oye, ¿cómo te llamas? —le pregunté. La pobre mujer necesitaba una distracción.

—Anita. Me llamo Anita, y estoy aquí con algunos colegas para una feria comercial en el centro de convenciones de al lado.

Hubo un golpe en la puerta de seguridad. Lopez abrió la puerta.

Dos oficiales del Departamento de Policía de Boston entraron en la habitación, uno de uniforme y otro vestido con un traje marrón arrugado. Ambos tenían las manos en sus fundas.

Mansuri se puso de pie. —Un placer verte, Rousseau.

—¿Estos son los sospechosos? —preguntó el detective Rousseau.

—La que llora, Anita, dice que encontró el cuerpo y los otros tres dijeron que fueron a investigar después de oírla gritar en el vestíbulo —dijo Lopez.

Mansuri frunció el ceño a Lopez. Claramente no era el trabajo de Lopez hablar con la policía.

Rousseau se volvió hacia nosotros. —¿Sus nombres?

Thea respondió por todas nosotras. —Soy Thea Proctor, y estas son mis primas Delia e Isabella Proctor.

Miró a Delia. —¿Tú eres la que llamó?

Ella asintió.

—¿Ustedes tres mataron a la mujer de afuera? —preguntó.

Antes de que pudiera decir una palabra, Delia dijo: —Absolutamente no. No somos asesinas. —Su voz empezó a temblar—. Mírenos, estamos aterradas solo de estar sentadas aquí pensando que se nos va a acusar de lastimar a alguien.

Rousseau se volvió hacia Mansuri. —¿Las esposaste con las manos en la espalda? —Negó con la cabeza en señal de desaprobación—. ¿Crees que alguna de estas cuatro va a tomarte por sorpresa?

Rousseau se dirigió a la oficial que lo acompañaba, Graves. —Suéltalas.

Graves parecía escéptica, pero hizo lo que se le ordenó. Cada una de nosotras se puso de pie y se dio la vuelta para que pudiera cortar las esposas flexibles. Instintivamente, cada una se frotó las muñecas.

—Muéstrenme sus manos —exigió Rousseau.

Thea, Delia y yo extendimos nuestras manos.

—Déenles la vuelta.

Hicimos lo que se nos ordenó. Hice lo posible por evitar que mis manos temblaran, pero aun así vacilaron.

Miró a Anita. —Las manos.

Ella extendió las suyas. Sin sangre, sin rasguños, y su manicura ni siquiera estaba desportillada.

Se volvió hacia Thea. —Explica la sangre en tus manos.

—No estaba muerta cuando llegamos, y apliqué presión en su herida. —Se mordió el labio para contener una lágrima—. No sirvió de nada.

—La oficial Graves va a tomar muestras de sus manos para buscar residuos de pólvora. Si todas están limpias, pueden irse.

Graves sacó un hisopo sellado de su bolsillo y lo abrió. Delia extendió sus manos y Graves pasó el hisopo por ambas manos de Delia. —Estamos buscando un cambio de color. —Después de un momento, dijo—: Estás limpia. Siéntate.

Delia se sentó y Graves examinó las manos de Thea. —Limpia —dijo.

Anita y yo también estábamos limpias.

Rousseau suspiró. —Por el amor de Dios, Mansuri, ellas no lo hicieron. No hay sangre en su ropa, no hay residuos de pólvora.

—Tal vez sean cómplices. No lo sabrás hasta que las interroguemos —dijo Mansuri.

—No hay ningún "nosotros" aquí, Mansuri. Hiciste un buen trabajo al poner a alguien a vigilar la escena, pero estas mujeres no son asesinas.

Mis rodillas se debilitaron de alivio y me senté de nuevo en mi silla. Honestamente, fue más una caída controlada, pero nadie me estaba mirando para notarlo. Mansuri fulminaba con la mirada a Rousseau, mientras López y Graves estaban de pie contra la pared, esperando más instrucciones.

—Señoras, una vez que le den su nombre y número de habitación a la oficial Graves, pueden irse. Es posible que necesitemos hablar con ustedes de nuevo, dependiendo de lo que encontremos afuera.

Le dimos a Graves nuestros nombres y números de habitación y salimos apresuradamente de la oficina.

—Nunca había estado tan asustada en mi vida —dijo Anita—. Me voy directamente a casa. No hay manera de que me quede aquí, o vuelva a este hotel nunca más.

—¿Estás segura de que estás en condiciones de conducir? Tal vez deberías tomarte unos minutos para recomponerte primero —sugirió Delia.

—Voy directamente al bar. Después de un par de tragos, me sentiré mucho mejor.

Vio la mirada de preocupación en nuestros rostros. —Haré que mi esposo venga a buscarme. Solo vivimos a una hora de distancia.

—¿Y qué hay del hombre con el que estabas afuera? ¿No podía llevarte a casa?

Los ojos de Anita se abrieron de par en par.

—No puedes decirle a nadie que estaba con él.

—La policía debería saber que él estaba allí contigo, ¿no? —preguntó Thea.

Ella bajó la mirada hacia sus pies.

—Es mi jefe. Esa mujer ya estaba muerta cuando salimos. ¿No podemos simplemente dejarlo fuera de esto?

—Podemos dejar que la policía decida eso, ¿no? —preguntó Delia.

Miré hacia arriba y vi una cámara apuntando a la puerta del patio.

—Supongo que sí.

Sentía que no tenía energía en ninguna parte del cuerpo.

—Necesito sentarme un minuto.

—¿A dónde quieres ir? —preguntó Thea.

—Definitivamente no al bar. Tal vez una buena ducha caliente y luego una buena noche de sueño para dejar todo esto atrás —dijo Delia.

Claro, podríamos relajarnos todo lo que quisiéramos esta noche, pero a primera hora de la mañana, estaría intentando averiguar quién mató a Caroline.

Capítulo 4



A la mañana siguiente, el personal del hotel condujo a todos los participantes de la conferencia de Portsmouth a un salón de baile más pequeño. Una mesa esperaba, cubierta con un mantel negro y cargada de pasteles, café y té.

Nos servimos y nos sentamos en la misma mesa que habíamos usado la noche anterior. Como había muchas menos personas aquí esta mañana, nadie se sentó cerca de nosotros. Fue entonces cuando vi la imagen de Caroline Arneson, rodeada de flores, proyectada en la pantalla al frente de la sala.

—Es considerado tener un memorial para Caroline —susurró Delia.

Evan Branham subió al escenario y encendió un micrófono. Parecía que no había dormido nada la noche anterior. Yo sé que tampoco dormí muy bien. —Si pudiera tener su atención, por favor.

La sala se fue quedando en silencio lentamente, y él comenzó a hablar. —Anoche perdimos a una de los nuestros debido a un acto de violencia aleatoria sin sentido.

Parecía un poco prematuro sacar ese tipo de conclusiones, pero tal vez él sabía algo que yo no.

La puerta se abrió y un hombre con uniforme de la policía de Portsmouth entró y se quedó a un lado.

—¿Es ese su marido? —preguntó Thea.

Me encogí de hombros. —Nunca lo conocí. Tal vez la policía está aquí para interrogarnos a cada uno de nosotros.

—Era una mujer cálida, amable e ingeniosa que tenía un tremendo amor por Portsmouth y sus conciudadanos —continuó Branham—. Tuve el placer de trabajar con ella en varias recaudaciones de fondos, incluida la Orquesta de Cámara de Portsmouth.

Thea se inclinó hacia mí. —He oído que amaba a algunos más que a otros.

Contuve mi sonrisa. Por lo que Caroline me había contado en el pasado, Thea tenía razón,

pero era demasiado pronto para bromas.

—Nuestra ciudad quedará para siempre disminuida sin su luz en ella. Y ahora me gustaría invitar a cualquiera que la conociera a que suba y diga unas palabras sobre nuestra amiga —hizo un gesto hacia la foto— Caroline Arneson.

Miró entre la multitud. —Su esposo, el sargento Rudy Arneson del Departamento de Policía de Portsmouth, se unirá a nosotros esta mañana. Sargento, ¿está usted aquí? Por favor, únase a mí.

El oficial en la puerta atravesó la sala y subió al escenario. Branham le estrechó la mano a Arneson e intentó pasarle el micrófono. Sin embargo, Arneson no hizo ningún movimiento para tomar el micrófono, y los dos hombres se quedaron en un silencio incómodo.

Miré alrededor de la sala, pero nadie parecía interesado en hablar. De hecho, nadie estaba mirando al escenario ya. A regañadientes, me levanté y me dirigí al escenario. Tomé el micrófono del asistente del alcalde y miré al pequeño grupo de personas. —Buenos días. Primero, me gustaría decir qué tragedia es la muerte de Caroline. Era joven, demasiado joven para morir, y llena de energía, vida y determinación. No la conocía bien, aunque su tienda está al lado de la mía. Pero sabía que estaba dedicada a su negocio, sus clientes y a la gente de Portsmouth. Deja atrás a un esposo, y estoy segura de que hablo por todos nosotros cuando digo que nuestros pensamientos están con él en este momento difícil. En segundo lugar, me gustaría animar a cualquiera que la haya visto el viernes por la noche a que se ponga en contacto con el detective Rousseau o con el jefe de seguridad del hotel, Mansuri.

Intenté pasarle el micrófono al sargento Arneson, pero él juntó las manos detrás de la espalda. Branham se estiró por delante de Arneson y lo tomó de mí. ¿Qué clase de hombre no quiere decir nada en esta situación? Mientras volvía a mi asiento, algunas personas me detuvieron y me estrecharon la mano.

Nadie más se unió al asistente del alcalde en el escenario. Me sentí triste de que no hubiera nadie aquí para hablar bien de ella excepto yo, y ni siquiera me caía bien.

Delia se inclinó hacia mí. —Muy bonito. También diplomático. Nadie diría que ella fue tan mala contigo.

—No podía dejar que pasara sin que nadie dijera algo agradable sobre ella. Simplemente no se sentía correcto.

Branham siguió hablando, pero yo no estaba prestando atención. Estaba diciendo algo sobre el orgullo de Portsmouth, las tragedias y crecer más fuertes juntos. Me estremecí ante la impía combinación de marketing y jerga política mientras miraba de mesa en mesa, preguntándome si su asesino estaba aquí.

¿En qué estaba pensando? Por supuesto que estaba aquí. Había estado de pie junto a él hace un minuto. Su esposo finalmente había ido demasiado lejos y la había matado.

Estaba perdida en mis pensamientos y me sobresalté cuando Rudy Arneson llegó a nuestra mesa.

—Disculpe —me dijo—. Creo que no nos hemos conocido.

Contrólate, Isabella. No dejes que tu cara le muestre que piensas que él mató a su esposa. —No, no lo hemos hecho. Soy Isabella Proctor. Lamento mucho su pérdida. ¿Le gustaría unirse a nosotros?

¿Le gustaría unirse a nosotros? ¿Qué estaba haciendo, invitando a este hombre a sentarse en nuestra mesa?

Él sacó la silla junto a mí de la mesa y se sentó. —Gracias, señora. Aprecio que se haya adelantado con sus recuerdos de Caroline. Podía ser difícil llevarse bien con ella —se rió entre

dientes—, y prácticamente molestaba a cualquier amigo que alguna vez tuvo hasta que finalmente dejaban de hablarle.

Exhalé lentamente, contando hasta diez. La gente no solía reírse el día después de que su cónyuge fuera asesinado a tiros y dejado morir bajo la lluvia. ¿O sí?

—¿Es usted la mujer que le dio todas esas cosas perfumadas hace unos meses?

—Muy probablemente. Todos mis productos llevan la etiqueta de la Botica de Portsmouth. ¿Le gustaron?

Hizo una mueca de disgusto. —No. No me gusta que la casa huela a flores. Ella usó esa vela una vez, y creí que el olor iba a echarme de casa. La obligué a apagarla.

Fruncí el ceño. Le había dado una vela diseñada para alejar la ira del hogar, con la esperanza de que junto con el gel de baño Harmony Wash trajera algo de paz a su relación matrimonial. Lamentablemente, nunca tuvo la oportunidad.

—Qué lástima. Ella dijo que le gustaba el aroma. Estaba especialmente formulado para traer paz a su hogar. Siento que nunca tuviera la oportunidad de funcionar.

—Ciertamente nos hubiera venido bien más paz en casa —dijo él.

—¿Las cosas eran difíciles entre ustedes? —pregunté.

Bajó la mirada hacia sus manos. —Lo eran. Nunca tuvimos esa relación fácil y relajada que tiene la mayoría. Ella vivía de la adrenalina, y si no tenía suficiente en su vida, provocaba a las personas más cercanas hasta que finalmente explotaban y le gritaban.

Con mi tono más suave y tranquilizador, dije: —Pero no eran solo gritos en su casa, ¿verdad?

Su sonrisa desapareció y sus ojos grises como el hielo me taladraron. —No puedes ir por ahí diciendo cosas así. Los rumores sin fundamento pueden hacer que despidan a un hombre.

Quería encogerme y esconderme de su ira, pero no lo hice. Tenía a Thea y Delia conmigo, y su presencia me daba valor. —Le vendí crema para moretones. Sé lo que le hiciste.

Thea puso su mano en mi brazo. —¿No dicen que el primer sospechoso siempre es el marido?

Él no se inmutó en absoluto. —Hablé con mi amigo Rousseau, y parece que ustedes fueron las primeras sospechosas. Así que díganme, ¿por qué mataron a mi esposa?

—Tu amigo Rousseau te dijo que yo no lo hice. La vimos, pero a menos que la mujer que la encontró primero sea una excelente actriz, no sabemos quién la mató.

—Pero tenemos nuestras sospechas —dijo Thea.

Arneson se puso de pie, con la cara enrojecida. —No tengo por qué quedarme aquí sentado escuchando cómo ustedes, niñas, insinúan que maté a mi esposa. Será mejor que tengan cuidado...

En ese momento, Branham se apresuró hacia nuestra mesa. Le dio una palmada en la espalda a Arneson y se rio. —Las cosas se están poniendo un poco intensas por aquí, ¿no crees? Vamos a que comas algo.

Arneson empezó a protestar, pero Branham lo interrumpió. —Sé que no tienes ganas de comer, y no te culpo, pero tienes que mantener tus energías. Al menos tomemos un café, va a ser un día largo.

Los dos hombres se alejaron, y yo me recliné en mi silla, obligando a mis músculos a relajarse. —Ese hombre no es bueno —dije.

—No ayuda que lo hayas provocado hasta que te gritara —dijo Delia.

Di un sorbo a mi café y decidí que hoy era un día de azúcar extra. Incluso podría ser un día de dos éclairs. —Yo no lo provoqué.

—Sí lo hiciste. Cuando le dices a un hombre que sabes que golpeaba a su esposa, eso va a incitar una reacción —dijo Delia.

—Supongo que es cierto. Pero no le vendía crema para moretones por nada.

Unos minutos después, Branham volvió a nuestra mesa y se sentó. Nos miró a las tres. — Esperaba algo mejor de ustedes. No hay necesidad de provocar a un hombre que acaba de perder a su esposa.

—Gracias por alejar a Arneson de nuestra mesa —dijo Thea.

—Si no les importa, ¿podrían ayudarme? —preguntó.

—Claro, ¿qué necesitas? —preguntó Delia.

Su sonrisa no llegó a sus ojos, y supe que no nos iba a gustar su respuesta.

—Esto fue una tragedia sin sentido. La señora Arneson fue víctima de un crimen terrible, un acto de violencia aleatorio. Es el tipo de violencia que se ve en las ciudades más grandes. No tenemos estos problemas en ciudades más pequeñas y agradables como Portsmouth. Lo que me gustaría de ustedes es que dejen al sargento en paz y le permitan hacer su duelo como necesite.

—Eso va en ambos sentidos. Él nos preguntó cómo matamos a su esposa, así que también tendrá que dejarnos en paz.

Branham puso los ojos en blanco. —Escuchen, sé que ustedes no la mataron. Y sé que él tampoco. Todo lo que quiero es que se mantengan al margen y dejen que la policía de Boston investigue. Estoy seguro de que encontrarán al asesino en poco tiempo y entonces podremos dejar atrás toda esta fea situación.

—¿Sabías que solía golpearla? ¿Cómo sabes que no la mató? —pregunté.

Pareció confundido. —¿Tienen alguna prueba de esto? No, esperen. No me lo digan. Vayan a la policía en su lugar.

Puse los ojos en blanco. —¿Crees que no quería ir a la policía? Ella me suplicó que no lo hiciera. Estaba aterrorizada de que su marido se enterara y empeorara las cosas para ella.

Suspiró. —Este fin de semana es muy importante para nuestra ciudad. Por favor, no hagan nada que pinte a la ciudad bajo una mala luz. Nuestro equipo de relaciones públicas puede manejar la situación.

Estaba a punto de decirle que en realidad no podía decirnos qué hacer cuando continuó. —¿Está claro, señoras? No querrán que el alcalde se enfade con ustedes.

—Alcalde adjunto —dije.

Me miró con el ceño fruncido. —Solo hasta las próximas elecciones.

Mientras se alejaba, me pregunté hasta dónde llegaría para mantener Portsmouth impecable. ¿Estaría dispuesto a dejar que Rudy Arneson se saliera con la suya después de un asesinato?

Una oleada de culpa me invadió. Podría haber evitado su muerte si hubiera logrado convencerla de que estaría a salvo sin su marido. Podría haberle salvado la vida si la hubiera obligado a marcharse. Habría sido fácil: con un poco de magia, hoy seguiría viva.

—¿Isabella? —preguntó Delia, sacándome de mis pensamientos—. ¿Estás bien?

Miré la espalda del asistente del alcalde mientras se alejaba. —Podría haberla salvado —susurré.

Capítulo 5



Delia me abrazó con fuerza. —No digas eso. No había forma de que supieras que la matarían este fin de semana. Dejé que me abrazara mientras deseaba que lo que decía fuera cierto. —Salgamos de aquí. Necesito un cambio de escenario. Me soltó y salimos afuera.

Me sentí mejor al poder ver el cielo y sentir el viento en mi rostro. Los tres empezamos a caminar alrededor de la manzana. Cuando estuve lista, dije: —Pero podría haberlo sabido. Sabía que estaba en una relación abusiva, y lo único que hice fue intentar darle folletos. Podría haber trabajado más duro para mantenerla a salvo. —¿Cómo? —preguntó Thea. —Podría haber ido a Palmer, o al jefe. Ellos podrían haberse encargado de ella y asegurarse de que su marido... —Pero no lo hiciste porque ella te pidió que no lo hicieras. No quería tu ayuda. De hecho, específicamente te dijo que no la ayudaras, ¿no es así? —preguntó Thea. —Sí, pero... —Pero nada. Hiciste lo que ella quería. No eres responsable. Doblamos la esquina y seguimos caminando. —Podría haberla hecho querer que la ayudara. Delia se detuvo, haciendo que la gente la esquivara. —No harías eso, ¿verdad? Thea y yo volvimos hacia ella. —No, supongo que no. Pero es tentador. Si la hubiera hecho querer dejar a su marido, él no habría tenido la oportunidad de matarla. —Espera un momento, estás haciendo muchas suposiciones. ¿Realmente crees que si ella lo dejara, él simplemente la dejaría ir? ¿Renunciaría a todo ese control? —preguntó Thea. Negué con la cabeza. —Probablemente no. —Exacto —dijo Thea. Empezamos a caminar de nuevo. —Otra cosa, estás asumiendo que él lo hizo. ¿Siquiera estuvo aquí anoche? —preguntó Delia. —No lo sé. ¿Tal vez? No será difícil comprobarlo —dije. —Puedo preguntar cuando volvamos adentro —se ofreció Delia. Thea suspiró. —Estamos investigando, ¿verdad? —¿Estás diciendo que quieres hacerlo? —pregunté. —Creo que tenemos que hacerlo. Caroline me recuerda a Agatha. Ambas eran mujeres que realmente no podían defenderse de todo lo que la vida les lanzaba —dijo Thea. Delia le dio un rápido abrazo a Thea. —¿Desde cuándo te has vuelto tan sensible y compasiva? —Tenemos que hacerlo. Isabella no puede pasar el resto de su vida sintiéndose culpable. Una vez que sepamos quién lo hizo y por qué, entonces podrá dejar de

sentir que el asesinato de Caroline fue su culpa —dijo Thea. Puse un brazo alrededor de cada una de mis primas y las acerqué a mí. —Ustedes dos son las mejores primas que podría pedir. ¿Qué haría sin ustedes? Me devolvieron el abrazo mientras terminábamos de caminar la manzana. Cuando regresamos al hotel, Delia fue a la recepción. Me volví hacia Thea. —Vamos a tomar un café y pongámonos a trabajar. La cafetería del vestíbulo tenía éclairs. Mi día ya empezaba a mejorar. Tomamos nuestros asientos habituales en el vestíbulo y observamos pasar a los asistentes a la conferencia y a los turistas. Era fácil distinguir la diferencia entre los dos grupos: solo los asistentes a la conferencia llevaban traje, a pesar de que era fin de semana. Delia regresó después de unos minutos. —Se registró ayer por la tarde. Solo.

—¿Cómo lograste que te lo dijeran? —pregunté, asombrada. Los hoteles generalmente eran muy discretos sobre sus huéspedes.

Delia miró hacia la recepción e hizo un gesto con la mano. Un hombre rubio increíblemente guapo le devolvió el saludo. —Ese es Yuri. Le prometí que tomarías un café con él el lunes.

—¡Delia! —exclamé.

—Es solo un café, no una cita real —dijo Delia.

—Pero ni siquiera estaremos aquí el lunes —repliqué.

Delia sonrió. —Y ahí está la belleza de mi plan.

Sonreí y le hice un pequeño gesto a Yuri antes de sacarlo completamente de mi mente. —¿Y si la mató un turista? —pregunté.

Delia frunció los labios. —No había pensado en eso. Pero, suponiendo que fuera un extraño, ¿por qué querría matarla?

—Tal vez vio algo que no debería haber visto en el patio. ¿Un trato de drogas que salió mal? ¿Un espía pasando información a su contacto? ¿Un informante reuniéndose con un policía? —sugirió Thea.

Me reí. —Creo que has estado viendo demasiada televisión. El motivo real probablemente sea mucho menos emocionante, y probablemente mucho más cercano. Sigo pensando que fue el marido.

—¿Qué opinas? ¿Deberíamos ir a la primera sesión? —preguntó Thea.

Miré hacia la puerta del patio, aún bloqueada con cinta policial. —Preferiría echar un vistazo al patio primero. ¿Crees que podemos salir allí?

—Nada que un buen hechizo de invisibilidad no pueda manejar —dijo Delia.

No quería que hiciera el hechizo, aunque sus hechizos no eran tan malos como había pensado que serían. —Pero no podemos hacer que la puerta parezca que se está abriendo sola. ¿Por qué no la abres tú para nosotras, visible, y luego Thea y yo nos escabullimos y echamos un vistazo?

—¿Así que yo me llevo todo el peligro y vosotras dos toda la diversión? —preguntó.

Le sonreí. —Prometo que te lo compensaré.

—Está bien —resopló—. Vamos a buscar un lugar para que vosotras dos desaparezcaís. No quiero ir hasta nuestra habitación.

—¿El baño de señoras? —sugirió Thea.

La primera sesión acababa de comenzar en el salón de baile y el vestíbulo estaba casi vacío. Supuse que el baño de señoras también lo estaría. —Suena bien.

El problema con un hechizo de invisibilidad es que Delia no podría oírnos decir que habíamos cruzado la puerta. Mientras estábamos en el baño, ideamos el plan en el que ella abriría la puerta, Thea le tocaría el hombro, ella contaría hasta cinco y luego cerraría la puerta. Funcionó

bien cuando salimos del baño, así que tenía esperanzas de que funcionaría para la escena del crimen.

Era una sensación muy extraña cuando la gente nos miraba sin vernos. Teníamos que tener cuidado de no interponernos en el camino de las pocas personas que cruzaban el vestíbulo; se quedarían muy confundidas si chocaran con lo que parecía ser nada.

Llegamos a la puerta del patio, y antes de que pudiera abrirla, llegó la seguridad del hotel. Al menos este guardia, Stone, no nos había visto anoche. —Disculpe, señorita, no puede salir ahí.

Delia intentó su acto de inocente y linda, pero él no iba a tragárselo.

Thea se volvió hacia mí y se rio. —Eso nunca va a funcionar, ¿verdad?

—Es poco probable —dije—. Tal vez deberíamos tomar todas una clase de actuación este invierno.

—Es una escena del crimen. ¿Ve la cinta?

Ella se abanicó con la mano. —Solo necesitaba un poco de aire fresco; el salón de baile está demasiado caluroso y sofocante.

Él la tomó del brazo y dijo: —Déjeme ayudarla a ir a la otra puerta.

Mientras él acompañaba a Delia a las puertas principales, Thea y yo regresamos al baño de damas. Reaparecimos y empezamos a reír.

—Se acabó lo de hacernos las inocentes —dije.

—Pensé en abrir la puerta yo misma, pero Collins estaba al otro lado del vestíbulo y creí que se daría cuenta —dijo Thea.

—Maldición. Tendremos que hacer otro plan. Pero por ahora deberíamos al menos tratar de ver algo de la presentación.

—¿Invisibles? —preguntó ella.

Sonreí.

—Creo que Branham diría que no se vería bien para Portsmouth si no asistiéramos al menos a la conferencia principal.

Nos encontramos con Delia afuera, donde estaba fingiendo refrescarse para el guardia que aún no se había ido.

—Aquí estás, pensamos que te habíamos perdido —dijo Thea.

—Oh, lo siento. Me estaba dando mucho calor en el salón de baile, así que salí a refrescarme.

—¿Estás bien? —pregunté, con falsa preocupación en mi voz—. ¿Deberíamos llevarte de vuelta arriba?

Delia negó con la cabeza.

—Creo que si tomamos agua antes de sentarnos, estaré bien —Se acercó a Stone y le dijo —: Gracias por cuidarme. Mis primas pueden encargarse desde aquí.

Él le hizo un pequeño gesto con la cabeza.

—Que tenga un buen día, y tenga cuidado con la cinta policial.

—Lo haré —dijo Delia mientras volvíamos a entrar en el hotel.

Intentamos entrar en silencio al salón de baile, pero la puerta chirrió y mucha gente se giró para mirarnos. Nos sentamos en la parte de atrás de la sala, sintiéndonos avergonzadas por haber interrumpido... miré la pantalla al frente de la sala... "Cadenas de suministro y envíos justo a tiempo para pequeñas empresas".

¿Alguien dijo hora de la siesta?

Para distraerme, busqué comportamientos sospechosos o culpables entre las personas frente a mí. Era difícil determinar una mirada culpable desde la parte trasera de la cabeza de alguien, así que me rendí e intenté prestar atención a la charla.

Tal vez tener varias cadenas de suministro funcionaría para otros negocios, donde la calidad de cada una sería la misma, pero me estremecí ante la idea de enfrentar a un proveedor contra otro para reducir el precio de los ingredientes que pedía. Temía que la calidad también disminuyera. No podía imaginar cómo esta charla podría aplicarse a un negocio turístico como el de Thea y Delia, así que me incliné y susurré:

—¿Quieren salir de aquí?

La puerta volvería a chirriar, pero pensé que sería menos molesto que las tres nos quedáramos dormidas y comenzáramos a roncar.

Ya en el pasillo, Delia dijo:

—Se me ocurrió algo sobre lo que dijo el guardia acerca de la cinta de seguridad. ¿Creen que también acordonaron la habitación de Caroline?

—Apuesto a que sí —dije—, pero no sé cuál es su habitación.

—El edificio no tiene tantos pisos, podemos recorrerlos hasta que encontremos uno que esté bloqueado —dijo Delia.

—Pero, ¿realmente usarán cinta de la escena del crimen, o simplemente cerrarán la puerta con llave y lo dejarán así? —preguntó Thea.

Fruncí el ceño.

—Probablemente solo cerrarán la puerta con llave, y no conozco ningún hechizo para encontrar su habitación.

—Es una lástima que Jameson no esté aquí, apuesto a que él conoce algunos —dijo Delia.

Tal vez sí, pero este era mi fin de semana libre de él, del entrenamiento y de su interminable sarcasmo.

—Probablemente los conozca, pero no voy a llamar a mi gato para pedirle consejo en mis vacaciones.

—Estoy bastante segura de que la parte vacacional de nuestro fin de semana ha terminado. Estamos tratando de asistir a presentaciones y atrapar a un asesino —dijo Delia.

—Definitivamente se siente más como trabajo que como vacaciones en este punto —dijo Thea.

Observé el programa de las presentaciones de hoy. —Podríamos ir a la siguiente charla sobre asociaciones con el gobierno federal, o podríamos revisar cada piso para ver si encontramos su habitación.

—¿Cada piso? —preguntó Thea.

—Solo hay dieciséis —dijo Delia—, a menos que quieras investigar cómo los tours de Portsmouth benefician al gobierno.

Thea suspiró. —Esto sería genial si necesitara contar mis pasos del día. Al menos caminando por los pasillos no nos quedaremos dormidas.

Nos dirigimos al ascensor y presionamos el botón del segundo piso.

Cuando la puerta se abrió, salimos. —¿Izquierda o derecha? —pregunté.

—Primero a la derecha, luego a la izquierda, y después de vuelta al ascensor —dijo Thea.

Me sorprendió que alguna de nosotras tuviera una opinión definida, porque a mí me parecía que no importaba. Pero fuimos primero a la derecha, siguiendo a Thea.

Nada parecía fuera de lugar en el segundo piso, así que subimos al tercero. Luego al cuarto. Después al quinto. Cada piso era exactamente igual. Alfombra azul, paredes beige, puertas blancas con números dorados.

—¿Creen que los guardias de seguridad han notado que estamos recorriendo cada piso? —preguntó Delia.

Recordé los monitores en la oficina de Mansuri. —Tal vez deberíamos ser más sigilosas —dije.

Seguimos caminando y Thea nos arrastró a la vuelta de una esquina hacia una pequeña habitación que albergaba la máquina de hielo y algunas máquinas expendedoras. —¿Aquí? —preguntó.

Miré hacia arriba y negué con la cabeza. Había una cámara de seguridad apuntando a las máquinas expendedoras. —Nuestra habitación —dije.

Bajamos un piso hasta nuestra habitación, donde lancé rápidamente un hechizo de ocultamiento. Sí, se vería extraño que nuestra puerta se abriera y cerrara sin que hubiera nadie allí, pero no había mucho que hacer al respecto.

—Me siento mejor sabiendo que no nos están observando —dijo Delia.

Subimos al sexto piso y continuamos caminando.

Para cuando llegamos al décimo piso, estaba aburrida y empezaba a ponerme tonta. Pasamos por una puerta que tenía una bandeja de servicio de habitaciones afuera. Un plato tenía los restos de un filete y una papa al horno, con espárragos completamente intactos. —Claramente la madre de alguien nunca le enseñó a comer sus vegetales. Ni a beber con moderación —dije al ver seis diferentes botellines del minibar.

—¿Sabes lo caras que son esas botellitas? —preguntó Thea.

Me reí mientras avanzábamos al siguiente piso.

En el siguiente piso, me alegré del hechizo de ocultamiento. El sargento Arneson salió tambaleándose de una habitación y se dirigió al ascensor.

—No puedo creer que me haya dejado así —murmuró para sí mismo.

Su puerta no se cerró completamente, porque Thea había metido su pie entre ella y el marco. —¿Deberíamos entrar? —preguntó.

No me gustaba la idea de separarnos, porque no podría encontrarlas de nuevo hasta que se desocultaran. Por otro lado, esta era una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar. —Ustedes dos entren. Yo lo voy a seguir —dije.

Delia parecía que iba a protestar.

—Prometo que tendré cuidado —dije mientras soltaba la mano de Thea y, aún oculta, me apresuré a pararme junto a Arneson. Las puertas del ascensor se abrieron, y me deslicé dentro para pararme en la esquina trasera.

—Vamos, Arneson, compórtate —se dijo mientras se daba palmadas en la cara—. Ponte serio, o no te dejarán participar en la investigación.

Se enderezó y se metió un chicle en la boca. Dado lo borracho que parecía, no estaba segura de que el chicle fuera a ocultar el olor a cerveza, pero tal vez sería suficiente para que todos pudieran fingir que no sabían que había estado bebiendo.

Salimos en el primer piso, y lo seguí hasta la oficina de Mansuri. Me quedé en el umbral, sin saber adónde ir. Me aparté cuando Arneson cerró la puerta y logré no chocar con nadie en la habitación. Había cinco hombres en una pequeña oficina y muy poco espacio para que yo no estorbara. Mansuri estaba sentado detrás de su escritorio, Rousseau en una silla, y dos oficiales de policía de Boston de menor rango en el sofá.

Caminé hacia el banco de monitores y me senté en el suelo debajo de ellos. Si alguien se acercaba a los monitores, podrían patearme. ¿Qué haría una persona si pateara lo que parecía ser nada? Esperaba que pensarán que habían golpeado la pared. Mi corazón comenzó a latir con fuerza cuando Mansuri empezó a hablar.

—Bien, ahora que estamos todos aquí podemos empezar.

Arneson se sentó en una de las sillas. —Me gustaría comenzar agradeciéndoles por incluirme. Obviamente, no encontrarán a nadie más motivado para encontrar al asesino de Caroline que yo.

El detective Rousseau le frunció el ceño. —Va en contra de todas las políticas que estés aquí, pero aparentemente nuestros jefes se conocen y se movieron algunos hilos. Solo lo diré una vez. Si te sales de la línea en mi investigación —y no te equivoques, esta es mi investigación— estarás de vuelta en Portsmouth tan rápido que no sabrás qué te pasó.

—Absolutamente. No esperaría nada menos.

—Bien. Puedes empezar por ponerte sobrio. Puede que te salgas con la tuya tomando unas cervezas antes de un turno de donde vienes, pero no aquí.

La cara de Arneson se puso roja. —Una con el almuerzo. Mi esposa acaba de morir.

—Y por eso creo que no deberías estar aquí: nos estás mostrando a todos lo mucho que no puedes manejarlo.

—¿Al menos podemos dejarlo quedarse para la reunión informativa? Luego puede volver a su habitación —dijo Mansuri.

Rousseau asintió. —Aún no hemos tenido suerte encontrando el arma homicida. Tuvimos a tres novatos revisando todos los contenedores de basura aquí en el hotel, y están ampliando su búsqueda a negocios cercanos y al centro de convenciones.

Pobres novatos. Entrando y saliendo de la basura durante días, buscando un arma que cualquier asesino medianamente inteligente no habría tirado donde pudiera ser encontrada tan fácilmente.

—Encontramos su teléfono en el patio, destrozado. Lo enviaremos a los técnicos del BPD para ver qué pueden recuperar de él.

—No es necesario. Tengo un clon de su teléfono y puedo darles todo lo que hay en él —dijo Arneson.

—Voy a fingir que no escuché eso —dijo Rousseau.

Arneson levantó las manos. —No, está bien. El teléfono está a mi nombre.

Rousseau frunció el ceño y yo también. Aunque no había nada malo en clonar tu propio teléfono, estaba forzando el espíritu de la ley al clonar el teléfono que tú pagabas, pero que alguien más usaba. Por la sonrisa astuta en la cara de Arneson, él también lo sabía.

—Veamos primero qué pueden obtener los técnicos. Usaremos tu clon solo si es necesario —dijo Rousseau.

—No hay absolutamente nada malo con la información que viene del teléfono —dijo Arneson, su voz volviéndose enojada. Se puso de pie y sostuvo el teléfono clonado frente a Rousseau—. Tómalo, úsalo para encontrar a su asesino.

Rousseau extendió la mano y lentamente bajó el brazo de Arneson. —Eso no será necesario. Sabes lo fácil que es que la evidencia sea descartada en los tribunales estos días.

La cara de Arneson se puso roja. —Bien. Si no van a tomar evidencia perfectamente buena, entonces la usaré yo mismo para encontrar a su asesino. —Se dio la vuelta y salió pisando fuerte de la habitación. Ni siquiera tuve tiempo de levantarme antes de que cerrara la puerta de golpe. Mi corazón comenzó a latir con fuerza otra vez. Estaba atrapado hasta que alguien más

decidiera irse.

Peor aún, no podía advertir a mis primos que posiblemente él volvía a su habitación.

—¿Por qué no quisiste el teléfono? —preguntó Mansuri.

—No confío en él. No hay nada que demuestre que lo que está en ese teléfono sea de ella y no algo plantado para alejarnos de sospechar de él —dijo Rousseau.

Mansuri asintió.

—Me preguntaba si sospechabas de él. Se registró ayer por la tarde, tres horas antes que su esposa.

—¿En habitaciones diferentes?

—En pisos diferentes también.

Mansuri se puso de pie, una táctica clásica para dar por terminada la reunión. Me levanté y me acerqué lentamente a la puerta. No quería perder mi próxima oportunidad de salir de allí.

Mansuri le tendió la mano a Rousseau.

—Avísame si podemos ser de ayuda, pero hasta que tengamos noticias tuyas, dejaré la investigación en tus manos.

Rousseau le estrechó la mano y dijo:

—Gracias. Creo que tenemos todo lo que necesitamos de ustedes.

Rousseau abrió la puerta de la oficina y yo estaba lista. Iba tan cerca de él que me sorprendió que no pudiera sentir mi aliento en su nuca. Una vez fuera de la puerta, me hice a un lado, fuera del camino de los demás, y dejé que mi corazón acelerado se calmara. Lo seguí por los pasillos de vuelta al vestíbulo. Me arriesgué y abrí yo misma la puerta del baño de mujeres, pero nadie pareció notarlo. Terminé mi hechizo de invisibilidad y llamé a Thea.

Le dejé un mensaje de voz diciéndole que saliera de la habitación porque Arneson estaba de regreso. No estaba segura de que escucharía el mensaje a tiempo, pero al menos sabría que era yo quien llamaba por mi tono de llamada.

Capítulo 6



Mis primas me esperaban en nuestra habitación.

—Salimos de la habitación antes de que él llegara, pero lo esperamos en el pasillo —dijo Delia.

Thea se sirvió un vaso de agua. —Estaba realmente enfadado y murmuraba sobre cómo descubriría con quién se estaba acostando ella y le haría pagar por lo que le pasó.

—¿Qué encontraron en su habitación? —pregunté.

Delia hizo una mueca. —Ropa sucia, latas de cerveza vacías, más cerveza en el armario. El hombre es un cerdo.

—¿Algún arma? —pregunté.

—No vi ninguna. Pero ¿no la guardaría en la caja fuerte de la habitación si no la llevara encima? —preguntó Thea.

—Podría ser. Pero no todo el mundo lo hace —dijo Delia.

—¿A dónde fuiste? —me preguntó Thea.

—Fuimos a una reunión con Mansuri y el detective Rousseau.

—¿Y lo escuchaste todo? —preguntó Delia.

Sonreí. —Entré directamente a esa reunión detrás de él y luego me senté debajo del banco de monitores que vimos anoche.

—Eso fue valiente —dijo Thea.

—No fue una gran reunión para él. Sabían que había estado bebiendo y rechazaron sus ofertas de ayuda. —Me puse de pie y caminé por la habitación—. Clonó el teléfono de Caroline y no lo aceptaron. Una vez que se fue, Rousseau dijo que no confiaba en ninguna prueba proporcionada por el principal sospechoso.

—¿Clonó su teléfono? Me encantaría ver qué hay en él —dijo Thea—. Debe saber todo lo que ella hacía. Apuesto a que estaba tan enfadado cuando descubrió que ella le estaba engañando que vino aquí a matarla.

—¿Es realmente el principal sospechoso ahora que sabemos que ella tenía un novio? —preguntó Delia.

—No sé si es el principal sospechoso, pero definitivamente sigue siendo un candidato. Además, se registró en el hotel horas antes que Caroline, así que probablemente la estaba vigilando, esperando su oportunidad —dije.

—¿No te preocupaba que te atraparan? —preguntó Delia.

Honestamente, no había considerado que me atraparan cuando entré. —Ni siquiera pensé en eso hasta que ya estaba dentro y la puerta se cerró —dije.

—¿Así que te lanzaste sin pensar? —preguntó Thea—. ¿Por qué no me sorprende?

—Sí, no fue hasta que vi lo llena que estaba la habitación que me preocupé de que alguien me chocara accidentalmente. Por eso me senté debajo de los monitores.

Thea se rio. —¿Te imaginas lo que pensarían si alguien chocara contigo? ¿Hay alguna forma de que podamos poner nuestras manos en ese teléfono clonado?

Sonreí. —Podríamos ser capaces. Él todavía lo tiene, y si continúa no estando muy sobrio, sería bastante fácil quitárselo.

—Sí, pero si Arneson mató a su esposa, no es probable que deje ninguna evidencia incriminatoria en el clon. Entonces, ¿vale la pena que intentemos conseguirlo? —preguntó Delia.

Esa era una buena pregunta, y no estaba segura de cómo responderla. —No lo sé. Sé que necesito mantener una mente abierta en esta investigación y no centrarme solo en un sospechoso, pero, por otro lado, sabiendo todo lo que sé sobre su relación, tiene que ser su marido.

—Entonces, ¿cuál es la mejor manera de conseguir el teléfono? —preguntó Delia.

—Lo tenía en el bolsillo trasero, así que podríamos intentar robárselo —sugerí—. Pero el detective Rousseau lo envió de vuelta a su habitación y le dijo que se sobriara.

—No sé ustedes, pero creo que colarse en la habitación de un hombre mientras duerme, cuando posee al menos un arma, suena como un mal plan —dijo Thea.

—Estoy de acuerdo. Incluso si fuéramos invisibles, una bala aún podría alcanzarnos —dijo Delia.

—No sé robar carteras —dije—. ¿Ustedes saben?

Thea y Delia negaron con la cabeza.

—Me gustaría mucho echar un vistazo a la escena del crimen —dijo Thea.

—La cinta aún estaba en la puerta. ¿De qué otra manera podemos llegar allí? —pregunté.

—Tengo una idea, pero primero necesitamos mirar afuera —dijo Delia.

Seguimos a Delia afuera y hasta la acera frente al patio del comedor.

El patio estaba a tres metros sobre la acera. Un muro de piedra se elevaba cuatro metros y parecía fácil de escalar.

—Lo que pensaba. No debería ser difícil trepar estas rocas y colarnos en el patio —dijo Delia.

Giré lentamente y examiné el área a nuestro alrededor. —No parece que nadie nos esté observando ahora mismo, pero eso podría cambiar una vez que empecemos a trepar.

—¿Qué te parece trepar mientras eres invisible? —preguntó Thea.

—La idea no me entusiasma mucho. Me gustaría asegurarme de saber dónde van mis manos y pies. Claro, parece una escalada fácil, pero nunca he hecho algo así antes. ¿Tú sí?

—Sería menos sospechoso si solo una de nosotras subiera. Voto porque lo haga Isabella —dijo Delia.

—¿Y ustedes dos se van a quedar aquí mirándome? —pregunté.

—¡Oh, ya sé qué podemos hacer! —exclamó Thea—. Desviaremos la atención de la

gente teniendo una discusión muy ruidosa. Cuando empezamos a gritar, tú te agachas y lanzas un hechizo de ocultamiento.

No se me ocurría nada mejor. —De acuerdo, háganlo. Intentaré ser lo más rápida posible. Y las veré en el bar.

Me agaché cuando Delia empezó a gritarle a Thea: —¡No puedo creer que me hayas robado el marido!

Solté una breve carcajada antes de oír a Thea decir: —Oh, cariño, no necesité robártelo. Él solito vino a mí.

Las pocas personas al otro lado de la calle se detuvieron a mirar a mis primas y luego siguieron su camino apresuradamente. Dejé de escucharlas cuando empecé a trepar. Este muro estaba hecho para escalar. Las rocas incrustadas en el concreto sobresalían lo suficiente para que mis pies descansaran fácilmente en ellas, y había tantas que nunca tuve que buscar dónde agarrarme. No tardé mucho en escalar el muro, y después de deslizarme por la parte superior, arrojé un guijarro del patio a sus pies. Una vez que llamé su atención, dejaron de discutir y entraron en el hotel.

La cinta que delimitaba el lugar donde se encontró a Caroline aún estaba allí. La lluvia había lavado su sangre, y me pregunté si podría encontrar alguna otra evidencia que la policía pudiera haber pasado por alto.

Bajé completamente el escudo que protegía mi mente de la interferencia mágica y me concentré en el patio. No sentí magia, o al menos no magia reciente. En una ciudad tan grande como Boston, siempre había magia en alguna parte. La ausencia de magia reciente en el patio me confirmó que no fue asesinada por una bruja. No es que esta información redujera mucho la lista de sospechosos.

Como era invisible y nadie se reiría de mí, me puse a gatas y comencé a examinar el suelo alrededor de la cinta. No esperaba encontrar nada, porque cualquier cosa que la policía no hubiera encontrado la habrían pisoteado al examinar la escena. Aun así, tenía que mirar.

Empecé donde la cinta delineaba su cabeza. Me incliné aún más hasta que mi nariz casi tocaba el pavimento. No quería perderme nada. No había nada atascado en o debajo de la cinta, así que seguí adelante, siguiendo la línea de la cinta por su hombro, torso y el costado de una pierna, volviendo hasta llegar al otro hombro. Había un pequeño trozo de lo que parecía cuero en el suelo. Tenía sangre empapada y, al secarse la sangre, el cuero se había pegado al suelo. Solo lo noté porque era ligeramente más oscuro que la baldosa del patio. Si no hubiera estado a gatas, lo habría pasado por alto.

Metí la mano en el bolsillo trasero y saqué una pequeña bolsa con cierre que guardo en mi tienda para vender pequeñas cantidades de hierbas. No tenía pinzas conmigo. Nota mental: tal vez armar un pequeño kit de recolección de evidencias para el futuro. Miré alrededor y encontré una ramita cerca. La usé para despegar el cuero y depositarlo en mi bolsa.

Continué mi búsqueda de pistas alrededor de la cinta, pero no encontré ninguna.

¿Qué tan cerca podríamos estar de encontrar a un asesino con un pequeño trozo de cuero de zapato? Probablemente no mucho, por medios convencionales, pero me pregunté si Jameson conocería algún hechizo para localizar el zapato del que provenía este cuero.

Continué buscando en el suelo del patio, pero mis rodillas empezaban a doler. Me puse de pie y las masajee, prometiéndome que no volvería a hacer esto pronto.

Ahora todo lo que tenía que hacer era averiguar cómo salir del patio sin ser vista. Había cinta de la escena del crimen en la puerta del vestíbulo, pero había otra puerta cerca del borde del patio que no había notado antes.

Alcancé el picaporte y tiré suavemente. No se movió. Tiré con más fuerza, pero eso no ayudó. Era hora de un hechizo rápido. Levanté la mano y agarré mi amuleto mientras murmuraba una mezcla de oración e invocación.

Guardiana Brigid que proteges a todos los que te sirven, desbloquea esta puerta y mantenme a salvo de lo que sea que haya detrás.

Oí el clic de la cerradura y la puerta se abrió de golpe. Me aparté de un salto cuando uno de los cocineros del hotel salió. Tenía un cigarrillo en una mano y un encendedor en la otra. La puerta se cerró de golpe antes de que tuviera la oportunidad de pasar. Genial, ahora tenía que quedarme aquí respirando humo de cigarrillo antes de poder seguirlo de vuelta adentro.

Encendió su cigarrillo con manos temblorosas, luego hizo una llamada en su teléfono. —Vale, estoy en el patio. ¿Qué necesitas?

Puso su teléfono sobre el muro de ladrillos y activó el altavoz. —Maldito lugar estúpido para una entrega —dijo.

—Escucha, estaba perfectamente bien hasta que esa mujer fue y se hizo matar. Tercer ladrillo desde la pared, luego dos hacia abajo desde arriba.

El cocinero contó los ladrillos y sacó el apropiado. Lo puso a un lado y luego extrajo un sobre grueso del agujero. —Vale, lo tengo.

—Gracias Javier, eres un salvavidas.

Oí una sartén caer al suelo.

—Tengo que irme. Vuelve aquí ahora mismo.

Javier tiró su cigarrillo al suelo y abrió la puerta para volver adentro. Lo seguí por un pasillo sucio que conducía a la cocina. Parecía una continuación del pasillo solo para personal por el que Mansuri nos llevó anoche. Me pegué contra la pared y busqué una salida.

Al otro lado de la habitación, más allá de cocineros, cuchillos y estufas calientes, estaban las puertas del restaurante. Si pudiera atravesar el caos hasta el otro lado, estaría a salvo.

Observé el movimiento en la habitación, buscando un patrón. No había ninguno. Decidí que mi mejor opción era seguir al chef principal mientras caminaba por la habitación, inspeccionando el trabajo de los demás, dejando a Javier atrás en su puesto.

Nos detuvimos primero en la estación de tortillas, donde no le gustó lo que vio.

—Menos queso, más espinacas —dijo.

—Sí, chef —dijo la pequeña mujer que hacía las tortillas.

Pasamos junto a un hombre alto que freía tocino, salchichas y jamón en tres sartenes diferentes. —Se ve bien, Manny —dijo el chef.

—Gracias, chef —respondió Manny.

—¡Javier! —gritó un hombre mayor desde la oficina de la cocina.

Reconocí su voz como la que estaba al otro lado del teléfono de Javier.

—¡Sí, señor! —gritó de vuelta mientras se dirigía a la oficina, que estaba tentadoramente cerca de las puertas dobles.

—¿Lo quiere ahora? —preguntó Javier.

Ahora sería la única oportunidad que tendría de averiguar qué había en ese sobre, así que audazmente salí de detrás del chef y rápidamente me dirigí a la puerta de la oficina del gerente de cocina.

Javier le entregó el sobre al hombre, quien lo abrió. Sacó un billete de cien dólares y se lo devolvió a Javier. —No le digas nada a mi esposa —dijo.

Los ojos de Javier se abrieron de par en par mientras metía el billete en el bolsillo de su pantalón. —Por supuesto que no.

Tan curioso como estaba por eso, miré hacia las puertas dobles que daban al restaurante. Tenía un camino despejado, todo lo que necesitaba era que alguien abriera la puerta. Como si la diosa hubiera escuchado mi necesidad, una camarera entró y le entregó su pedido a un cocinero. Salté hacia ella y la seguí fuera de la cocina hacia la libertad.

Capítulo 7



Me encontré con Thea y Delia en el bar. Me senté frente a la taza de té que me habían pedido. — Gracias. Lo necesitare para calmar mis nervios. Fue más difícil de lo que uno pensaría.

—¿Qué pasó? —preguntó Delia.

Di un sorbo a mi té y dejé que el estrés abandonara mi cuerpo. —Subir estuvo bien. Mirar alrededor estuvo bien, pero salir del patio fue mucho más difícil. Hay otra puerta por la que el personal pasa a la cocina, así que seguí a uno de los cocineros por ahí.

Los ojos de Thea se agrandaron. —¿Había alguien en el patio contigo?

—No cuando llegué. Salió cuando ya había terminado de mirar alrededor. Estaba recogiendo un sobre que alguien había escondido allí para su jefe.

—Eso es extraño —dijo Delia.

—Lo sé. Tenía dinero dentro, así que tal vez era algún tipo de pago —sugerí.

—Tuve que seguir al cocinero a través de la cocina abarrotada y asegurarme de no chocar con nada. No estoy segura de que a la tía Nadia le agradaría lo llena y desordenada que estaba esa cocina. Cuando llegamos al otro lado de la habitación, aproveché la oportunidad siguiendo a una camarera hacia el restaurante.

—¿Encontraste alguna pista? —preguntó Thea.

Sonreí y saqué la bolsa que contenía el pequeño trozo de cuero. —Sí. Es cuero que ha sido salpicado con sangre.

Delia extendió la mano. —Déjame ver.

Le entregué la bolsa a Delia. —Pero no lo saques, quiero mantenerlo lo más incontaminado posible.

Delia tomó la bolsa y examinó ambos lados del cuero. —¿Cuero de zapato?

—Eso creo. Ojalá hubiera alguna forma de averiguar a quién pertenece el zapato —dije.

Los ojos de Thea se iluminaron. —Yo puedo hacerlo. Aunque no estoy segura de poder hacerlo a través de la bolsa de plástico.

La psicometría de Thea. Había olvidado su talento. Simplemente no lo usábamos mucho en el día a día. —Por supuesto, pero no puedo hacerlo ahora mismo. Realmente deberíamos ir al almuerzo.

El almuerzo era en el salón de baile, y nos sentaron según nuestros negocios. Eso significaba que me senté sola en una mesa llena de farmacéuticos. Farmacéuticos snobs que no tenían ningún respeto por lo que yo hacía. Un hombre joven de Manchester tosió, pero claramente dijo "Charlatana".

Sonreí y me ofrecí a prepararle un té de jengibre con miel. Por muy infeliz que estuviera allí, no me iba a ir solo porque ellos quisieran.

—¿Escucharon sobre la mujer que fue asesinada anoche? —preguntó Rose Kilgallen. No, nadie se había presentado una vez que se dieron cuenta de que era herborista. Estaba atrapada leyendo sus etiquetas con nombres.

—Era de Portsmouth, y su negocio estaba junto al mío —dije.

Como uno solo, las personas en la mesa se volvieron hacia mí. De repente, era más interesante hablar conmigo porque podría tener chismes.

—¿En serio? ¿Sabes quién la mató? —preguntó John Abernathy. Había una farmacia Abernathy en Portsmouth, y me pregunté si él la dirigía.

Negué con la cabeza. No había manera de que compartiera mis teorías con ellos. —No tengo idea. No éramos cercanas.

—Pero aun así, debes haber visto algo —dijo un hombre mayor que no llevaba etiqueta con su nombre.

—¿Ver a alguien intentando matarla en un patio oscuro y vacío? No. —Me volví hacia Abernathy—. Dime, John, ¿tú también eres de Portsmouth? —pregunté.

Me miró sorprendido de que le hablara directamente. —Lo soy.

Sonreí. —Eso pensé. He enviado a algunos de mis clientes a ti.

Pareció confundido. —¿Lo has hecho? Pensé que ustedes no creían en la medicina real.

—Por supuesto que sí. La gente viene a mí con todo tipo de problemas, y no puedo curarlos todos. No puedo arreglar un tobillo torcido, sin importar cuánto té o ungüento les dé. Les digo que vayan contigo y se pongan una venda. Si alguien tiene faringitis estreptocócica, no intento curarla con miel. Eso sería tonto.

—No entiendo. Si crees que la medicina moderna funciona, ¿por qué sigues...? —dijo.

—No vendo equipo de primeros auxilios. Si eso es lo que alguien necesita, no intento venderles otra cosa. Vendo cosas que equilibran el cuerpo para que tal vez no necesite medicina farmacéutica para sanar.

Aparentemente, eso fue lo incorrecto para decir, porque todos volvieron a apartar la mirada de mí. Supongo que hablar sobre el equilibrio del cuerpo era demasiado para que lo consideraran.

John se volvió hacia mí. —Interesante. Ciertamente esa no es la reputación que tienes en la ciudad. La Botica de Portsmouth es conocida por intentar curar todo para todos, y si sabes lo que te conviene, la evitarás —dijo.

Sí, claro. Esa era la reputación que tenía entre los farmacéuticos, pero mis clientes sabían y confiaban en que les daría lo que necesitaban o los enviaría a alguien más que pudiera ayudarlos. Estaba bastante segura de que por eso era la primera parada para muchos de ellos.

Me encogí de hombros, sin querer defender mi reputación ante un grupo de personas que no estaban dispuestas a escucharme. —Mis clientes parecen pensar lo contrario.

Escuché que alguien me llamaba por mi nombre y me volví para ver a Delia agitando los

brazos. Thea señalaba un asiento vacío en su mesa. Sonreí. —Bueno, si me disculpan, veo que mi prima tiene un asiento vacío en su mesa.

Las personas en la mesa parecían tan apenadas de verme ir como yo me sentía. Es decir, nada en absoluto.

—Me alegro tanto de que me hayas llamado. Quien sea que haya hecho la distribución de asientos decidió ponerme con un grupo de farmacéuticos —dije.

—¿En serio? Eso suena... interesante —dijo Thea.

Delia me presentó a las personas en lo que claramente era la mesa genial. Los guías turísticos definitivamente sabían cómo divertirse más que los farmacéuticos.

—Un gusto conocerte, Isabella —dijo Henry Padron.

Henry era alto y atlético, con ojos marrones profundos. —Igualmente, Henry. ¿Qué tipo de tours ofreces? —pregunté.

—Hago tours de brujas en Salem —dijo—. Le estaba diciendo a tus primas que deberían considerar trabajar conmigo; el apellido Proctor le daría autenticidad a mis tours.

—Me sorprende que tengas tiempo para estar aquí este fin de semana —dije—. Halloween es solo en unas semanas.

Sonrió. —Tengo un gran equipo de empleados, así que no me estoy matando trabajando todos los días.

—Henry estaba tratando de convencernos de contratar ayuda, pero no sé. Creo que tal vez podríamos empezar a alternar cuándo estaríamos en la oficina, y de esa manera aún tendríamos el control del negocio y algo de tiempo libre —dijo Thea.

—Pero nos aburriríamos, trabajando solas en la oficina —dijo Delia.

—Yo también he estado pensando en contratar a alguien para que venga un par de días a la semana —dije.

—¿A qué te dedicas? —preguntó Beth Baxter. Era bueno que nadie se quitara las etiquetas con sus nombres. Beth era baja y curvilínea, con cabello ondulado pelirrojo y una asombrosa cantidad de pecas.

—Dirijo una botica —dije.

—¡Oh! ¿Como téis únicos y aceites? —preguntó.

Sonreí. —Sí, también tengo baños de burbujas, tinturas a base de agua y velas aromáticas.

—Eso suena justo como el tipo de lugar que me gusta. ¿También estás en Portsmouth? —preguntó.

—Así es, a poca distancia a pie de Thea y Delia.

—Voy a tener que ir a Portsmouth, entonces. Estoy en Portland, Maine, y dirijo una librería de libros raros.

—Antes de que vinieras, estábamos hablando sobre el asesinato y lo sorprendentemente público que fue —dijo Thea.

Tenía razón, fue un asesinato público. Cualquiera podría haberse topado con el asesino mientras lo hacía, pero nadie lo hizo.

—Creo que fue un asesinato al azar por parte de una persona perturbada —dijo Beth.

—¿Por qué lo crees? —pregunté.

—Bueno, si vas a seguir a una mujer hasta Boston para matarla, no elegirías un lugar donde tanta gente pudiera verte.

Asentí. —Sí, supongo que tienes razón.

—Y no se pronosticaba lluvia para anoche, así que el asesino habría planeado que la

gente estuviera en la terraza. Habría elegido un lugar diferente.

—¿Él? —preguntó Delia.

—Supongo que en realidad no lo sé, solo asumo que fue un hombre —dijo Beth.

Antes de que pudiera responderle, Evan Branham acercó una silla de una mesa vecina y se apretujó junto a mí. —Hola a todos. Soy Evan Branham, asistente del alcalde de Portsmouth, New Hampshire. Escuché que estamos hablando sobre el trágico evento de anoche.

No se equivocaba, fue un evento trágico. Pero ¿por qué era tan reacio a decir asesinato?

—Lo éramos. Solo nos preguntábamos qué clase de hombre dispararía a sangre fría a una mujer así —dijo Henry.

Branham parecía molesto. —Están haciendo muchas suposiciones. No sabemos si fue un hombre, o si no fue algún tipo de horrible y trágico accidente.

¿Accidente? Eso me sonaba exagerado. —Si fuera un accidente, ¿no se habría quedado el tirador para ayudar, o al menos habría llamado al 911? —pregunté.

Branham pareció aún más molesto. —No saben si lo hicieron o no. No tiene sentido sacar conclusiones precipitadas.

—Bueno, en realidad —dijo Thea—, el detective Rousseau le preguntó a Delia si ella era la persona que había llamado a la policía. Lo dijo como si ella hubiera sido la única que lo hizo.

—¿Ah sí? —preguntó Branham antes de volverse hacia mí y mis primos—. No importa lo que haya dicho. Estoy aquí para recordarles a ustedes tres que prometieron dejar esta investigación a la policía.

—No recuerdo haber hecho ninguna promesa. Nos dijo que dejáramos la investigación a la policía, pero no estuvimos de acuerdo, y ciertamente no acordamos no discutir lo que es obviamente lo más interesante que ha sucedido en esta conferencia. Estoy segura de que encontrará muchas mesas hablando de ello. Me parece interesante que elija esta mesa para amonestar —dijo Thea.

Branham se removió en su asiento. —Esperaba que, como su amiga, usted diera el ejemplo en respetar su memoria.

—No éramos sus amigas, éramos conocidas en el mejor de los casos. No le debemos nada a su memoria —dijo Delia.

Delia debía estar enojada, porque normalmente no le hablaba así a nadie. Puse mi mano sobre la suya. —Está bien, Delia. Podemos respetar sus deseos aquí. Solo queda un día más de la conferencia y luego volveremos a casa. Estoy segura de que la policía de Boston encontrará rápidamente al hombre que le disparó.

Thea se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en la mesa. —Estoy segura de que la policía de Portsmouth podría ayudar aquí. ¿Alguien los ha llamado?

Miramos al asistente del alcalde. —Asumí que el sargento Arneson los había llamado —dijo.

Thea sacó su teléfono y comenzó a marcar.

—¿Hola, jefe Dobbins? Soy Thea Proctor.

—Sí, estoy bien, pero realmente no tengo tiempo para charlar. ¿Ha oído que encontraron muerta a la esposa del sargento Arneson anoche en Boston?

Hizo una pausa por un momento, luego continuó. —El Charlesbank. Isabella y Delia están aquí conmigo.

Se rio de algo que él dijo. —No, no nos hemos metido en muchos problemas, pero podría ser bueno que la detective Palmer viniera a apoyar a su esposo. Parece que lo está pasando mal.

Todos podíamos oír al jefe gritando. Cuando se detuvo, ella comenzó a hablar de nuevo.

—Gracias, estoy segura de que el sargento Arneson apreciará su ayuda.

Colgó. —Listo. Ahora lo sabe.

Branham parecía querer estrangularla. —Bien. Hay dos cuerpos policiales investigando. ¿Ahora ustedes tres se ocuparán de sus propios asuntos?

—Si realmente cree que es lo mejor —dije. No tenía intención de abandonar nuestra investigación, y por la forma en que Delia sonrió y estuvo de acuerdo conmigo, ella sabía que solo quería alejar a Branham de nuestra mesa. Y funcionó también.

Branham se puso de pie. —Gracias, señoras. Aprecio su discreción.

Después de que dejó la mesa, Henry dijo: —¿Así sin más, se detienen? Ni siquiera es el verdadero alcalde. Y aunque lo fuera, ¿puede simplemente decirles qué hacer así?

Sonreí. —No. Simplemente tendremos que ser más discretas.

Thea resopló. —Eso sería una novedad.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Beth.

—¿Nosotros? No hay necesidad de que te involucres. Podría ser peligroso y no quiero que salgas lastimada —dije.

—Mira, si tengo que sentarme a escuchar otra conferencia de negocios, podría morir de aburrimiento. Considera esto una oportunidad de networking, que es el único valor real que tiene esta conferencia —dijo Beth.

—Yo también me apunto —dijo Henry.

—Vamos a necesitar a alguien que vigile a su esposo —dijo Thea—, y si los cinco nos turnamos, tendremos menos posibilidades de ser descubiertos.

—Podemos hacer eso, él nunca nos ha conocido —dijo Henry.

—Hablemos de esto en otro lugar —sugirió Thea—. No tiene sentido arriesgarse a que Branham nos escuche.

Miré mi reloj. —Denme una hora y estaré lista para ir.

Thea frunció el ceño.

—¿Qué podría ser más importante que encontrar al asesino de Caroline?

—He hecho planes para encontrarme con Abby hoy. Pensé que, ya que ambas estábamos en Boston, podríamos reunirnos y ponernos al día.

Delia frunció el ceño.

—¿Estás segura de que es una buena idea? Sus padres fueron muy tajantes en que nunca más hablara contigo.

Yo sabía eso, pero realmente extrañaba a mi mejor amiga.

—Pensé que si ella no quisiera ir contra los deseos de sus padres, me habría dicho que no podía venir.

—No es fácil decirte que no —dijo Delia.

—Difícilmente creo que tomar un simple café con ella vaya a causar un incidente con sus padres.

—Vamos a tener que ir contigo —dijo Thea.

—De ninguna manera. Si ella tiene alguna idea de lo que está pasando aquí este fin de semana, huirá tan lejos y tan rápido que nunca la volveré a ver. ¿Qué tal esto? Prometo quedarme en el vestíbulo, y ustedes dos pueden espiarnos todo lo que quieran.

Thea dijo:

—Supongo que eso estará bien.

Me puse de pie.

—Gracias. Solo traten de no ser obvias. Realmente no quiero asustarla.

Esperé a Abby, caminando de un lado a otro cerca de las puertas del vestíbulo. Estaba nerviosa: ¿y si Delia tenía razón y ella no sabía cómo decirme que no? ¿Y si realmente no quería verme? ¿Y si había encontrado una nueva mejor amiga y ya no me necesitaba?

Abby entró por las puertas del vestíbulo, luciendo insegura. Me apresuré hacia ella y sonreí.

—Es tan bueno verte —dije mientras la abrazaba fuertemente.

Ella no me devolvió exactamente el abrazo, en su lugar se puso rígida. La solté y ella dio un paso atrás.

No parecía tan feliz como yo me sentía. Se veía exhausta, tenía bolsas bajo los ojos y su piel estaba pálida. Bajé mi escudo mental y me di cuenta de que solo estaba con resaca. Gracias a la diosa por eso, solo necesitaba un poco de café y comida, y se sentiría mucho mejor.

Debo haberla mirado por demasiado tiempo, porque fue brusca cuando comenzó a hablarme.

—Bien, estoy aquí. ¿Qué necesitas?

Mi corazón se hundió. Este no era un gran comienzo. Le sonreí, esperando aligerar un poco el ambiente.

—Bueno, como te dije por teléfono, pensé que podríamos ponernos al día, ya que estaba en la ciudad por el fin de semana. ¿Por qué no nos sentamos? Parece que podrías usar un café.

—¿Eso es todo? ¿Solo quieres hablar?

La llevé a una mesa cerca del bar y nos sentamos.

—No diría que solo ponernos al día, realmente te extraño, Abby.

Ella se quitó la chaqueta.

—¿Así que estoy arriesgando mi educación universitaria porque quieres charlar? Mis padres se volverán locos si se enteran de que te vi, y definitivamente retirarán mi financiación.

—Lo siento mucho, pensé que ya habrían desistido de eso. Por favor, quédate a tomar un café y podemos charlar un par de minutos. —Realmente pensé que significábamos más el uno para el otro que esto. Sé que al menos ella significaba más para mí.

—Está bien, diez minutos por los viejos tiempos. Es todo lo que puedo darte —dijo Abby.

Le sonreí de nuevo.

Llamé la atención del camarero y pedí dos tazas de café. Él asintió y se apresuró a atender nuestro pedido.

—Entonces, ¿qué te trae a Boston este fin de semana? —preguntó Abby.

Señalé el cartel de la conferencia que estaba en medio del vestíbulo.

—Conferencia para propietarios de pequeñas empresas de Nueva Inglaterra. Thea y Delia me convencieron de venir. Pero no es muy emocionante hablar de eso. ¿Cómo va la universidad? ¿Es todo lo que querías?

Los ojos de Abby brillaron a pesar de su resaca.

—No tenía idea de que la universidad pudiera ser tan divertida. Tengo una compañera de cuarto genial, y somos prácticamente inseparables. De hecho, anoche fuimos a una fiesta de fraternidad. Fue una locura, y creo que bebí más anoche que en toda mi vida.

El camarero llegó con su café.

—¿Puedo traerles algo más? —preguntó.

Miré a Abby.

—¿Quieres algo de comer?

—Oh Dios, no. El café es todo lo que creo que puedo manejar ahora mismo.

—Bien, estaré en el bar si necesitan algo más —dijo el camarero.

Nosotras solíamos ser prácticamente inseparables también. ¿Y Abby bebiendo? Eso no sonaba mucho a ella.

—Eso suena divertido —dije titubeante—. Supongo que es parte de la experiencia universitaria. ¿Cómo van tus clases?

Oh diosa, sonaba igual que mi madre. Antes de que Abby pudiera responder, Palmer pasó caminando, se detuvo y volvió hacia nosotras. Me miró, luego a Abby, y luego a mí de nuevo. Sabía lo que estaba preguntando.

—Thea y Delia están por aquí cerca, no tienes de qué preocuparte —le dije.

Palmer asintió y se alejó.

Abby dio un pequeño sorbo a su café.

—¿Qué está pasando?

Realmente no quería contarle nada sobre el asesinato de este fin de semana, así que no dije nada.

—¡Dios mío! ¿Han secuestrado a alguien? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—No me digas que me has pedido que nos encontremos en un hotel donde han asesinado a alguien.

Me mordí el labio y asentí.

Con cuidado deliberado, Abby dejó su taza de café sobre la mesa.

—No puedo creer que me hayas traído aquí. Hay un asesino suelto, ¿y tú quieres charlar sobre mis clases? —Se levantó y se puso la chaqueta de nuevo—. Mira, fuimos amigas cuando éramos niñas, pero creo que es mejor que lo dejemos aquí. Te deseo lo mejor en la vida, pero no vuelvas a llamarme.

Ni siquiera tuve la oportunidad de ponerme de pie antes de que saliera furiosa del edificio. No podía creer que se hubiera marchado así. Me quedé mirando por la ventana, viendo los coches acercarse a las puertas del vestíbulo hasta que Thea y Delia vinieron y se sentaron conmigo.

—¿Estás bien? —preguntó Delia.

—Creo que mi mejor amiga acaba de romper conmigo.

Capítulo 8



Nos colamos en una sala de conferencias vacía e hicimos nuestro plan para el resto del día. Henry iba a encontrar a Arneson y avisarnos dónde estaba. Mantendríamos una vigilancia rotativa sobre él mientras intentábamos hablar con el personal de seguridad y del hotel para ver si podíamos obtener más información.

Después de intercambiar números de teléfono con Beth y Henry, cada uno tomó su camino. Delia iba a charlar de nuevo con Yuri, y solo la diosa sabía qué más le prometería sobre nuestra cita, algo que me incomodaba bastante. Beth se dirigía al muelle de carga para ver si alguien había entrado o salido del edificio por allí anoche. Thea iba a hablar con López, esperando poder echar un vistazo a las grabaciones de las cámaras de seguridad.

Me deslicé por la puerta marcada como "Solo personal" y me dirigí a la sala de descanso de los empleados, en el mismo pasillo que la oficina de Mansuri, pero estaba vacía. Dos puertas después de la sala de descanso estaban los vestuarios: el de hombres a un lado y el de mujeres al otro. Entré al vestuario de mujeres y encontré a dos mujeres cambiándose.

—Solo empleadas —dijo una de ellas.

—Oh, lo siento. Estaba buscando la piscina. Nunca he sido muy buena leyendo mapas.

—No puedes estar aquí —dijo una mujer mientras salía.

La otra mujer cerró su casillero y puso el candado.

—Regresa por donde viniste, a través del vestíbulo, y toma tu segunda derecha. Verás señales desde allí.

Me senté en un banco.

—Gracias. ¿Te importa si me siento aquí un minuto?

—No puedo dejarte aquí sola —dijo ella—. Dos minutos y luego tengo que ir a trabajar.

—Gracias. Horrible noticia lo de esa mujer que mataron anoche.

Ella negó con la cabeza y continuó arreglándose el pelo en el espejo de cuerpo entero.

—No esperas un asesinato en nuestro tipo de hotel —dijo.

—¿Por qué es eso? —pregunté.

—Los huéspedes son casi todos turistas. La gente suele estar feliz cuando está de vacaciones. No tiene sentido matar a alguien aquí cuando podrías hacerlo mucho más fácil en casa.

—Supongo que tiene sentido —dije. ¿Por qué pagar para que alguien vaya de vacaciones cuando era gratis matarlos en casa?

—Aquí se ve mucho robo. Sabiendo lo que sé, nunca dejaría nada en mi habitación de hotel, ni siquiera en la caja fuerte.

—¿En serio? Pensé que las cajas fuertes eran, bueno, seguras.

—Tienen un código preestablecido de fábrica. En dos minutos en internet encuentras una lista de ellos. —Miró su reloj—. Lo siento, realmente tengo que irme. Si no llego a tiempo, mi jefe me descuenta el sueldo.

Me puse de pie.

—¿Quizás la mató alguien aquí en el hotel? La conocía, y se estaba quedando aquí sola este fin de semana.

Ella comenzó a caminar hacia la puerta.

—No lo sé. Lo siento. Vamos.

La seguí fuera del vestuario y busqué un lugar conveniente para lanzar mi hechizo de invisibilidad. Al no encontrar ninguno, volví al vestuario de mujeres que ahora estaba vacío.

Una vez invisible, no me sentí tan mal por entrar al vestuario de hombres. A primera vista, no había nadie allí, pero sentí un escalofrío, y eso nunca era bueno. Busqué un casillero con el nombre de Javier. Lo encontré y saqué una servilleta de mi bolsillo para abrir la puerta. Chaqueta de cuero, botas, vaqueros y una camiseta negra lisa. Nada interesante allí.

Caminé lentamente por la habitación, esperando que algo me llamara la atención. Me detuve cuando noté sangre en la alfombra frente a un casillero cerrado. El casillero etiquetado como Marco. No me gustaba la sensación de temor en la boca del estómago, pero tenía que continuar y mirar. Levanté el pestillo y abrí la puerta.

Marco cayó lentamente del casillero, con los ojos sin vida mirándome fijamente.

No, Marco no. Realmente le había tomado cariño a Thea, y ella estaría destrozada. Me sequé una lágrima de la mejilla. Quería sentarme con él y, no sé, hablarle un rato y decirle que todo estaría bien. Quería decirle que cuidara de Brigid, porque le pediría que lo cuidara en el más allá. Se merecía al menos eso.

Querida Brígida, ¿qué hice para merecer encontrar tantos cadáveres?

Pero no le hablé. No tuve tiempo, y mi primer instinto de decirle que todo saldría bien era una mentira. Nunca terminaría la universidad. Ni siquiera llegaría a Italia el próximo semestre.

Lo único que podía hacer por él ahora era averiguar por qué Arneson lo había matado. Miré más allá de él pero no vi ningún arma homicida en el casillero. No pensé que la encontraría; la policía sabía cómo limpiar una escena del crimen.

Me apresuré a entrar en el vestuario de mujeres, aún vacío, y terminé mi hechizo de ocultación. Respiré hondo varias veces e intenté calmar mis manos temblorosas.

No podía recordar si había video de este pasillo en la pared de Mansuri. Por si acaso, me obligué a calmarme y salí del vestuario hacia el vestíbulo.

Me senté en la silla más cercana y envié un mensaje de texto.

Encontré otra víctima en un vestuario. ¿Dónde está Arneson?

Cerré los ojos e intenté no pensar en Marco, su futuro como traductor trágicamente truncado.

Mi teléfono sonó. Está en su habitación.

Ha estado allí durante diez minutos

Eso no significaba que Arneson no hubiera matado a Marco. No tenía idea de cuánto tiempo llevaba metido en su casillero. Un nuevo mensaje sonó, esta vez de Thea. ¿Vamos a notificar a la policía?

Tuve que pensar en esto por un minuto antes de responder.

No. Está en el suelo, y no pasará mucho tiempo antes de que alguien más lo encuentre.

¿Dónde estás ahora? preguntó el mensaje de Thea.

En el vestíbulo.

En dos minutos, mis primos y nuestros dos nuevos amigos se unieron a mí. Beth me miró y dijo:

—Vuelvo enseguida.

Regresó con una botella de agua y un vaso de whisky.

—No estaba segura de qué te gusta en una crisis, así que pensé en cubrir todas las bases.

—Agua primero —dije.

Ella abrió la botella por mí, lo cual fue bueno, porque mis manos habían empezado a temblar de nuevo. Bebí un poco y le devolví la botella.

—Cambia.

La abuela me ha estado dando whisky para calmar mis nervios durante años, y sabía que funcionaría. Lo bebí rápidamente, luego tomé más agua.

—Era Marco —les dije.

—No —dijo Delia.

—Le habían disparado, y llegué demasiado tarde para salvarlo.

Thea no dijo nada mientras el color se desvanecía de su rostro.

—Oye, siéntate —dijo Henry, guiándola a la silla junto a mí—. Quizás deberías poner tu cabeza entre tus rodillas.

Thea hizo lo que le dijeron, y vi caer una lágrima al suelo.

—Déjame llevarla a nuestra habitación —dijo Delia—. Ustedes tres pueden continuar sin nosotras por un rato.

Una vez que estuvieron en el ascensor, Beth, Henry y yo fuimos al bar.

—¿Estás segura de que estás bien? —preguntó Henry—. No debe haber sido fácil encontrarse con un cadáver.

El triste hecho de mi vida era que últimamente era asombrosamente fácil encontrar personas muertas.

—Sí, estoy bien. Solo dame unos minutos para ordenar mis pensamientos y estaré lista para continuar. Uno de ustedes debería volver arriba para vigilar a Arneson.

Henry se levantó.

—Iré yo. No me siento cómodo dejando a ninguna de ustedes sola cerca de él.

Después de que se fue, me volví hacia Beth.

—¿Qué pasa con ustedes dos? ¿Son pareja?

Ella se rio.

—¡Oh, Dios, no! Es mi primo. Ambos somos hijos únicos, así que es más como mi hermano.

—Lo mismo con Thea, Delia y yo. También nos criamos en la misma casa.

—Disculpe —dijo una voz familiar detrás de mí.

Me giré para ver a Steve Palmer mirándome con el ceño fruncido. Me levanté y estaba a

punto de darle un abrazo, pero él dio un paso atrás. Está bien... era hora de ser profesional.

—Detective Palmer, esta es mi amiga Beth Baxter.

—Señora —le dijo a ella antes de volverse hacia mí—. ¿Podemos hablar en privado?

Miré alrededor, pero el bar estaba lleno de gente.

—Claro, pero no sé dónde.

—Sígueme —dijo.

Caminamos hasta la recepción donde mostró su placa y pidió una sala de conferencias vacía.

—Déjeme ver —dijo el recepcionista del hotel—. La Sala Azafrán está disponible durante la próxima hora. Está por el pasillo a la izquierda.

Palmer señaló un largo pasillo.

—¿Por aquí?

—Sí, señor.

Sin darle las gracias, Palmer se dio la vuelta y se fue. No miró hacia atrás, así que debió suponer que lo seguiría.

Cuando llegamos a la Sala Azafrán, me sostuvo la puerta. Tal vez no estaba enfadado conmigo después de todo.

La sala estaba dispuesta con una mesa al frente con tres sillas y micrófonos. El resto de la sala tenía sillas en filas espaciadas uniformemente. Una vez que se cerró la puerta, se volvió para mirarme. Abrió la boca para hablar, luego la cerró. Se pasó la mano por el pelo y negó con la cabeza. Lo seguí mientras caminaba hacia el frente de la sala.

Debió haber salido de Portsmouth justo después de que Thea llamara al jefe. ¿Es malo que se viera aún más guapo cuando estaba frustrado conmigo? Sus ojos parecían más oscuros, y cada vez que se pasaba la mano por el pelo, se le rizaba un poco más.

—¿Por qué tengo que enterarme a través del jefe, quien lo supo por Thea, de que encontraste otro cuerpo?

Sí. Estaba en problemas.

—Bueno, ah, parecía que la policía de Boston lo tenía bajo control, y no pensé que pudieras hacer algo aquí.

Si alguna vez quisieras saber exactamente lo incorrecto que hay que decirle a tu posible novio que también es detective, toma nota. "No pensé que pudieras ayudar" está garantizado para enojarlo.

—Isabella —dijo con un suspiro—. De camino aquí, hablé con el detective Rousseau. Me dijo que la seguridad del hotel te tenía con esposas flexibles. Si hubiera sabido desde el principio lo que estaba pasando, podría haberlo evitado.

No había considerado que él pudiera hacer eso.

—Pero... ¿no está mal eso? Quiero decir, nos encontró de pie junto al cuerpo de Caroline.

—Y el tiempo que perdió contigo permitió que el verdadero asesino escapara.

Oh, murciélagos.

—Y si le hubieras dicho que me conocías, habría seguido buscando.

Saqué una silla de la mesa junto a mí y me senté. Mis ojos se llenaron de lágrimas y los cerré, esperando no llorar frente a él. No solo podría haber evitado el asesinato de Caroline ayudándola a escapar de su esposo abusivo, ahora dejé que él huyera de la escena y consiguiera una coartada mientras Mansuri y Rousseau nos interrogaban.

—Lo siento —dije en un susurro tembloroso.

Se arrodilló frente a mí y tomó mis manos entre las suyas.

—Está bien. No es tu culpa. Dado tu historial, debería haberte dicho ya que me llamaras cada vez que te acercaras a algo que pareciera remotamente problemático.

Respiré hondo para calmar mis nervios.

—Si ese es el caso, entonces probablemente debería contarte sobre el camarero muerto en el vestuario de hombres.

Capítulo 9



Palmer se puso de pie y se alejó de mí. Se volvió y pude ver cómo se contenía, cerrando la boca para no gritarme. Nunca me di cuenta de lo difícil que era estar cerca de mí. Tal vez debería hablar con mi madre, probablemente podría darle algunos consejos.

—Sé que probablemente debería haber empezado con eso, pero no es un problema, porque sé quién mató a Marco.

—¿Conoces al camarero por su nombre?

—Todos llevan etiquetas con su nombre: el personal del hotel, los participantes de la conferencia, los oficiales uniformados. Eres una de las pocas personas aquí que no lleva una. De todos modos, estoy segura de que Rudy Arneson mató a Marco.

Suspiró. —Rudy no mató a nadie. Es policía, por el amor de Dios. Su trabajo es evitar que maten a la gente.

Quería explicar mi razonamiento, pero levantó la mano. —Llévame al cuerpo. Podemos hablar de tus teorías una vez que la escena del crimen haya sido acordonada.

Lo llevé a los vestuarios de los empleados, y la seguridad del hotel ya estaba allí.

—¿Tú otra vez? —me dijo Mansuri.

Palmer ignoró su comentario. —Steve Palmer, policía de Portsmouth. ¿Qué está pasando aquí?

Mansuri miró a Palmer de arriba abajo. —Estás lejos de tu jurisdicción.

—Estoy aquí para ayudar con el asesinato de Arneson. Ella es de Portsmouth.

Mansuri asintió. —Supongo que eso te convertirá en el problema de Rousseau. Aunque es bueno que me hayas traído a la sospechosa.

Palmer dio un pequeño paso adelante y a la derecha, bloqueando el camino de Mansuri hacia mí. —Ella es inocente.

Una parte de mí quería salir de la protección de Palmer, pero no quería pasar más tiempo con Mansuri interrogándome.

—Rousseau dijo lo mismo, pero no lo creo. No hay forma de que una persona encuentre dos cadáveres y no tenga nada que ver con sus asesinatos.

Palmer se encogió de hombros. —Tiene un talento, pero solo para encontrarlos.

—¿Tienes alguna prueba? —preguntó Mansuri.

—La guardaré para Rousseau.

Se oyó un estruendo dentro del vestuario. —¿Son tus hombres los que están ahí dentro? —preguntó Palmer.

Mansuri asintió.

—Sácalos. Están destruyendo la escena.

—Mis hombres han sido entrenados a fondo en procedimientos de escena del crimen, están bien.

Palmer se burló. —Sí, claro. Yo doy esas clases, y puedo decirte que no están listos para una escena de asesinato. —Bajó la voz—. Ahora sácalos de ahí.

Mansuri silbó. —Collins, López, salgan de ahí.

—¿Ya has llamado a Rousseau? —preguntó Palmer.

Mansuri pareció ofendido. —Llevo haciendo este trabajo mucho más tiempo que tú. No necesitas decirme qué hacer.

López y Collins salieron, sin guantes ni protección en los pies. Palmer los miró fijamente. —Aparentemente, sí necesito hacerlo. ¿Hay otras entradas al vestuario?

—No —dijo López. Extendió la mano—. Anthony López. Espero entrar en la academia este año, o el próximo a más tardar. Me encantaría invitarte a una cerveza y hablar sobre tus estrategias para entrar.

Palmer frunció el ceño. —Tal vez después de que se cierre el caso.

López se sonrojó. —Oh, claro. Por supuesto.

—¿Eres tú, Palmer? —dijo un hombre desde el final del pasillo.

Me giré y vi a Rousseau con dos mujeres con monos llevando grandes maletines.

—Claro que sí, vieja rata de pantano.

Los dos hombres se estrecharon la mano y se sonrieron. ¿Desde cuándo los policías se sonríen entre sí? Tendría que preguntar sobre eso más tarde.

—¿Qué tenemos? —preguntó Rousseau a Palmer.

—No he entrado. —Palmer señaló a López y Collins—. Estos dos estaban ahí cuando llegué. Sin guantes ni cubrezapatos.

Rousseau hizo una mueca de disgusto.

—Estos son Pierce y Lin, mis mejores técnicos de escena del crimen. Tómenles las huellas y empiecen en la habitación. Llámenme cuando estén listos.

Uno de ellos entró en el vestuario y el otro dijo:

—Caballeros, si pudieran acercarse por aquí.

—Una vez que les tomen las huellas a sus hombres, los tres pueden irse —le dijo Rousseau a Mansuri.

—¿No necesitará seguridad adicional en la escena?

—Los tres pueden irse —repitió Rousseau en un tono que advertía que no tenía más paciencia.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó Rousseau a Palmer, como si yo no estuviera en la habitación.

—Yo encontré el cuerpo —dije.

—¿Ah, sí? —preguntó Rousseau—. Dos en un fin de semana. No habrás matado a este,

¿verdad?

No pude distinguir si estaba bromeando o no, y no sabía cuánto sabía sobre mi relación con Palmer.

—No. Soy herborista, trabajo para mantener a la gente saludable.

Rousseau se volvió para ver salir a Mansuri, Lopez y Collins.

—Bien, ahora que se han ido los aspirantes a policías de centro comercial, podemos ponernos a trabajar. Palmer, ¿estás seguro de que respondes por la señorita Proctor?

Palmer asintió.

—Ella no mata a nadie, pero sí que se tropieza con más cadáveres de lo que le corresponde.

Sonreí.

—Qué puedo decir, es un don.

—De acuerdo. Tengo veinte agentes de civil en el edificio ahora. No tardaremos mucho en atrapar a este tipo. Hasta entonces, no quiero que vayas a ningún lado sola —me dijo Rousseau.

—¿Por qué? —pregunté.

—Estás muy cerca de este caso, y si el asesino piensa que estás juntando pistas, podría ir a por ti.

Tragué saliva.

—No hay problema. Estoy aquí con mis primas y casi siempre estamos juntas.

—Palmer, llévala a su habitación y luego vuelve. Te pondré al día y hablaremos de estrategia.

Palmer asintió.

—Vamos —dijo.

—Realmente creo que puedo ayudar...

—Lo vas a hacer. Me vas a contar tu teoría sobre Arneson más tarde esta noche. Y te vas a quedar con Thea y Delia hasta que venga a buscarte por la mañana. No puedo trabajar si estoy preocupado por ti.

Aparté un mechón de pelo de mi cara soplando.

—Está bien. Pero no me culpes si Thea, Delia y yo lo resolvemos durante la noche sin ti.

Palmer se rio.

—Háganlo. Nos ahorrará mucho trabajo a todos.

Palmer me acompañó a mi habitación, aún todo profesional. ¿Habría malinterpretado sus señales? ¿Ya no estaba interesado en mí? Quería preguntarle, pero estaba emitiendo un claro aura de "no digas nada en público" que no me gustaba.

Una vez en nuestra habitación, revisó el baño, el armario y debajo de las camas.

—De acuerdo. Ustedes tres quédense aquí. Pidan servicio a la habitación y que lo dejen en la puerta. No dejen entrar a nadie más que a mí.

Thea y Delia captaron al instante el tono de advertencia en su voz.

—¿Es tan grave? —preguntó Delia.

—¿Dos asesinatos en menos de veinticuatro horas? Sí, es grave —dijo Palmer.

—¿Deberíamos irnos a casa? —preguntó Thea. Sus ojos estaban hinchados y rojos.

—¿Estás bien? —preguntó Palmer.

—Se suponía que iba a cenar con él esta noche —dijo Thea.

Los modales bruscos de Palmer se evaporaron.

—Lo siento —dijo con voz suave—. Encontraremos a su asesino, lo prometo. —

Extendió la mano y le dio una palmadita en la rodilla.

Thea le sonrió.

—Gracias. ¿Me mantendrás informada?

Palmer le dio un pequeño apretón en la mano.

—Lo haré. Y prefiero tenerlas aquí donde pueda protegerlas, o al menos mantenerlas fuera de problemas. Tengo que irme, pero volveré más tarde esta noche. Traeré pizza y hablaremos de todo.

Se fue y yo me dejé caer en mi cama.

—Parecía preocupado —dijo Delia.

—Sí, lo está. No dijo asesino en serie, pero solo se necesitan tres víctimas para esa designación —respondí.

—¿Dijo algo sobre Marco? —preguntó Thea.

Me levanté del colchón y le di un abrazo. —No realmente. No vi mucho, pero no sufrió. —¿Había sufrido? No tenía idea, pero no iba a decírselo a Thea.

Thea sorbió por la nariz. —No me digas más, no quiero esa imagen en mi cabeza.

Delia abrió el minibar. —¿Whisky o vodka?

—¿A esos precios? Ninguno —respondió Thea—. Creo que tomaré un baño e intentaré meditar.

Thea se arrastró al baño y comenzó a llenar la bañera. Cuando cerró la puerta, me volví hacia Delia. —¿Crees que estará bien?

Delia volvió a guardar las botellitas en el frigorífico. —Estará mucho mejor por la mañana. Apuesto a que se convertirá en un ángel vengador, y más le vale al asesino que se cuide cuando lo encontremos.

Mi teléfono vibró con un mensaje de Henry. He terminado por esta noche. Arneson me ha visto dos veces ya. Lo siento. ¿Puede alguien ocupar mi lugar en el bar?

Le respondí. Sí. Bajaré en dos minutos.

Antes de que Delia pudiera protestar, dije: —Esperaré hasta que Henry se vaya, luego me haré invisible. Arneson no me verá, ni tampoco Palmer. Todo lo que tengo que hacer es bajar sin que me vean.



El bar parecía lleno, pero no estaba segura de si esto era normal o no. Henry estaba sentado en el vestíbulo, bebiendo café. Le hice un gesto con la cabeza y entré al bar. Cuando me volví para mirar, él ya se había ido.

Esta noche el bar estaba abarrotado de gente de negocios, la mayoría hablando sobre los asesinatos. Me escabullí al baño de mujeres y lancé mi hechizo de invisibilidad.

Me quedé junto a la puerta, esperando que alguien entrara, pero después de unos minutos me rendí y abrí la puerta yo misma. ¿Quién creería que la puerta se abrió sola una vez que se les pasara la borrachera?

Arneson estaba sentado en un rincón, solo, escuchando a la gente a su alrededor. ¿Estaría deleitándose con el hecho de que todos hablaban de su obra? No lo parecía.

Si Palmer tenía razón y Arneson era inocente, ¿por qué estaba aquí? Escuchar a la gente especular sobre el asesinato de tu esposa, y lo que ella habría hecho para merecerlo, debía ser doloroso. Incluso yo quería acercarme y abofetear a los dos hombres que debatían si un vestido rojo era más una invitación al asesinato o al asalto.

Me apoyé contra la pared junto a Arneson y observé a quién observaba él. Apenas bebía del vaso que tenía delante y, después de un rato, me di cuenta de que solo miraba a los hombres en el bar. ¿Estaba buscando al asesino de su esposa o a alguien a quien echarle la culpa?

Ser invisible en el bar era divertido. Podía observar a cualquiera, mirar fijamente a quien quisiera sin preocuparme. Nadie me seguiría a mi habitación, nadie intentaría ligar conmigo, nadie podría siquiera agarrarme y fingir que fue un error.

Sin embargo, no me atrevía a moverme. Chocar con otras personas podría ser un problema. Después de un rato, me aburrí. Lentamente me incliné sobre la bebida de Arneson y la olí. Ginger ale, nada más. Debía estar tomando en serio su vigilancia.

Me enderecé, recordando los ojos morados de Caroline y los días que caminaba cojeando, y mi corazón se endureció. El bar comenzó a vaciarse a las once y seguí a Arneson hasta su habitación. Me sentí tentada de entrar y echar un vistazo, pero no podía quedarme atrapada allí toda la noche. Si Palmer se enteraba de que había salido de la habitación, se enfadaría mucho.

Capítulo 10



Llamé a nuestra puerta.

—¿Quién es? —preguntó Thea.

Podría haber respondido, pero no me habría oído. Llamé de nuevo.

Tras un momento, Thea abrió la puerta. Entré y deshice el hechizo de invisibilidad.

Me reí al ver a Delia detrás de la puerta, sosteniendo la plancha del hotel como si fuera a golpearla con ella.

—Solo soy yo —dije.

Delia bajó la plancha, aliviada.

—Estáis realmente preocupadas, ¿verdad? —les pregunté.

—¿Tú no? —preguntó Delia.

—No cuando estoy aquí, encerrada y segura. Hasta ahora, el asesino solo ha atacado en áreas públicas, no en las habitaciones del hotel.

—Yo también estaba preocupada por ti —dijo Thea—. ¿Qué hizo Arneson mientras estabas fuera?

—Nada incriminatorio, eso seguro. Lo vi sentado en una mesa del bar. Todo lo que hizo fue observar y escuchar a la gente hablar sobre su esposa muerta.

—Vaya, eso debe haber sido difícil para él —dijo Delia.

—Se quedó allí sentado, bebiendo ginger ale, observando y escuchando hasta que la gente empezó a irse. Lo seguí hasta su habitación y luego volví aquí. De ninguna manera quería que Palmer me pillara fuera de la habitación.

—Me pregunto qué estará haciendo ahora —dijo Thea.

—Esperemos que se quede en su habitación, porque ahora mismo nadie lo está vigilando —dije.

Palmer regresó justo después de medianoche. El fuerte golpe en la puerta me hizo saltar y aceleró mi corazón. Me alegré de no haberme topado con él en el pasillo.

Miré por la mirilla y dije:

—¿Cuál es la contraseña?

Sonrió y levantó tres cajas de pizza.

—Traje pizza.

Abrí la puerta.

—No solo la contraseña, sino las palabras mágicas.

Dejó las pizzas en la mesita. Olía fantástico. Una de las cosas malas de ser invisible en un bar lleno de gente comiendo y bebiendo es que no puedes hacer ninguna de las dos cosas. La gente se asustaría si una patata frita levitara y luego desapareciera.

—¿Cómo va la investigación? —pregunté mientras cogía una porción de pizza de champiñones.

—El equipo de Rousseau todavía está clasificando lo que es evidencia real y lo que dejó la seguridad del hotel. —Miró a Thea—. ¿Estás bien para hablar de esto?

Ella dejó su trozo de pizza de pepperoni.

—Sí. Quiero hacer todo lo posible para atrapar a su asesino.

—Lo tendré en cuenta. Investigué a Marco y no puedo encontrar ninguna conexión con Caroline Arneson. Aparte del método, no hay nada que conecte los dos asesinatos.

Los ojos de Delia se agrandaron.

—¿Entonces tal vez haya dos asesinos en el hotel?

—Probablemente no. Apostaría a que hay uno como máximo. Si no están relacionados, entonces no hay razón para pensar que cada asesino se quedaría por aquí. Incluso si están relacionados, ¿por qué alguien se quedaría para ser atrapado? —preguntó Palmer.

Thea exhaló un suspiro de alivio.

—¿Entonces no estamos en peligro?

—Probablemente no, pero aún así vamos a ser cautelosos —dijo Palmer.

—¿Vamos? —pregunté.

Ignoró mi pregunta y formuló una propia.

—Isabella, sé que piensas que Rudy mató a su esposa, pero ¿quién más crees que habría tenido motivos para matarla?

Dejó mi pizza en la tapa de la caja.

—Incluso en las historias que me contaba, podía notar que a mucha gente no le caía bien, pero no creo que haya enfadado a nadie lo suficiente como para matarla. No puedo creer que estés considerando a otros sospechosos. Sabes que él la golpeaba, ¿verdad?

Palmer dejó de masticar.

—¿Qué?

—No venía a pedirme crema para moretones por nada —dije.

—¿Te dijo ella que él lo hacía? No quiero hablar mal de los muertos, pero ella tenía cierta reputación.

—Sí. Dijo que tenía formas de evitarlo y que no debía preocuparme por ella. —Bajé la mirada a mis manos—. Ojalá me hubiera preocupado más. Intentado con más fuerza. Hecho algo más que solo escucharla decirme que estaba bien, cuando no lo estaba.

Tomó una de mis manos entre las suyas.

—Oye, no te culpes. No es tu culpa que ella esté muerta.

—Debería haber salido con ella, al menos.

Palmer se estremeció.

—Si lo hubieras hecho, es muy probable que tú también estuvieras muerta ahora. Sobre

su esposo, ¿le creíste?

—Sin duda. La única razón por la que no te lo dije es porque ella me suplicó que no lo hiciera. Dijo que tenía un plan para dejarlo y que solo necesitaba un poco más de tiempo.

Palmer negó con la cabeza.

—No tenía idea. Nunca me dijo nada.

—Estaba aterrorizada de que alguien le dijera a su esposo y arruinara su estrategia de salida —dije.

—¿Y qué hay de esa mujer que estaba discutiendo con Caroline en el vestíbulo? ¿Crees que ella podría haberla matado? —preguntó Delia.

Palmer arqueó una ceja, y yo respondí a su pregunta no formulada.

—Joyce Ogilvie. Estaba enojada porque Caroline no vendía sus velas. Caroline dijo que era porque eran baratas, y Joyce la miró de arriba abajo y le dijo que sus clientes debían estar acostumbrados a lo barato.

—Duro —dijo Palmer.

—Pero Marco las separó antes de que empeorara —dijo Delia.

—Y luego estaba Ken MacCormack. La acusó de poner insectos en la tienda de su hermano para sacarlo del negocio —dijo Thea.

—¿Cuándo fue esto?

—Anoche en el bufet de postres.

Palmer sacó su libreta y escribió "Ogilvie" y "MacCormack".

—Haré que Rousseau los investigue. Gracias.

Se volvió hacia mí.

—Y ahora tengo algunas preguntas para ti. Primero, ¿por qué estabas en el vestuario de hombres?

¡Oh, escobas! ¿Qué podía decir? Si miraba las cámaras de seguridad, pensaría que no estaba allí, porque estaba bajo un hechizo de invisibilidad. Pero no podía decir que no estaba allí, porque entonces no habría tenido forma de encontrar el cuerpo. ¿Y había cámaras en ese pasillo? Intenté pensar pero no pude recordar.

Miré a Thea y Delia, pero seguía sin saber qué decir. ¿Podría decirle la verdad y borrar su memoria otra vez? ¿Funcionaría el hechizo igual de bien la segunda vez que lo usara en él? ¿Y cuántas veces podría borrar la memoria de un hombre antes de empezar a afectar permanentemente su cerebro?

¿Sería esta la noche en que le diría que era una bruja y me arriesgaría, esperando que me aceptara por quien era? La confesión no funcionó tan bien para la tía Lily, y no creía que él estuviera listo para escuchar algo tan extraño de mí.

—Me estaba haciendo un favor —dijo Thea.

La miré, esperando que tuviera la historia preparada, porque no tenía idea de adónde iba con esto.

—Marco y yo íbamos a salir a cenar y le pedí que averiguara más sobre él. Estaba nerviosa de que no le gustara si no teníamos nada en común —explicó Thea.

Palmer miró a Thea y luego a mí.

—¿No podías esperar hasta que saliera del vestuario?

—Lo intenté. Pero ya me conoces, soy impaciente, así que entré. Y de todos modos, ¿importa por qué estaba allí? Lo importante es que él estaba muerto y no vi a nadie salir de la habitación.

Delia abrió el minibar.

—Detective Palmer, ¿le gustaría algo de beber?

Él me miró y luego a ella.

—¿Qué? Oh, no, gracias.

—¿Por qué cree que los dos asesinatos podrían no estar relacionados? —preguntó Delia.

Excelente distracción. Mis primas son las mejores. No importaba que ya hubiera explicado por qué, era lo suficientemente paciente como para explicar de nuevo.

—Porque no podemos encontrar ninguna conexión entre los dos, excepto que estaban aquí en el hotel —dijo.

Delia bostezó. Se estaba haciendo tarde y habíamos tenido un día difícil.

—Los resultados de balística estarán disponibles por la mañana. Pasaré a recogerlas a las siete para desayunar. No salgan de la habitación sin mí.

—¿Así que realmente no crees que fuera su esposo? —pregunté.

—No lo creo. Pero me está dejando compartir su habitación esta noche, así que tendré una mejor idea de cómo está su cabeza. Se le está permitiendo participar en la investigación, así que parte de mi trabajo es mantenerlo sobrio.

¡Genial! Ahora no teníamos que preocuparnos de que nadie lo estuviera vigilando durante la noche.

—Buena suerte con eso —dijo Thea.

—Pasó la noche en el bar, observando a la gente. Espero que no estuviera bebiendo —dijo Palmer.

¿Cómo sabía Palmer eso? ¿Me habría visto entrar al bar? Respiré profundo. Si me hubiera visto, me habría hecho saber lo molesto que estaba.

—¿Lo estás vigilando de todos modos?

—Yo no, pero Rousseau lo tiene bajo vigilancia, por si acaso —dijo Palmer.

—Eso me recuerda, ¿por qué llamas a Rousseau vieja rata de pantano?

Palmer se rió.

—Fue uno de mis oficiales de entrenamiento y le ponía apodos a todos, pero no se nos permitía llamarlo nada más que Detective Rousseau hasta que nos graduáramos. Cuando terminamos, nadie quería ponerle uno excepto yo, y elegí vieja rata de pantano porque, en ese momento, tenía un bigote horrible que lo hacía parecer una rata.

Lo acompañé a la puerta y le apreté la mano.

—Me alegro de que estés aquí. Creo que dormiremos mejor esta noche sabiendo que estás con Arneson.

Se inclinó y me besó en la mejilla.

—Manténganse a salvo.

Una vez que se cerró la puerta, me volví hacia mis primas.

—Ni una palabra. Ni una sola palabra.

—¿Diríamos algo sobre el guapísimo detective besándote? —preguntó Delia.

—Ni siquiera me molestaría por un beso en la mejilla —dijo Thea—. Pensé que ustedes dos estaban saliendo.

Saqué mi pijama del cajón.

—Yo también. Supongo que es complicado cuando tu novio es detective y sigues encontrando cadáveres.

Capítulo 11



Sospechaba que Thea y Delia no me dejarían en paz a menos que se me ocurriera una distracción. —Delia, ¿qué tipo de hechizos de localización conoces? —pregunté.

Cerró los ojos y pensó por un momento. —No estoy segura de conocer alguno, y esa no es un área en la que Jameson y yo hayamos estado trabajando.

Thea recogió una caja de pizza vacía y la puso junto a la basura. —¿Sabes quién tenía un buen hechizo de localización? La señora Thompson. Ojalá hubiera podido escuchar el hechizo, pero ella deliberadamente hablaba muy bajo para que no pudiéramos oírla cuando lo usó para encontrar a Abby.

El hechizo de la señora Thompson usaba el collar de Abby como punto focal para ayudarnos a encontrarla cuando había sido secuestrada por nuestro antiguo vecino, Chuck. —¿Crees que ese hechizo funcionaría bien con un trozo de cuero de zapato? No creo que podamos reducir nuestra búsqueda a una sola persona en un hotel tan concurrido. Pero tal vez podríamos encontrar los zapatos —dije.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Thea.

—Los zapatos tienen sangre, así que su dueño no los está usando ahora mismo. Es mucho más fácil encontrar algo cuando no se está moviendo —dije.

—¿No conocería Jameson todos los hechizos que la señora Thompson les enseñó? Y si es así, ¿hay alguna manera de preguntarle sobre ellos desde aquí? —preguntó Delia.

—No estoy segura. Déjame intentar contactarlo telepáticamente.

Cerré los ojos y me concentré en Jameson. Imaginé lo que estaría haciendo ahora mismo, que era estar sentado en la cocina, esperando que alguien le diera otro sabroso bocado de comida. No le iba a gustar la dieta que le pondría una vez que volviéramos a nuestro apartamento. Lo imaginé sentado en su silla en la cocina, lavándose la cara y esperando pacientemente. Una vez que tuve su imagen tan claramente definida en mi mente como pude, pensé: Jameson, ¿puedes oírme?

No pasó nada. Después de un minuto, abrí los ojos y dije: —No sé si me escuchó, o si simplemente no puedo oírlo. No creo que esté lista para un enlace telepático a esta larga distancia.

Delia sacó su teléfono. —No hay problema, simplemente lo llamaré como si fuera una persona normal.

—No, espera... —empecé, pero ya era tarde.

—Hola, mamá, soy yo. —Delia hizo una pausa por un momento y luego continuó—. No, no te preocupes. Todo está bien aquí. Me preguntaba, ¿podemos hablar con Jameson un minuto?

La voz de la tía Nadia se hizo más fuerte al otro lado del teléfono.

—Te prometo, mamá, que estamos bien. Lamento llamar tan tarde. Solo queríamos preguntarle a Jameson sobre un hechizo que vimos usar a la señora Thompson una vez.

Podía imaginarla siendo interrogada por la tía Nadia mientras esperábamos.

—¿Cuál? El hechizo de búsqueda que usó para encontrar a Abby cuando Chuck la había secuestrado —dijo Delia.

Eso era todo, nuestra coartada se había descubierto. En el momento en que Delia dijo secuestro, todos en esa casa iban a empezar a preocuparse. La voz de la tía Nadia se hizo aún más fuerte, y la oí decir: —Señorita, me vas a decir exactamente qué está pasando, ahora mismo.

Delia me miró a mí y luego a Thea. Ambas nos encogimos de hombros, sabiendo que no había manera de salir de esta.

A estas alturas, todo lo que podíamos esperar era hacer suficiente control de daños para que las tías no condujeran hasta aquí en medio de la noche para protegernos.

—Está bien, te lo contaré todo. Pero primero, quiero que sepas que hay dos departamentos de policía trabajando en esto ahora. Tres brujas extra de Portsmouth no van a ayudar a resolver el caso. —Tomó un respiro profundo y continuó—. Anoche, Caroline Arneson recibió un disparo aquí en el hotel. También parece que la misma persona pudo haber disparado a uno de los camareros. Pero eso fue anoche, y nada malo ha pasado hoy, así que realmente, no entres en pánico. El detective Palmer está aquí, y no nos deja ir a ningún lado sin escolta. El Departamento de Policía de Boston también está aquí, y estoy segura de que el detective Rousseau llegará al fondo de esto muy rápidamente.

Me sorprendió que la tía Nadia no pareciera tener nada que decir sobre esto.

—¿Mamá?

—No veo al gato por ningún lado, ni siquiera en la cocina. ¿Isabella no puede llamarlo ella misma?

—Lo intentó, pero cree que la distancia es demasiado grande.

La voz de la tía Nadia se había calmado, y ya no podía oír lo que estaba diciendo.

—Está bien, eso es genial. Gracias, mamá —dijo Delia mientras colgaba la llamada.

—¿Quién apuesta a que estarán en su coche en cinco minutos, conduciendo hacia aquí? —preguntó Thea.

—De ninguna manera. Mamá dijo que nos dejaría resolver esto con el detective Palmer. Sospecho que está haciendo que la tía Lily llame al jefe en su lugar.

Asentí. —Y luego él llamará a Palmer y solo la diosa sabe qué pasará mañana por la mañana.

Escuchamos un largo maullido desde el baño y Jameson salió caminando.

Maulló de nuevo para anunciar su presencia. —¿Qué es tan importante como para que tengas que gritar por mí?

Saltó a la cama y se estiró.

—No sabía que podías viajar tan lejos —dijo Thea.

Comenzó a amasar la cama con sus garras. —Si llegas a los doscientos, podrás hacer este tipo de cosas también. Pero nunca llegarás tan lejos si sigues poniéndote en peligro.

Le rasqué entre las orejas. —Necesitamos ayuda con un hechizo. Tenemos una pista y necesitamos rastrearla hasta su dueño.

Delia se levantó y sacó la bolsa con el trozo de cuero del zapato de su escondite en el armario. La puso frente a Jameson. —No es mucho, pero ¿podemos rastrear al dueño con este trozo de cuero de zapato?

Jameson golpeó la bolsa con su pata. —Sácalo de la bolsa.

Delia lo vació sobre la cama.

Jameson puso su pata sobre el trozo de cuero. —¿Qué pasó aquí? No me gusta la sensación de esto.

—Caroline Arneson fue asesinada a tiros el viernes por la noche. Estamos bastante seguros de que esta es su sangre en el cuero rayado del zapato del asesino —dije.

—¿Y quieren encontrar a la persona dueña de estos zapatos? —preguntó Jameson.

—¿Podemos hacer eso? —preguntó Delia.

—Yo puedo hacerlo, pero ¿ustedes tres? No estoy seguro.

Delia frotó la barriga de Jameson. Él se dio la vuelta para darle acceso completo a su estómago y comenzó a ronronear. ¿Quién hubiera pensado que este era el camino a su corazón?

—Pero puedes enseñarnos el hechizo, ¿verdad? —preguntó Delia.

Jameson no respondió; solo continuó ronroneando.

Delia dejó de frotar y él la miró. —¿Puedes enseñarnos el hechizo correcto? —preguntó.

—Saben que solo soy el familiar de Isabella, ¿verdad? Les estoy enseñando estas dos cosas solo porque quiero —dijo Jameson.

Thea resopló. —Nos estás enseñando porque te alimentamos bien.

Jameson se dio la vuelta. —Bien. Les enseñaré el hechizo. Como todos los hechizos, no se trata tanto de las palabras como de la intención. Así que, enfoquen su mente en el cuero del zapato. Solo en el cuero. Cuando la idea de ese zapato sea lo único en su mente, proyecten su conciencia al resto del hotel y digan 'Gran y sabia Brigid, guíanos hacia el dueño del zapato. Ayúdanos a hacer justicia con este asesino'.

Cerré los ojos y pensé en el zapato y a quién podría pertenecer. Podía sentir que Thea y Delia también se concentraban. Al mismo tiempo, todas comenzamos el encantamiento.

Cuando terminamos, Jameson dijo: —Una de ustedes recoja el cuero y otra lance un hechizo de ocultamiento sobre nosotros, luego saldremos a buscar al dueño de los zapatos.

Nos tomamos de las manos, Delia recogió el cuero y yo lancé el hechizo de ocultamiento después de que Jameson se acomodara sobre mis hombros.

Thea abrió la puerta y salimos.

—¿Pueden sentir el cuero tirando de ustedes en alguna dirección? —preguntó Jameson.

—Abajo —dije. Tomamos el ascensor y, guiada por mi conexión con el cuero del zapato, presioné el botón del vestíbulo. En el tercer piso, Rousseau y Graves entraron al ascensor, haciendo que nos aplastáramos contra las paredes.

—Sé que Palmer responde por él, y la coartada parece sólida, pero Arneson no me parece un hombre inocente. Puede que no haya matado a su esposa, pero sé que está ocultando algo.

—Tengo la misma sensación. Pero ¿qué podemos hacer al respecto? —preguntó Graves.

—Tengo a alguien en Portsmouth investigándolo para mí. Ya sabemos que tenía

problemas en casa. Tal vez estos problemas comenzaron a extenderse a su vida laboral.

Rousseau miró su reloj. —Lo retomaremos por la mañana.

Me alegré de no ser la única con sospechas persistentes sobre Arneson.

Cuando llegamos al vestíbulo, las puertas del ascensor se abrieron. Rousseau y Graves salieron, pero antes de que pudiéramos salir, dos parejas entraron y bloquearon nuestra salida.

—Rayos. ¿Ahora qué hacemos? —preguntó Thea.

—Supongo que solo daremos un paseo —dije.

Subimos en el ascensor hasta el quinto piso, luego al octavo. Presioné el botón del vestíbulo, esperando que esta vez pudiéramos salir. —Bien, pónganse en fila detrás de mí y saldremos rápido, con suerte antes de que alguien más pueda bloquearnos de nuevo.

Las puertas se abrieron y, esta vez, Palmer y Arneson entraron. —Vamos —dije mientras tiraba de la mano de Thea.

—¿No querías quedarte a ver qué tenían que decir? —preguntó Delia.

—No. Ya estoy perdiendo el enfoque en la dirección que se supone que debemos seguir.

—Deberían apartarse y tratar de recuperar el enfoque —dijo Jameson.

Nos guíé hasta la pared junto al mostrador de registro y me concentré de nuevo en nuestra pista. Después de un momento, sentí un tirón distinto hacia la izquierda. —Vale, estoy lista.

—¿Adónde vamos? —preguntó Jameson.

Señalé con la barbilla hacia la izquierda, en dirección a la tienda de regalos. Lentamente, nos guíé pasando la tienda y por el pasillo hasta que llegamos a un par de puertas dobles con el letrero "Muelle de carga". Abrí la puerta y el cuero nos condujo a través de ella.

El cuero nos llevó afuera. Nos detuvimos frente a una fila de contenedores de basura.

—Contenedores de basura. ¿Por qué tenían que ser contenedores de basura? —dije.

—¿Y ahora qué? —preguntó Thea—. ¿Quitamos el hechizo de ocultación y empezamos a buscar al dueño de los zapatos?

—Todavía no. Primero miraré en los contenedores y os diré lo que encuentre —dijo Jameson. Le quité el hechizo de ocultación y observamos cómo caminaba alrededor de los bordes de los contenedores, mirando dentro.

Se detuvo en el tercero. —Es este.

No estaba segura de qué hacer a continuación. No podía preguntarle, porque no podía oírme mientras yo seguía oculta.

—No te quedes ahí parada, tendrás que quitarte la ocultación y empezar a buscar entre la basura —dijo.

Quité la ocultación. —No tiene sentido que todos nos cubramos de basura o contaminemos otra escena del crimen. Yo entraré y empezaré a sacar bolsas.

Thea me ayudó a subir al contenedor y me tomé un momento para mirar alrededor. La capa superior de basura parecían ser bolsas de baño medio llenas. Si todo el contenedor estuviera lleno de bolsas limpias y secas, no sería un trabajo tan malo.

—¿Estás bien? —preguntó Delia.

—Sí, no está tan mal aquí. Voy a empezar a sacar bolsas. Vosotras dos revisadlas y luego tiradlas en otro contenedor.

Después de media hora de búsqueda, finalmente encontré los zapatos. —¿Alguien se acordó de traer guantes? —pregunté.

—Cógelos por los cordones —sugirió Thea.

Levanté uno por los cordones. Oh sí, eran los zapatos que estábamos buscando. —¡Éxito!

Zapatos con sangre.

Se los pasé a Delia y luego salí del contenedor.

—Aquí está el punto donde se raspó el cuero —dijo mientras sostenía nuestra pista contra la punta de uno de los zapatos.

—Pensé que íbamos a encontrar al dueño de los zapatos —dije.

—No viste... ¿a nadie más ahí dentro, verdad? —preguntó Delia.

Negué con la cabeza. —No hay cadáveres, gracias a la diosa.

—Entonces, ¿por qué el hechizo no nos llevó al dueño de los zapatos? —preguntó Thea.

Jameson me olfateó. —Necesitas un baño antes de que esté dispuesto a montarme en tus hombros otra vez. Los zapatos ya no tienen dueño, así que el hechizo nos trajo a los zapatos en su lugar.

Me sacudí la ropa y el óxido y la suciedad que se aferraban a mis pantalones desaparecieron. El hechizo de ropa de Delia funcionaba tan bien como ella había dicho.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? No es como si pudiéramos llevar los zapatos a Palmer o Rousseau. No podríamos explicar cómo los encontramos —dijo Delia.

—Tampoco podemos llevarlos a nuestra habitación. ¿Y si Palmer los viera? —pregunté.

—Creo que tenemos que dejarlos aquí. ¿De qué talla son? —preguntó Thea.

Delia inspeccionó los zapatos. —Talla 45.

—¿No tienen nada único, verdad? —pregunté.

—No. Son solo zapatos de hombre normales.

Sabía lo que tendría que hacer para asegurarme de que Palmer viera esta pista. No me gustaba, pero esto era demasiado importante para ignorarlo. —Le diré a Palmer por la mañana que encontré una pista en el patio. Con suerte, la cinta de la escena del crimen ya no estará para entonces.

—No lo hagas. Probablemente estarás con él la mayor parte del día mañana. Delia y yo podemos escabullirnos y decir que lo encontramos nosotras.

Eso me lo pondría mucho más fácil. —Me gusta esa idea. Solo esperad a que quiten la cinta.

—Pero ¿cómo sabrá que tiene que buscar en los contenedores? —preguntó Delia.

—Creo que hay suficiente sangre en el cuero como para que se dé cuenta de que nadie seguiría usando los zapatos. Puedo decir algo como que yo tiraría unos zapatos arruinados.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo? ¿Devolvemos los zapatos? —preguntó Delia.

—Sí —dijimos Thea y yo.

Delia volvió a tirar los zapatos al contenedor. —Esperemos que no lo vacíen antes de que llegue Palmer.

Bostecé y miré mi teléfono. —Son casi las dos de la mañana.

—Volvamos a la habitación e intentemos dormir —dijo Delia.

Rasqué a Jameson entre las orejas. —Gracias por venir. Probablemente deberías irte a casa ahora.

Él se burló. —Por supuesto que lo haré. Tengo toda la casa para mí con vosotras tres fuera.

No tenía idea de cómo lo hizo, pero desapareció.

Capítulo 12



Mi alarma sonó a las seis y media de la mañana y me desperté muerta de hambre. Siempre me despierto hambrienta si como justo antes de acostarme. No tiene sentido para mí, pero sucede cada vez.

Nos apresuramos a alistarnos porque no queríamos hacer esperar a Palmer. A las siete estábamos prácticamente amontonados alrededor de la puerta, esperando su golpe. A las siete y diez, habíamos perdido la esperanza y pensamos en bajar nosotros mismos.

—Deberíamos estar bien, siempre y cuando permanezcamos juntos —dijo Thea.

Delia frunció el ceño.

—No sé si "deberíamos" sea suficiente. Isabella, envíale un mensaje y pregunta si llegará pronto.

Estaba segura de que no nos haría esperar mucho, pero ya eran las siete y cuarto y no aguantaría mucho más sin desayunar. Desbloquéé mi teléfono y, al hacerlo, vibró alertándome de un mensaje.

Retrasado con Arneson. Llegaré en cinco minutos. Esperadnos.

Levanté mi teléfono para que Thea y Delia pudieran leerlo.

—Gracias a la diosa. No creo que pudiera aguantar mucho más que eso.

Ahora tanto Thea como Delia fruncían el ceño.

—No tengo ganas de desayunar con Arneson. ¿Y tú? —preguntó Thea.

—No. Pero Palmer está convencido de que es inocente y, aunque no me guste, confío en él.

Un fuerte golpe en la puerta me sobresaltó. Delia se levantó de un salto para abrir.

—Mira por la mirilla primero —dije. Palmer no nos dejaría en paz si pensara que abríramos la puerta a cualquiera.

Delia miró y abrió la puerta. Palmer entró, pero Arneson se quedó en el pasillo. Las oscuras sombras bajo los ojos de Palmer me dijeron que no había dormido mucho anoche. Abrí

mis sentidos hacia él y vi que lo que necesitaba era café y descanso.

Pobre Palmer. Debió haber pasado media noche con Arneson. Yo no creo que hubiera podido dormir nada en esa habitación, preguntándome si Arneson iba a perder la cabeza y venir a por mí después.

Arneson parecía tan cansado como Palmer, pero mis sentidos me dijeron que él también solo necesitaba café y descanso.

Palmer nos sonrió.

—¿Listas para ir? Me muero de hambre.

—Absolutamente —dije.

—¿Tiene que estar él aquí también? —preguntó Thea.

—¡Thea! —exclamó Delia.

—¿Qué? Solo digo lo que todos estamos pensando. No me siento cómoda desayunando con un hombre que podría haber asesinado a su esposa.

Arneson dio un paso adelante, pero se detuvo ante un gesto de Palmer.

—Voy a establecer algunas reglas básicas que todos vamos a seguir —dijo mirando a cada uno de nosotros, incluso a Arneson—. ¿Está claro?

Thea, Delia y yo asentimos de mala gana.

—Bien. Hoy somos una gran familia feliz. Quien no esté dispuesto a ello puede irse directamente a casa en Portsmouth —nos miró lentamente a cada uno—. ¿Se entiende?

Cada uno de nosotros asintió, pero no estábamos contentos con ello.

—Bien. Ahora vamos a desayunar.

Palmer presionó el botón del ascensor.

—Fue una noche difícil y ninguno de los dos durmió mucho —me dijo.

El vestíbulo estaba vacío, excepto por un solitario empleado en el mostrador de recepción. Incluso la fuente estaba apagada. Mis zapatos resonaban en el suelo de baldosas y hacían eco, siendo el único sonido en el gran espacio.

Muy poca gente estaba despierta tan temprano un domingo por la mañana, así que no tuvimos que esperar para conseguir una mesa.

La anfitriona nos sentó cerca de una ventana y nos entregó los menús. —¿Puedo empezar sirviéndoles café?

—Por supuesto —dijo Palmer.

—Perfecto. Su camarera vendrá en breve con ellos —dijo antes de marcharse.

El mal humor de Arneson estaba contagiando la mesa. Nadie habló hasta que llegó nuestra camarera. Era tan joven que pensé que ni siquiera había terminado el instituto. Me pregunté si siempre era así de alegre o si sentía la tensión en nuestra mesa y estaba tratando de romperla. —Buenos días, soy Trish, su camarera —Sirvió café a cada uno de nosotros—. Los especiales de esta mañana se ven súper deliciosos y los recomiendo encarecidamente. Tenemos una tortilla de pollo búfalo con pechuga de pollo desmenuzada, la salsa búfalo del chef, con una salsa de queso azul. Nuestra avena del día es de sésamo y nori tostado, y el gofre de hoy es de Nutella y fresa.

Hizo una pausa por un momento para dejarnos pensar. —¿Están listos para ordenar?

Miré a mis compañeros de desayuno. —Yo sí, ¿los demás?

Nadie dijo que no, así que continué. —Me gustaría la tortilla de pollo búfalo, por favor.

El resto de la mesa pidió variaciones de huevos, tocino y tostadas, y nuestra camarera se fue.

El silencio descendió sobre nuestra mesa de nuevo. Si Arneson no estuviera aquí,

estaríamos teniendo una conversación relajada. Levanté la mirada y le fruncí el ceño.

—Escucha, no quiero estar aquí más de lo que tú quieres que esté. Palmer insistió en que viniera.

Thea levantó la vista de jugar con su servilletero. —¿Te obligó? Podrías simplemente irte o moverte a otra mesa.

Arneson dejó su taza con tanta fuerza que el café se derramó. —¿Por qué debería irme? No he hecho nada malo. Tengo tanto derecho a comer aquí como tú.

—¿Pero lo tienes? —preguntó Thea.

—Ya basta, ustedes dos —dijo Palmer—. Thea, él no mató a su esposa, y necesitas dejar de provocarlo.

—Lo creeré cuando...

—Dije que necesitas parar —repitió Palmer.

Thea se recostó y miró con furia a Palmer y Arneson.

Trish regresó con nuestros desayunos. —Aquí tienen, todos. ¿Puedo traerles algo más? ¿Ketchup, más café?

—No, gracias —dijo Palmer.

Comimos en silencio durante unos minutos, hasta que el detective Rousseau se unió a nosotros. Puso una carpeta frente a Palmer. —Informe balístico. El arma pertenece a Joe Larkin, que vive en Portsmouth.

—¿Y sabemos eso porque...? —preguntó Palmer.

—Adiviné y llamé a tu comisaría preguntando por armas reportadas como desaparecidas. Larkin reportó la suya como desaparecida a principios de esta semana. Hace unos años, Larkin le disparó a un hombre que pensó que estaba entrando a robar en su casa, y las fotos de la bala recuperada muestran las mismas marcas que las balas recuperadas de Arneson y Pangoli.

Miré a Arneson, quien apenas podía controlar sus emociones.

Rousseau miró a Arneson. —Sin embargo, no lo sabremos con seguridad hasta que recuperemos el arma, así que no vayas a precipitarte y hagas algo de lo que te arrepientas después.

—Estoy completamente bajo control. No he bebido desde esa reunión. No volveré a beber hasta que mi esposa sea vengada.

No me gustó cómo sonaba eso. —¿Hasta que se haga justicia? —pregunté.

—También es una opción —dijo Arneson.

Palmer abrió la carpeta. —Conozco a Larkin. Es parte del cuerpo de bomberos voluntarios. ¿Ya tienen a alguien interrogándolo?

Rousseau negó con la cabeza. —Pensé que lo dejaríamos a su departamento. Esperaba que lo organizara con su jefe.

Palmer sacó su teléfono. —Buenos días, señor. Disculpe que lo llame tan temprano. Tengo el informe balístico frente a mí. Era el arma de Joe Larkin.

Hizo una pausa para dejar hablar al jefe. —Exactamente. Creo que si va a hablar con él personalmente, podremos llegar al fondo de esto rápidamente.

Escuchó un poco más y luego colgó. —Llamará de vuelta después de hablar con Joe.

—No veo a Joe como un asesino —dijo Arneson.

Palmer dio un sorbo a su café. —Parece improbable, pero ya veremos qué dice durante el interrogatorio.

—¿Quiere acompañarnos a desayunar? —le preguntó Delia a Rousseau.

Él cambió el peso de un pie al otro. —No puedo. Necesito llevar al Sargento Arneson a la

comisaría. —Miró a Arneson—. ¿Vendrá sin causar problemas?

Arneson asintió y se puso de pie.

—No está bajo arresto, pero eso podría cambiar. No me dé motivos y estará de vuelta más tarde hoy —dijo Rousseau.

—Conozco el procedimiento —dijo Arneson mientras se alejaban.

Una vez que Arneson había salido del restaurante, Henry y Beth se unieron a nosotros. —Hola, ¿podemos hablar? —preguntó Beth.

Palmer frunció el ceño. —¿Amigos suyos?

—Detective Palmer, estos son Henry Padron y Beth Baxter. Nos estaban ayudando a vigilar a Arneson antes de que usted llegara —dijo.

—Encantados de conocerlo —dijeron al unísono.

Palmer frunció el ceño. —Las investigaciones deben ser pequeñas, silenciosas, discretas. No puedes simplemente traer a cualquiera de la calle para que te ayude.

Me mordí el interior del labio para no sonreír. —No puedo evitar que la gente me aprecie y quiera ayudar. —Señalé nuestros dos asientos vacíos—. Adelante, siéntense.

—Podrías simplemente decir que no —sugirió.

—No es su culpa —dijo Beth—. Básicamente nos impusimos anoche.

—¿Por qué estaban desayunando con su principal sospechoso, de todos modos? —preguntó Henry.

—No es un sospechoso —dijo Palmer—. Es un hombre afligido que no sabe cómo lidiar con sus emociones.

Yo diría que sí. Ya no tiene a nadie a quien golpear.

—En cualquier caso, agradezco su ayuda, pero yo me encargo desde aquí. Ustedes dos deberían volver a disfrutar de la conferencia —dijo Palmer.

Henry y Beth me miraron. Me encogí de hombros. ¿Qué podía hacer? —Prometo que les llamaré cuando volvamos a casa y les contaré cómo termina todo.

—Si estás segura... —dijo Beth—. Odiaría que te pasara algo porque no tenías a nadie cuidándote las espaldas.

Miré a Palmer. —Creo que estaremos bien ahora. Gracias por pasarse por aquí.

Se levantaron y se fueron. Iba a tener que hacer algo para compensar el grosero despido de Palmer.

—Isabella, necesito hablar contigo en privado —dijo Palmer.

Miré alrededor. No me gustaba la idea de dejar solas a Thea y Delia. Señalé una mesa vacía en la esquina de la habitación. —¿Qué tal esa mesa?

No tenía idea de lo que quería, pero tenía algunas ideas sobre lo que deberíamos hacer a continuación. —¿Tienes contigo ese abridor de puertas de hotel? Así podemos hablar e investigar al mismo tiempo —dije una vez que estuvimos sentados.

—No. No se me ocurrió traerlo. Entrar a la fuerza en habitaciones de hotel no es algo que haga a menudo.

No estaba seguro de creerle. Obviamente entraba en habitaciones de hotel con la suficiente frecuencia como para darse cuenta de que necesitaba una herramienta para el trabajo.

—La seguridad del hotel nos dejará entrar —dijo.

—Genial. Mansuri no es mi mayor admirador. Tendrás que pedirselo tú —dije.

Palmer se levantó de la mesa. —No hay problema. Hará lo que yo quiera.

Capítulo 13



Mansuri refunfuñó todo el camino hasta la habitación de Caroline sobre cómo Palmer no debería dejar entrar a la sospechosa de asesinato en la habitación de la víctima y cómo Palmer estaba cometiendo un gran error.

Palmer me dio un apretón tranquilizador en la mano e ignoró a Mansuri, así que hice lo mismo.

Mansuri abrió la puerta de su habitación.

—No puedo quedarme a vigilarlos. Si encuentran algo, tráiganmelo primero. Es mi hotel.

—Por supuesto —dijo Palmer.

—Vigílela. Puede intentar manipular las pruebas. Y si se quedan fuera, no tengo tiempo para volver a dejarlos entrar —advirtió Mansuri.

Decidí ser amable con él.

—Por supuesto. Gracias por su ayuda.

La habitación se parecía a la mía, excepto que Caroline tenía una cama king-size, lo que le dejaba más espacio para caminar por la habitación. Su mesa también tenía dos sillas.

—¿Guantes? —le pregunté a Palmer.

Me entregó un par.

—Probablemente no sean necesarios, a menos que encontremos algo. Ya se han tomado las huellas de la habitación.

Me los puse de todos modos.

—Parece que acabáramos de hacer esto, ¿no?

Él volteó el colchón de lado.

—Acabamos de hacer esto, hace uno o dos meses.

Miré el somier.

—No hay nada ahí.

Tampoco había rasgaduras en la parte inferior del colchón.

Palmer volvió a colocar la cama en su lugar, y yo pasé a los cajones de la cómoda. Saqué cada uno, inspeccionando la parte trasera y el fondo, y el interior de la cómoda misma.

—No hay nada aquí.

—No me sorprende. No esperaba encontrar nada.

—Entonces, ¿por qué accediste a venir a inspeccionar la habitación conmigo?

—Quería hablar contigo a solas, y aquí es mejor que en el restaurante donde tus primos harían todo lo posible por escuchar a escondidas.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza. ¿De qué quería hablar que no podía mencionar delante de otras personas? Estaba segura de que iba a decir que fuera lo que fuera nuestra relación, no era correcta y que necesitaba ser más profesional. No más picnics, no más películas en mi apartamento.

Me mordí el labio en un intento de ocultar mis emociones más profundas. No quería que nuestra relación muriera antes de que le hubiéramos dado una buena oportunidad.

—¿Por qué no nos sentamos? —preguntó Palmer.

Me senté a la mesa y entrelacé las manos en mi regazo, segura de que iba a rechazarme.

—Quería hablar de nosotros —dijo.

Asentí, pero no dije nada.

—Me gustas mucho, Isabella. A veces en contra de mi buen juicio.

¿Cuáles eran las probabilidades de que hubiera leído *Orgullo y prejuicio*? ¿Sabía que me estaba haciendo un Mr. Darcy?

La opresión alrededor de mi corazón que ni siquiera me había dado cuenta de que estaba sucediendo, se aflojó.

—Pero no sé si tengo algo que ofrecerte. Soy viejo y aburrido. Parece que no se me dan muy bien las relaciones, y soy mercancía usada.

No estaba de acuerdo con nada de eso.

—Esa no es en absoluto la forma en que te veo. En primer lugar, ¿qué quieres decir con "mercancía usada"?

—Estoy divorciado.

Eso lo sabía. Y sabía que su ex esposa no lo había tratado muy bien mientras estuvieron juntos y que él estaba marcado por su comportamiento. Le sonreí.

—Al igual que la mitad del país.

Se levantó y caminó por la habitación.

—También soy viejo. Soy casi ocho años mayor que tú.

Me reí de esta objeción.

—¿Has visto a los chicos de mi edad? No me interesan. Mi madre me organizó una cita a ciegas hace unos meses, y fue lo peor. Estaba tan completamente ensimismado que ni siquiera se dio cuenta de que lo estaba pasando fatal escuchándolo hablar sobre cómo guarda todos sus carbohidratos para la cerveza los fines de semana.

—¿Que hace qué?

—No come carbohidratos durante toda la semana para poder beber toda la cerveza posible durante el fin de semana y aun así verse bien.

—¿Y lo logró? Me refiero a verse bien.

Recordé a Geoff. Se veía bien, pero eso era todo. —Lo hizo. Pero eso no es algo sobre lo que construyes una relación. A mitad de la cena, prácticamente estaba rezando para que hubiera un incendio en la cocina y así poder terminar la cita antes.

Palmer se rio. —Un poco drástico, ¿no crees?

—No para esta cita.

Palmer dejó de caminar y se sentó de nuevo. —¿Entonces no soy demasiado viejo?

Negué con la cabeza. —Pero esto va en ambos sentidos. ¿No soy yo demasiado joven para ti? He vivido en Portsmouth toda mi vida, no he ido a la universidad, apenas me he mudado de la casa de mi madre, y ahora estoy de vuelta en ella. ¿No quieres salir con una mujer que tenga más que ofrecer que yo? ¿Alguien que sea más adulta?

Apoyó su mano, palma hacia arriba, sobre la mesa. Puse mi mano en la suya. La sostuvo suavemente y me miró a los ojos. —No creo que haya una mujer que pueda ofrecerme más de lo que tú me ofreces.

Mis ojos se abrieron de par en par. ¡Cielos! —Sabes cómo quitarle el aliento a una mujer.

—Quiero, necesito ir despacio. Todavía no he superado el efecto que Sophie tuvo en mí. ¿Puedes ser paciente conmigo?

Vaya. ¿Cómo me topé con un hombre guapo, que parecía pensar que yo era asombrosa, y que estaba dispuesto a compartir sus sentimientos y ser vulnerable conmigo? —Por supuesto.

Levantó mi mano y besó mi palma. ¿Podían tus rodillas debilitarse si ni siquiera estabas de pie? Estaba bastante segura de que las mías lo hicieron.

—Pero por ahora, tenemos un asesino que encontrar.

—¿No vas a decirme que haga las maletas y me vaya a casa, que me mantenga a salvo y fuera de esto?

—Ya lo he intentado. No escuchas. Al menos si estás conmigo, puedo mantenerte a salvo. Pero mientras investigamos, tengo que parecer profesional. No puedo hacer que parezca que estoy dejando que mi novia me acompañe en un caso.

Dijo novia. Oficialmente era su novia. —Por supuesto. Ya que estamos solos, ¿puedes decirme por qué estás tan seguro de que Arneson no mató a su esposa? Nunca has visto los moretones que le dejó en la cara. Ni siquiera puedo imaginar lo que le habría hecho al resto de su cuerpo.

—Tiene una coartada. No puedo decirte cuál es, sin embargo. Tendrás que confiar en mí en esto.

Confiaba en él, pero realmente quería saber qué era. Tal vez si lo supiera, podría encontrarle fallos. —¿Maltratadores Anónimos?

Estaba bromeando, pero él se veía muy serio. —No se llama así. Pero sí.

—No sabía que existiera tal grupo. Entonces, si no es él, todavía hay una lista de personas que podrían ser.

—Y ya que estamos en el tema —dijo Palmer—, lamento no haberte creído al principio. Sé que no inventarías una historia así, pero es tan difícil de creer. Nunca he visto a Rudy perder los estribos con un sospechoso, así que asumí que tenía la misma compostura, como mínimo, con su esposa.

—¿Quiénes son tus sospechosos, entonces? —pregunté.

—Los mismos que los tuyos. Dime todo lo que sabes sobre ellos.

Levanté un dedo. —Ken MacCormack. Dice que ella arruinó el negocio de su hermano. Si alguien que conozco arruinara el negocio de Thea y Delia, estaría realmente enojada.

Levanté otro dedo. —Había pensado que podría ser Joyce Ogilvie, pero ¿realmente matarías a alguien por no vender tu producto?

Levanté un tercer dedo. —Y podría ser el bombero, el tipo que es dueño del arma con la que mataron a Caroline y Marco. Sin embargo, no veo cómo las dos víctimas de asesinato podrían estar relacionadas.

—Aún no estoy convencido de que estén conectados. Un tercer asesinato nos mostraría un patrón mejor.

Mi estómago se hundió. —¿Crees que volverá a matar? ¿Por qué?

—La gente mata por muchas razones. No es raro matar para guardar un secreto. Si nos acercamos demasiado a descubrir el suyo, podría venir tras uno o ambos de nosotros. A algunas personas les gusta el poder o el control y nunca se detendrán hasta que sean atrapadas.

—Y por eso me sigues diciendo que me vaya a casa y te deje investigar.

Él asintió con la cabeza.

—Deberíamos volver con tus primos. No quiero que ninguno de vosotros esté solo durante el resto del fin de semana.

—De acuerdo. Y recuerda, por muy fantástica que sea cuando resuelva este crimen para ti, tenemos que actuar de forma profesional. Nada de llenarme de besos delante de los demás.

Él se rio.

—Resuelve primero el crimen y te besaré en el vestíbulo delante de todos.

Capítulo 14



Nos tomamos de la mano durante el corto trayecto en el ascensor. Palmer me llevó directamente al restaurante, aunque sin tomarnos de la mano en público. Thea y Delia seguían sentadas, terminando su desayuno.

Por fin habían retirado la cinta policial de las puertas del patio. Ahora lo único que tenía que hacer Thea era encontrar un buen momento para pasarle nuestra pista a Palmer.

—¿Adónde fueron ustedes dos? —preguntó Delia.

—Quería echar un vistazo a la habitación de Caroline. Esperaba que encontráramos algo que la policía hubiera pasado por alto.

Thea dejó su taza de café. —¿Y encontraron algo?

—No. No tenía nada escondido allí arriba. —Me senté y di un bocado a mis huevos, que ya estaban fríos.

—Tengo algunas cosas que hacer esta mañana, y quiero que las tres me prometan que se mantendrán alejadas de los problemas —dijo Palmer.

Delia le sonrió. —¿Nosotras? ¿Meternos en problemas? Debes estar confundiéndonos con alguien más.

Palmer se rio. —No lo creo. Pero en serio, dejando las bromas a un lado, este no es el lugar más seguro para estar.

—Me estaba dando esa impresión —dijo Delia.

Palmer tomó una rebanada de pan tostado de su plato. —Me alegro de que me tomen en serio. No quiero tener que investigar tres asesinatos. Permanezcan juntas, quédense entre la multitud, y me pondré al día con ustedes más tarde esta tarde.

Con una última mirada de advertencia, se dio la vuelta y se alejó.

Delia me miró fijamente. —Así que por fin lo tuviste a solas. ¿Qué pasó realmente?

Lo primero que iba a hacer cuando llegara a casa era buscar un hechizo anti-sonrojo. — Nada.

—Ese sonrojo está contando una historia diferente —dijo Thea.

Sonreí. —Está bien. Tuvimos una pequeña charla. Él piensa que no es lo suficientemente bueno para mí, pero si estoy dispuesta a aguantar todas las cosas que están mal con él, estaría feliz de ser mi novio.

Thea parecía preocupada. —¿Qué tiene de malo?

Tomé un sorbo de mi café antes de responder. —Nada. Él piensa que es viejo y que estar divorciado es un problema.

—Hablando de problemas, miren quién vuelve —dijo Thea.

Seguimos su mirada hacia la puerta para ver a Rudy Arneson caminando hacia nosotras. En el momento en que vio que aún estábamos en nuestra mesa, se desvió, casi chocando con otro huésped.

—Supongo que no desayunar es mejor que sentarse con nosotras —dijo Delia.

Miré mi plato. Los huevos estaban demasiado fríos y la salsa de queso se había puesto un poco gomosa. Tomé un trozo de pan tostado. —¿Pasó algo mientras no estuve?

—No. Pudimos desayunar en paz, eso sí —dijo Thea.

—¿Deberíamos pedir la cuenta? No quiero apurarlas, pero tampoco quiero quedarme sentada aquí todo el día —dijo Delia.

Terminé mi café. —Claro. Creo que necesitamos empezar a examinar a todos en la conferencia. Tal vez conseguir tantas coartadas como sea posible antes de que la gente empiece a irse a casa.

Thea miró hacia la puerta y luego volvió a la mesa. —Oh, no. No estoy lista para hablar con él hoy.

Miré hacia la puerta y vi a Evan Branham saludando nuestra mesa. Se me cayó el alma a los pies. Yo tampoco quería hablar con él. —Es demasiado tarde, ya nos ha visto. —Le devolví el saludo e intenté sonreír.

—Buenos días, señoras —dijo Branham—. ¿Puedo acompañarlas para tomar una taza de café?

Vaya, maldita sea. No tenía el valor para ser lo suficientemente grosero como para decir que no. —Estábamos a punto de irnos, pero una taza más de café no nos haría daño.

Branham hizo un gesto y llamó la atención de nuestra camarera, Trish. —¿Qué puedo ofrecerles?

Branham le sonrió. —Café para la mesa, cariño.

La sonrisa de Trish se desvaneció. —Un momento —dijo antes de darse la vuelta y alejarse.

—¿Vieron eso? —preguntó Branham—. En el momento en que pedí solo un café, el servicio al cliente se fue cuesta abajo.

Puse los ojos en blanco. —¿No crees que tuvo algo que ver con que la llamaras "cariño"?

—¿Qué? Eso no tiene sentido —dijo Branham.

Delia frunció los labios e intentó explicar. —Nunca la habías visto antes, ¿verdad?

Branham asintió. —Nunca la había visto.

—Bien, entonces, ¿a cuántos jóvenes que nunca has conocido antes los llamas "cariño"?

Branham frunció el ceño. —A ninguno, es una pregunta rara.

—¿Y por qué es raro? —preguntó Delia.

—No lo sé, simplemente lo es. Miren, no estoy aquí para una lección feminista, quería hablar con ustedes sobre asegurarme de que se mantengan a salvo el resto del día.

—Créeme, el detective Palmer ya nos ha dado instrucciones muy estrictas. Sin mencionar

que él también pasará la mayor parte de su tiempo con nosotros —dijo Thea.

Trish regresó con una jarra de café y la colocó frente a Branham. —¿Algo más?

—Quiero disculparme. Me acaban de decir que llamar "cariño" a mi camarera no era aceptable. Lo siento, y espero que no te hayas ofendido —dijo Branham.

Trish tomó la jarra y nos sirvió café. —Ya no estoy ofendida. Gracias.

Después de que se alejó, Branham sonrió con suficiencia. —Y así es como logras que la gente vote por ti. Diles lo que quieren oír.

—¿En serio? —preguntó Thea.

Supongo que no tenía que cambiar mi opinión sobre él, después de todo.

—Bueno, volvamos al tema. Después del trágico percance que sufrió la señora Arneson y el acto de violencia aleatorio perpetrado en el vestuario del hotel, creo que es mejor que ustedes tres se queden con el resto de los participantes de la conferencia. No crean que no he notado que ustedes tres se han estado escabullendo y no están aprovechando todo lo que el fin de semana tiene para ofrecer.

Acercó su silla a la mesa. —Si no están interesadas en los temas, pueden ayudar a reclutar más negocios para Portsmouth. Tengo una lista y no creo que pueda terminarla toda antes de que termine la conferencia.

—No sé por qué estás tratando de darle otro enfoque a esto, pero ambos fueron asesinados. Y hay una buena probabilidad de que el asesino esté conectado de alguna manera con Portsmouth —dijo.

—¿Qué te da esa idea?

—Es la teoría con la que están trabajando los departamentos de policía de Boston y Portsmouth en este momento —dijo.

—No sabía que estabas tan cerca de la investigación. Es una verdadera lástima, Caroline era una mujer estupenda, por lo que he oído, y era importante para la comunidad empresarial de Portsmouth. Y el chico, olvido su nombre, pero creo que trabajaba en mantenimiento, estoy seguro de que también era importante para la gente de donde venía.

—Su nombre era Marco. Era camarero y estudiante. Era importante para mucha gente —dijo Thea en voz baja.

—Estoy seguro de que tienes razón —dijo Branham. Echó crema en su café y tomó un sorbo—. A menudo me pregunto qué haría yo si me enfrentara a este tipo de horribles situaciones de vida o muerte. ¿Ustedes no? Me gusta pensar que si hubiera estado cerca de cualquiera de ellos, podría haber salvado sus vidas. Supongo que nunca sabes lo que harás hasta que realmente te encuentres en ese tipo de situación.

Branham terminó su café y llamó de nuevo a Trish. —Por favor, carga esto a la cuenta de mi habitación. Habitación 894.

—Habitación 894. Claro —dijo ella.

—La próxima presentación comienza en un par de minutos, vamos todos juntos.

Capítulo 15



Aguantamos una interminable hora sobre el uso de publicidad impresa para llegar a clientes mayores. No estaba segura de quién usaba publicidad impresa todavía; incluso mis clientes me encontraban por internet. Lo único bueno de la charla fue que Branham no se quedó con nosotros ni, hasta donde yo sabía, insultó a ninguna otra mujer. Se quedó de pie al fondo de la sala, así que incluso si hubiéramos querido escabullirnos, lo habría notado.

Una vez terminada la presentación, seguimos a la multitud por el pasillo hacia el almuerzo.

Henry y Beth se acercaron a nosotros en el salón de baile.

—Hola chicos, ¿qué pasa? —preguntó Henry.

Sabía que a Palmer no le gustaría esto, pero a veces hay que actuar por instinto. Mi instinto me decía que estos dos no eran asesinos. Dudaba que hicieran algo más que exceder el límite de velocidad en las carreteras y cruzar la calle imprudentemente.

—Necesitamos conseguir todas las coartadas posibles de todos en la sala. ¿Pueden ayudarnos con eso?

Beth se giró y empezó a contar.

—Hay unas cuatrocientas personas en esta sala. No estoy segura de que podamos llegar a todos.

Henry parecía escéptico.

—¿No se verá raro que estemos preguntando a todos dónde estaban?

—No creo que sea tan malo, quiero decir, no creo que haga falta mucho para que la gente empiece a hablar de los asesinatos. En realidad, es bastante fácil llevar a la gente a que te diga lo que quieres saber.

—¿En serio? —preguntó él.

Tal vez no era fácil para todos, pero siempre había sido fácil para mí.

—Creo que si adoptamos un enfoque natural y empezamos con algo como: "Vaya, no

puedo creer lo que pasó anoche", o "Me alegro tanto de no haber encontrado ese cuerpo". Ya sabes, solo ser amables y actuar con naturalidad. La gente terminará diciéndote dónde estaba y qué estaba haciendo, especialmente si tú vas primero.

Henry asintió.

—¿Cómo vamos a dividir la sala para asegurarnos de preguntar a cada persona solo una vez?

Miré alrededor de la sala.

—Si dividimos la sala en cuartos, cuatro de nosotros pueden tomar un cuarto cada uno y uno de nosotros puede quedarse junto a la puerta para hablar con cualquier persona que entre o salga.

—Suená bien. ¿Puedo tener el área cerca del buffet? No he comido nada todavía hoy —dijo Beth.

—Claro. Creo que si cada uno empieza en una esquina y avanza hacia el centro, hablaremos con casi todos —dijo Thea.

Thea, Delia y Henry caminaron hacia esquinas separadas de la sala y comenzaron a charlar con la gente. Beth empezó a hablar con gente cerca de la mesa del buffet. Yo me quedé junto a la puerta, observando la sala y preguntándome si estábamos comiendo con un asesino. Joyce Ogilvie caminó hacia la puerta, con aspecto de querer irse.

—Joyce, qué bueno verte hoy. ¿Cómo estás disfrutando la conferencia? —pregunté.

—Es horrible. No sé tú, pero a mí no me gusta quedarme en un hotel donde acaban de asesinar a alguien. Voy a empacar mis cosas e irme a casa.

Hice mi mejor esfuerzo por parecer comprensiva.

—Sé a qué te refieres. Es realmente espeluznante, pero estoy segura de que estamos a salvo aquí ahora. La policía ha sido llamada y estoy segura de que encontrarán al asesino pronto. ¿Estabas cerca del patio cuando sucedió? Sé que eso me haría querer correr a casa y esconderme también.

Pareció un poco ofendida, que era lo que yo buscaba.

—No estoy huyendo a casa, y no tengo miedo. Tengo mucho que hacer y no quiero perder más tiempo aquí. Ya que parece ser excesivamente curiosa, no, no estaba cerca de ese patio. ¿Quién saldría allí? Estaba lloviendo.

Asentí.

—Cierto. ¿Adónde fuiste?

Me miró entrecerrando los ojos por un momento.

—Bueno, si tanto quieres saber, estaba en el spa, relajándome. Encuentro agotador hablar con extraños todo el día.

Intentó pasar a mi lado, pero continué bloqueando su camino.

—Solo una pregunta más, si no te importa. No te caía muy bien. ¿Conoces a alguien que la odiara lo suficiente como para matarla?

Puso su mano en mi hombro y empujó suavemente. Claramente, había terminado de discutir sobre Caroline Arneson conmigo.

—Por supuesto que no. No sé qué clase de gente crees que conozco, pero te aseguro que no conozco a nadie capaz de asesinar.

Se alejó a grandes zancadas y no volvió a mirarme.

El spa sería una coartada bastante fácil de comprobar. Miré por la sala, buscando al equipo de interrogación. Ese pensamiento me hizo sonreír. Estaba dirigiendo un equipo de interrogadores. Beth estaba manteniendo la corte junto a la mesa del buffet, hablando con varios

hombres a la vez. Thea estaba charlando con uno de los camareros, y Delia estaba hablando con el alcalde de Farmington. Henry, pobre Henry. Tenía acorralado a un hombre de aspecto muy angustiado en una esquina. Henry hablaba animadamente y no dejaba que el otro hombre dijera una palabra. Supongo que no estaba tomando mi consejo muy en serio.

Me acerqué a Henry y empecé a escuchar su conversación.

Estaban hablando de béisbol, nada relacionado con el asesinato o la convención. Decidí que era hora de liberar al pobre tipo y enviar a Henry a quedarse junto a la puerta. Toqué a Henry en el hombro, y cuando se dio la vuelta le dije:

—Oye Henry. ¿Puedo hablar contigo aquí un momento?

Pareció sorprendido de verme.

—Oh, claro.

Después de que nos alejamos de la víctima conversacional de Henry, dije: —Pensé que te gustaría un descanso. ¿Por qué no vigilas la puerta y yo termino esta parte de la sala?

Pareció aliviado. —Gracias. No creo que estuviera haciendo un buen trabajo allí.

Le sonreí. No quería mentirle diciéndole que lo estaba haciendo bien, pero tampoco quería que pensara que era inútil. Así que no dije nada mientras caminaba hacia la puerta.

Me di la vuelta y encontré al hombre que había estado coqueteando con Caroline el viernes por la noche parado muy cerca de mí. —Oh, lo siento. No te vi ahí —dije.

Me sonrió de una manera que me hizo sentir más como una conquista que como una persona.

—Alexander Partington, a tu servicio. No son los mejores tiempos para que las mujeres estén solas en este hotel. Si quieres, estaré encantado de escoltarte para que no tengas que preocuparte por el asesino suelto.

Entonces solo tendría que preocuparme por él. —Es un pensamiento aterrador, un asesino en algún lugar aquí en nuestra pequeña conferencia. De hecho, podría ser cualquiera. Tú, yo, cualquiera.

—Ciertamente que no. Te prometo que no fui yo, y dudo que una cosita tan bonita como tú haya matado a esa mujer. Así que entre los dos, deberíamos estar perfectamente a salvo.

No me estaba gustando la vibra espeluznante que este tipo me daba. —¿Y cómo dijiste que te llamabas?

—Alexander Partington. Soy dueño de una cadena de bares y restaurantes en toda Nueva Inglaterra.

—¿Una cadena? Debes ser muy exitoso.

Se rio entre dientes. —Supongo que lo soy.

—¿Te importa si te hago una pregunta?

—Para nada. Estoy encantado de ayudar.

—Te vi con Caroline Arneson el viernes por la noche. ¿La habías conocido antes?

—No estoy seguro. He hablado con muchas mujeres este fin de semana. Tal vez si pudieras describirla, podría ayudarte.

Dejé que mi voz tomara un tono frío. —Es la mujer que fue asesinada.

Sus ojos se agrandaron. —No tenía idea de cuál era su nombre. Ella estaba, y odio hablar mal de los muertos, más interesada en otras cosas. Tuve la sensación de que no le importaba quién era yo, siempre que tuviera suficiente dinero.

—Entonces, ¿la llevaste a tu habitación? Sabía que no lo había hecho, pero quería ver su reacción.

—Por supuesto que no. Un hombre en mi posición necesita ser discreto. Y si hay algo que esa mujer no era, era discreta. Empezó a mirar alrededor, claramente incómodo con el rumbo que estaba tomando la conversación.

Puse mi mano sobre la suya. —Una pregunta más. ¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—Por lo que recuerdo, un hombre vino y la apartó de mí. Fue en ese momento que decidí que era más problema del que quería manejar, así que me alejé. No la vi después de eso.

—¿No pensaste que tal vez necesitaba tu ayuda en ese momento? Por mucho que parezcas querer asegurarte de que esté a salvo hoy, cuando una mujer estaba realmente en peligro, te alejaste. ¿Por qué fue eso?

Ni siquiera se molestó en parecer avergonzado. —Como dije, es importante para mí ser discreto.

Este hombre me dio asco, pero no creía que hubiera matado a Caroline. —Estoy segura de que la señora Partington aprecia eso.

Me di la vuelta y me alejé. Este hombre me revolvía el estómago. Me froté las sienes y cerré los ojos por un momento. No era tan difícil ser amable y cuidar de otras personas, pero aparentemente era pedir demasiado de él. Tal vez era mi culpa hablando, porque tampoco cuidé de ella.

Miré alrededor de mi parte de la sala y me alegró ver a Ken y Lee MacCormack hablando en voz baja entre ellos. Me acerqué y extendí mi mano. —Usted debe ser Lee MacCormack —dije.

Estrechó mi mano pero no me reconoció. Tal vez necesitaba trabajar en mi visibilidad en la comunidad empresarial. —Soy Isabella Proctor. Todavía parecía confundido. —Portsmouth Apothecary. A dos puertas de usted.

—Oh, claro. Es un placer conocerte. He estado pensando en visitar tu tienda desde hace un tiempo.

Sonreí. —No te sientas mal, yo tampoco he estado en tu tienda todavía. Aunque mi abuela dice que tienes cosas geniales.

Lee sonrió. —Gracias. Me alegro de que le guste. Aunque, si no puedo conseguir que un exterminador haga bien el trabajo, no va a poder comprarme por mucho más tiempo.

—¿En serio? Yo mantengo muchos productos botánicos secos en mi tienda y no he tenido problemas.

La gente estaba terminando y la sala se estaba vaciando. —Intentaré pasar pronto.

Me encontré con Thea, Delia y Beth en la puerta con Henry. —¿Alguna suerte? —pregunté.

—Ninguna para mí. Pero conseguí algunas tarjetas de negocio —dijo Beth.

Delia negó con la cabeza. —Nada para mí.

—A estas alturas, todos me parecen culpables —dijo Henry—. Pero no tengo ninguna pista real.

Thea suspiró. —Tampoco había personas de aspecto culpable en mi parte de la sala.

Salimos del salón de baile y me sentí desanimada. Una hora hablando con los participantes de la conferencia y no teníamos pistas. Ninguna pista.

—Oye, no te sientas tan mal —dijo Delia—. Tal vez no encontramos ninguna pista porque el asesino no es parte de la conferencia. O tal vez ya se ha ido.

—Supongo que es cierto. Simplemente no sé qué hacer a continuación.

Capítulo 16



Fuimos los últimos en salir del almuerzo, esperando encontrar a alguien más con quien hablar. Cuando el personal comenzó a desmontar el salón, nos rendimos y fuimos al vestíbulo.

Mi gran idea había sido un fracaso. Pensé que seguramente si hablábamos con todos, alguien habría visto algo sospechoso.

Me aparté de la ventana y miré a mis amigos. —Lo que realmente necesitamos es ese teléfono celular clonado. Arneson lo lleva consigo todo el tiempo. Solo necesitamos encontrar a alguien que pueda quitárselo del bolsillo.

Henry y Beth se miraron entre sí. —Podemos hacerlo —dijo Beth.

Los miré con escepticismo. —¿Pueden robar carteras? ¿Cómo aprendieron eso?

—Ambos estábamos muy metidos en la magia cuando éramos más jóvenes y consideramos tener un espectáculo de magia, realmente aprender el oficio y saltarnos la universidad por completo.

Les sonreí. Si solo supieran lo que mi familia podía hacer con magia real. —Eso es asombroso. Pero ¿cómo lo vamos a hacer?

—Todo lo que necesitamos es acercarnos a él —dijo Henry—. Beth y yo nos encargaremos del resto. Beth es la distracción y yo soy quien realmente toma el teléfono.

—Necesitaríamos un lugar que no esté muy concurrido. No queremos que nadie le diga que acaba de perder el teléfono —dije.

—Creo que el pasillo después de la tienda de regalos sería bueno. No muy concurrido y no hay muchas cámaras.

—¿Y están seguros de que no sentirá cuando le quiten el teléfono? —preguntó Delia.

—No, pero incluso si lo hace, no importa. Le paso el teléfono a Beth y ella lo dejará caer en una maceta. Podría registrarnos todo el día y nunca lo encontraría.

—De acuerdo, pero ¿cómo vamos a llevarlo allí? —preguntó Delia.

Thea sonrió. —Simple. Lo llamamos y le decimos que sabemos quién mató a su esposa.

Podemos encontrarnos con él al final de ese pasillo.

Eso sonaba bien, excepto por una cosa. —¿Cómo vas a llamarlo sin que pueda buscar el número?

—Se me ocurren un par de opciones —dijo Henry—. Podría pedir prestado el teléfono de un extraño, hacer la llamada y luego devolverlo sin que se enteren de nada. Podríamos usar uno de los teléfonos internos del hotel, o si podemos encontrar uno, podríamos usar un teléfono público.

—¿Están seguros de que ustedes dos no pasaron la secundaria como criminales? —pregunté.

Beth se rio. —¿Con nuestra estricta familia? De ninguna manera.

Thea sacó su teléfono y comenzó a escribir. —El teléfono público más cercano está a dos cuadras de aquí, en la estación de metro. Iré a hacer la llamada. Le diré que me encuentre en media hora, así podremos prepararnos.

Una vez que Thea hizo la llamada y regresó, nos escondimos en la tienda de regalos del hotel, mirando por la ventana, esperando a que Arneson pasara. No le tomó mucho tiempo llegar desde su habitación al primer piso.

Beth, ante una rápida señal de Henry, comenzó a caminar por el pasillo con la nariz enterrada en su teléfono celular.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza. ¿Y si no eran tan buenos como decían? Si los atrapaban, podrían arrestarlos y todo sería mi culpa. Extendí la mano y agarré la de Delia.

—Todo va a estar bien —susurró.

Observamos cómo Beth chocaba contra Arneson con tanta fuerza que casi lo derriba. Para ser justos, probablemente estaba distraído.

—Oh, lo siento mucho. Ni siquiera lo vi. Es que recibí este mensaje de mi novio y...

Debió haberse mordido el interior del labio, porque las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Bueno, no parece muy bueno.

Henry pasó junto a Arneson y se detuvo, mirando a Beth. —¿Está todo bien aquí?

Cuando Beth no dijo nada, miró a Arneson. —¿Qué le hizo para hacerla llorar?

Arneson frunció el ceño y negó con la cabeza. —Ella chocó conmigo, tengo que irme.

En ese momento, Henry estornudó y chocó contra Arneson. —Oh, disculpe —Henry cepilló la camisa de Arneson con una mano mientras usaba dos dedos para pellizcar el teléfono en el bolsillo trasero de Arneson.

Beth hizo una mueca de disgusto. —En serio, si vas a estar enfermo, deberías quedarte en casa —pasó junto a Arneson y tomó el teléfono móvil que colgaba de los dedos de Henry. Continuó caminando hacia el vestíbulo y dejó caer suavemente el teléfono móvil en uno de los grandes helechos en maceta. Si no hubiera sabido lo que iba a hacer, nunca la habría visto dejar caer el teléfono.

Observé cómo Arneson caminaba hacia el final del pasillo. Una vez que estuvo fuera de vista, salimos de la tienda de regalos. Recogí el teléfono móvil y lo deslicé en mi bolso.

Ya habíamos acordado no hablarnos, sino esperar hasta que nos reuniéramos de nuevo en nuestra habitación de hotel. Thea, Delia y yo tomamos el ascensor hasta el cuarto piso. Tan pronto como se cerraron las puertas, empezamos a reír. —No puedo creer lo fácil que fue eso —dije.

—Creo que solo lo hicieron parecer fácil —dijo Delia.

—Poder distraer a alguien con tanta facilidad requiere mucha práctica, creo —dijo Thea.

—Solo espero que usen sus poderes para el bien y no para el mal —dije.

Las puertas del ascensor se abrieron y fuimos a nuestra habitación. Tan pronto como se cerró la puerta, saqué el teléfono de mi bolso y lo encendí. —Excelente. Sin contraseña —dije.

—Esperemos hasta que lleguen para que podamos verlo todos juntos —dijo Delia.

Tres minutos después, Henry y Beth llamaron a nuestra puerta.

—¡Eso fue increíble! —exclamó Delia—. Ustedes dos fueron tan hábiles.

Henry sonrió. —Pensarías que estaría más consciente de lo que sucedía a su alrededor. Estoy bastante seguro de que enseñan conciencia situacional en todas las academias de policía.

—Deberíamos darle un respiro. Estaba distraído. Si no mató a su esposa, quería averiguar quién lo hizo, y si la mató, probablemente estaba listo para matar también al que llamó —dijo Thea.

—No lo creerán, pero no tiene su teléfono protegido con contraseña. Podemos leer todo lo que queramos —dije.

—Tal vez deberíamos revisar primero sus contactos —sugirió Delia.

Esa era una buena idea. Abrí la lista de contactos de Caroline y me sorprendió que no usara nombres para nadie. En su lugar, usaba apodos. Tenía "unidades parentales" para sus padres, supuse; "bola y cadena", que probablemente era su esposo; y "señora del té molesta". Miré "señora del té molesta" y reconocí el número de la botica. —Miren, llegué a la lista. Esta es la botica.

Continué desplazándome con todos mirando por encima de mi hombro. Un nombre destacó como una persona que no podía identificar: "subcontratación". Comencé a leer los mensajes y me sorprendió la naturaleza gráfica tanto de sus mensajes como de las respuestas de ella. ¿Cómo sabía que "subcontratación" era un hombre? Digamos que había fotos.

—¡Caramba! —dijo Thea.

Levanté la mirada para ver que los cinco estábamos sonrojados. —Bueno, parece que tengo mucho que aprender sobre enviar mensajes a un novio.

—No sé, creo que esto me asustaría más que cualquier otra cosa —dijo Henry.

Pasé por más de los mensajes con "subcontratación" hasta que llegué a los más recientes. Estaban planeando pasar este fin de semana juntos en Boston, y ella le exigía que finalmente le dijera a su esposa que quería el divorcio.

—Oh, cariño —dijo Beth—. Nunca funciona así. Deberías haberlo sabido mejor.

—Bien, esto es evidencia seria. Ahora todo lo que necesitamos hacer es averiguar quién es realmente "subcontratación". ¿Cuál es el número? —preguntó Delia.

Leí el número y, como era de esperar, no era familiar para ninguno de nosotros. Presioné el botón para llamar. El teléfono sonó durante varios segundos antes de que el sistema de correo de voz respondiera. —Hola cariño, tienes el número correcto. Déjame un mensaje y te devolveré la llamada cuando pueda.

Puse mis manos sobre el receptor y susurré: —No contesta. ¿Qué debo hacer?

Nadie parecía tener buenas ideas, así que improvisé. —Hola. Esta es una llamada de cortesía con respecto a la garantía de su automóvil. Expirará a fin de mes. Por favor, devuelva la llamada lo antes posible.

Colgué justo antes de que todos estalláramos en risas. —Ese es el único buen uso de ese mensaje en la historia —dijo Henry.

—¿De quién es el número? —preguntó Thea.

—No tengo ni idea. Algún tipo. Quizás Palmer o el jefe puedan averiguar a quién pertenece ese número.

—Déjame ver —dijo Thea—. Intentaré una búsqueda inversa. —Tecleó el número en un

sitio web—. No hay suerte.

—Pero pensé que no íbamos a llevar este teléfono a la policía, ya que todavía estaban trabajando con su teléfono real —dijo Beth.

Se me había olvidado eso. —Supongo que sí, pero Palmer podría estar dispuesto a verificar el número extraoficialmente.

Si pudiera conseguir que averiguara a quién pertenecía el teléfono, finalmente tendríamos un sospechoso creíble. No me entusiasmaba Ogilvie como sospechoso, y MacCormack tampoco me parecía el adecuado.

—Déjame llamarlo. Le preguntaré y os avisaré si descubro algo.

—¿Así que eso es todo? ¿No hay nada más que hacer? —preguntó Thea.

—Siento que necesito un descanso de todo esto —dije—. ¿Por qué no vamos a nadar después de que hable con Palmer?

Capítulo 17



Marqué el número de Palmer, y contestó justo antes de que la llamada se desviara al buzón de voz.

—Estoy en una reunión, ¿qué necesitas?

Ups. —Lo siento. Quería hacerte una pregunta, pero puede esperar.

—Estoy en la oficina de Mansuri. Para cuando llegues, habré terminado. No vengas aquí sola.

Colgué. —Voy a reunirme con él en la oficina de seguridad.

Delia se puso de pie. —No puedes ir sola. Iré contigo.

—¿Y dejarte volver sola? —preguntó Thea—. Iremos las dos contigo.

Suspiré y miré a Beth y Henry. —¿Queréis venir también?

—Probablemente sea mejor que no. Hasta que devolvamos el teléfono, debemos mantener un perfil bajo, quizás quedarnos en nuestras habitaciones esta noche, pedir servicio de habitaciones y ver películas —dijo Beth.

—Tal vez deberíamos irnos esta noche —sugirió Henry.

De camino, Thea dijo: —Puedo darle ahora también el trozo de cuero del zapato.

Es agotador esperar que un asesino salte sobre ti en cada esquina. Para cuando llegamos a la oficina de Mansuri, mis nervios estaban de punta. No ayudó que pudiera oír gritos en el pasillo solo para el personal. Nos quedamos lo suficientemente lejos de la puerta para que nadie pudiera vernos.

—Sé que estás ayudando con la investigación de un asesinato, es mi esposa la que fue asesinada —gritaba Arneson.

—Rudy —dijo Palmer en un tono calmado—, tranquilicémonos un poco. ¿Por qué necesitas ver las grabaciones que dan al muelle de carga?

—Recibí una llamada. Una chica llamó y dijo que sabía quién había matado a Caroline. Me daría las pruebas si me reunía con ella en el muelle de carga.

—No fuiste, ¿verdad? —preguntó Palmer.

—Por supuesto que fui. Tú no estabas por aquí, y no quería perder las pruebas.

—No puedo creer que hayas corrido ese riesgo. ¿Y si ella fuera la asesina y te estuviera tendiendo una trampa?

Miré a Thea. —Deja que Delia le dé la pista —susurré. Esperaba que Arneson nunca reconociera la voz de Thea.

—No pasó nada. Solo eran dos tipos descargando un envío de comida enlatada. Esperé durante más de una hora y ella nunca apareció. Por eso quiero ver las grabaciones. Tal vez ella estuvo allí pero se asustó por los otros tipos.

—¿Pasó algo más? —preguntó Palmer.

—Nada importante —dijo Arneson. Incluso a esta distancia, podía notar que estaba ocultando algo.

—Por el amor de Dios, Rudy. Suéltalo. No puedo ayudarte si no me lo cuentas todo.

—Perdí el teléfono desechable de Caroline.

Entramos en la oficina. —¿Interrumpimos algo? —pregunté.

Palmer se volvió para mirarme. —Terminaré en un minuto. —Se volvió hacia Arneson —. Y por esto es que no dejamos que las víctimas se acerquen a las investigaciones. Las víctimas no piensan como policías. No piensan en absoluto, solo actúan.

Mansuri estaba sentado en su escritorio, disfrutando del espectáculo.

Traté de no parecer preocupada mientras pensaba en Henry y Beth. ¿Los atraparían? No si lograban devolverle el teléfono a Arneson de alguna manera.

—¿Pasó algo más en tu pequeña misión en solitario? —preguntó Palmer fríamente.

—Había una chica, se chocó conmigo. Estaba llorando, y luego un tipo se acercó y pensó que yo la había molestado. Estornudó sobre mí y ella le dijo que se fuera a casa si estaba enfermo...

Fue fácil ver cómo la realización se dibujaba en el rostro de Arneson. —Y ahí fue cuando se llevaron el teléfono. Soy tan estúpido.

Palmer suavizó su voz. —No estúpido, Rudy. Afligido. ¿Por qué no vas a tu habitación y te echas una siesta? Mansuri y yo revisaremos el video.

Miré hacia la pared de monitores. Vi una cámara enfocada en la tienda de regalos, pero ninguna apuntando hacia el pasillo del muelle de carga.

Mi teléfono sonó. Lo desbloqueé y leí el mensaje de Thea. Delia dejará el teléfono con Yuri tan pronto como salgamos de aquí. Él lo llevará a objetos perdidos.

Me invadió el alivio. A este paso, realmente tendría que salir con el tipo.

—No puedo quedarme sentado sin hacer nada —dijo Arneson.

—¿Has llamado a sus padres? ¿Has hecho algún arreglo ya? —preguntó Palmer suavemente. Palmer rodeó los hombros de Arneson con su brazo y lo guió gentilmente fuera de la habitación. Se quedó en el pasillo, hablando en voz baja con Arneson, dejándonos a Mansuri y a mí mirándonos el uno al otro en un silencio incómodo.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas cuando regresó. —Odio ver a un hombre derrumbarse así.

—Ahora que sé lo que quiere, y no me está gritando, haré que uno de mis chicos revise el video y saque imágenes de todos los que pasaron por ese pasillo y se las enviaré —dijo Mansuri.

Palmer asintió en agradecimiento.

—¿Estás lista para irnos? —me preguntó.

—Antes de que se vayan, Thea y yo encontramos algo que creo que deberías ver —dijo Delia. Le entregó la bolsa con cierre que contenía el fragmento de cuero de zapato.

—¿Qué es? —preguntó Palmer.

—Estábamos en el patio, examinándolo, y encontramos esto cerca de donde murió Caroline.

—Parece que alguien raspó su zapato en su sangre.

Palmer levantó la bolsa. —Podría ser. Se lo daré a Rousseau.

—Genial, gracias —dijo Delia.

—¿Ustedes dos van a algún lado esta tarde? —preguntó.

—No. Solo nos quedaremos en nuestra habitación.

—Bien. Ya hay muchos investigadores en el caso ahora.

Los cuatro salimos de la oficina de Mansuri y caminamos de vuelta al área pública del hotel. Estaba preocupada por lo que iba a decir. No podía pedirle que buscara un número de teléfono para mí, porque sabría que teníamos el teléfono.

—Lamento que hayas visto todo eso. Estaba enojado porque Rudy va a conseguir que lo maten si sigue así.

Tuve una idea que lo mantendría a salvo y tal vez sacaría a Beth y Henry del apuro. —¿No puede el jefe obligarlo a irse a casa? ¿Por su propio bien?

—Lo hará si lo llamo y le cuento lo que pasó. Dame un minuto.

Caminó hacia la pared de ventanas en el vestíbulo y sacó su teléfono. Me senté en un sofá y me pregunté cómo mi vida se había vuelto tan complicada tan rápidamente. Thea y Delia dejaron el teléfono con Yuri, quien inmediatamente me saludó con la mano.

No quería que Palmer se preguntara qué estaba tramando, así que solo le sonreí a Yuri y esperé no ser atrapada.

Capítulo 18



Mi teléfono sonó con el tono de Delia. —Oye, diviértete nadando, yo me quedaré aquí abajo.

—Olvida eso. ¿Está Palmer contigo? Lo necesitamos en nuestra habitación ahora mismo. Eso fue extraño. —¿Estás bien?

—No lo sé. Lo necesitamos aquí arriba ahora mismo.

—Háblame —dije, pero ya había colgado.

Le hice una seña a Palmer. Colgó su teléfono y caminó lentamente hacia mí. Le cogí la mano y lo arrastré hacia los ascensores. Presioné el botón del cuarto piso y observé cómo parecía tomar una eternidad para que la puerta se cerrara y el ascensor comenzara a moverse.

—¿Qué pasa?

—No lo sé. Delia llamó y dijo que te necesitaban en nuestra habitación de inmediato. No sé qué está mal. —No sabía qué estaba mal, pero mi cerebro no tenía problemas para imaginar lo que podría haber sucedido. ¿Estaba Thea herida? ¿Habían encontrado otra víctima de asesinato en nuestra habitación? ¿Los tenían a punta de pistola?

Palmer tomó el control de la situación. —Cuando se abra la puerta, quédate detrás de mí. —Desenfundó su arma y esperamos en un tenso silencio hasta que la puerta del ascensor se abrió. Se movió rápida, silenciosa y deliberadamente hacia nuestra habitación. Llamó a la puerta y se hizo a un lado.

Thea abrió la puerta. —Gracias a la diosa que estás aquí.

Palmer se volvió hacia mí y dijo: —Quédate.

Hice lo que me dijo, y no más de dos minutos después, volvió a abrir la puerta y me dejó entrar. Thea y Delia estaban sentadas en una cama, tomadas de la mano. Sus rostros estaban pálidos y sus ojos abiertos de par en par. Mis mayores temores se desvanecieron. Ambas estaban ilesas y no había nadie más muerto en la habitación.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Palmer señaló una hoja de papel sobre la mesa. —Léela, pero no la toques.

La carta decía: "Tenían razón en un principio. Arneson mató a su esposa. Dejen de investigar y arruinar el buen nombre de gente inocente, o se arrepentirán".

¿Qué demonios era esto? Ya sabíamos que Arneson era inocente. ¿El buen nombre de quién estábamos arruinando con nuestra investigación? Ni siquiera habíamos comenzado a interrogar a los sospechosos.

Me volví hacia mis primas. —Arneson es inocente. Palmer tiene pruebas, pero son delicadas y no podemos compartirlas. Esta nota viene del verdadero asesino. Está tratando de culpar a Arneson y hacer que dejemos de investigar.

—¿Cómo puedes estar tan segura de que no fue Arneson? —preguntó Delia.

Miré a Palmer, quien negó con la cabeza.

—Lo siento, no puedo decíles. Se suponía que ni siquiera yo debía saberlo, pero lo adiviné y él accidentalmente me confirmó que tenía razón.

—¿Dónde estaba la carta? —preguntó Palmer.

—En el suelo. Alguien la deslizó por debajo de la puerta, y casi la piso cuando regresamos —dijo Thea.

Delia se mordió el labio. —¿Crees que alguien vendrá por nosotras si seguimos investigando?

—No lo sé. Pero podemos usar esta nota para ayudar a reducir nuestra lista de sospechosos. ¿Quién sabía que estaban investigando? —preguntó él.

—Hablamos con mucha gente durante el almuerzo, preguntando dónde estaban y si vieron a alguien salir con Caroline —dijo Thea.

—¿Cuántos son muchos?

Sabía que a Palmer no le iba a gustar nuestra respuesta.

—Intentamos dividir el bufé del almuerzo en cuartos y cada uno de nosotros hizo lo posible por cubrir a todos en su área. Creemos que llegamos a casi todos.

—¿Cuartos? —preguntó Palmer.

—Beth y Henry nos ayudaron, y eso dejó a uno de nosotros en la puerta para atrapar a cualquiera que entrara o saliera —dijo Delia.

Palmer se frotó la cara con una mano.

—¿Han oído que muchos cocineros estropean el caldo? Pues bien, demasiados investigadores arruinan la búsqueda. Lo que han hecho efectivamente es dejar que cada sospechoso sepa que los están investigando.

—Pero la mayoría de ellos ni siquiera serían sospechosos creíbles. Honestamente, creo que deberíamos empezar con Joyce Ogilvie y Ken MacCormack.

—Añadan a Beth y Henry. El hecho de que parecieran estar ayudando no significa que uno de ellos no sea culpable e intente vigilar la investigación "ayudando".

Fruncí el ceño.

—No puedo creer que lo hicieran. ¿Qué motivo tendrían?

—Te llevó mucho tiempo dejar la idea de que Arneson mató a su esposa. No eres tan imparcial como podrías pensar —dijo Palmer.

—¿Y qué hay del tipo que es dueño de la pistola? —preguntó Thea.

—Mi instinto me dice que es un asesino improbable, pero lo investigaremos también. —Palmer me miró—. Nunca funciona decidir que sabes quién es el culpable e ignorar todas las demás evidencias.

Fruncí el ceño. Tenía razón, pero yo tenía un gran caso para demostrar que Arneson lo

había hecho. Si tan solo no hubiera estado en una reunión con otros diez hombres.

Palmer sacó su teléfono del bolsillo.

—Detective Rousseau, por favor. —Esperó un momento y luego continuó—. Soy Palmer. Los Proctor recibieron una nota amenazante debajo de su puerta, y me gustaría que viniera a recogerla.

Se rio.

—Ojalá pudiera, pero no hay manera de que me den un momento de paz hasta que descubramos de dónde vino.

Hizo una pausa por un momento mientras Rousseau seguía hablando.

—Si crees que es lo mejor, de acuerdo. Empezaremos con Ogilvie.

Colgó y guardó su teléfono.

—Vamos a sacarlos a los tres de aquí, así que empaquen sus cosas.

Genial. Ahora iba a hacernos ir a casa.

—No estaremos más seguros en casa, ¿sabes? Especialmente si el asesino es de Portsmouth. Estaríamos mejor quedándonos aquí contigo.

Palmer sonrió.

—Lo sé. Por eso los van a trasladar a una habitación diferente. No puedo decidir si quiero que ustedes tres se queden conmigo o que permanezcan ocultos.

—¿Desde cuándo nos van a trasladar? —pregunté.

Nos dio a cada uno una nueva tarjeta llave.

—Lo arreglé con Mansuri antes de que bajaran. Nadie sabe el número de su nueva habitación excepto yo y él. El personal del hotel cree que la habitación está siendo fumigada. Ahora están en la habitación 1608.

Capítulo 19



Thea y Delia fueron a nuestra nueva habitación mientras Palmer y yo nos reunimos con Rousseau en el vestíbulo.

—¿Tienen la nota? —preguntó Rousseau.

Palmer asintió y le entregó la bolsa de evidencia con la nota. Rousseau la leyó y la sostuvo contra la luz. —Esto no está bien —dijo—. Sabemos que Arneson no lo hizo, así que quien escribió esta nota está atrasado en la investigación. Eso es bueno saberlo, porque cuanto más nos adelantemos a él, más rápido lo atraparemos.

Rousseau le entregó la bolsa al oficial Graves. —Lleva esto al laboratorio y pide que lo analicen con urgencia. Tenemos un asesino suelto y no necesitamos más cuerpos.

El oficial asintió rápidamente y salió del hotel.

Rousseau nos miró. —Dijeron que tienen sospechosos para interrogar. ¿Dónde están?

—Tenemos tres hasta ahora. Realmente aprecio que te tomes el tiempo. En este momento, dos de ellos están en algún lugar del hotel. No quería alertar a nadie de que queríamos hablar con ellos —dijo Palmer.

—De acuerdo. ¿Dónde está nuestra sala? —preguntó Rousseau.

—El hotel nos ha reservado la Sala Azafrán por el tiempo que la necesitemos. Es por aquí —dije. Lideré el camino mientras Palmer y Rousseau me seguían. Detrás de mí, escuché a Rousseau preguntarle a Palmer cuál era mi papel en la investigación.

—¿Alguna vez has conocido a una de esas personas que simplemente tiene un don para este trabajo, pero su talento apareció de la nada, como por arte de magia? No tiene ni idea de lo que está haciendo, pero en los tres casos en los que ha estado involucrada, ha encontrado a los asesinos antes que yo —dijo Palmer.

Sonreí ante las palabras de Palmer. No sabía lo cerca que estaba de la verdad. Y era agradable saber que reconocía que yo encontraba a los asesinos antes que él y estaba dispuesto a decírselo a otras personas.

—¿Así que estará con nosotros en el interrogatorio? —preguntó Rousseau.

—A menos que tengas un verdadero problema con eso, sí. Me gusta su perspectiva del caso. Conocía a la víctima y se siente personalmente responsable porque la víctima era una de sus clientas.

Rousseau bajó la voz, pero aún podía oírlos. —¿Has considerado que pueda estar involucrada en estos asesinatos?

—Eso fue lo primero que se me vino a la mente, pero mi jefe ha descartado a toda la familia. Conoce bien a la familia desde hace décadas y responde categóricamente por ellos.

No me sorprendería en absoluto si el jefe Dobbins y la tía Lily hubieran salido cuando eran mucho más jóvenes. Mirando atrás en sus interacciones, ciertamente tenían ese tipo de vibra. Abrí la puerta de la Sala Azafrán. —Aquí estamos, caballeros.

La sala seguía preparada para una conferencia: una gran mesa en la parte delantera y filas de sillas ocupando el resto del espacio. —¿Es así como queremos que se vea la sala?

Rousseau miró alrededor. —Preferiría que las sillas sobrantes estuvieran apiladas contra una pared. Quiero que los sospechosos sientan que están a solas con nosotros.

Asentí y me puse a apilar las sillas.

—¿A quién vamos a entrevistar primero? —preguntó Rousseau a Palmer.

—Joyce Ogilvie. Viuda, cincuenta y ocho años, vive en Portsmouth. Tuvo una discusión con la víctima el viernes por la noche, y tuvieron que separarlas antes de la cena de inauguración —dijo Palmer.

—¿Sobre qué discutían? —preguntó Rousseau.

No quería ser relegada a solo mover sillas, así que dije: —Joyce quería que Caroline vendiera sus productos, pero Caroline dijo que eran baratos. Entonces Joyce miró a Caroline de arriba abajo y le dijo que sus clientes ya deberían estar acostumbrados a eso.

—Brutal —dijo Rousseau.

—Pensé que en cualquier momento una de ellas iba a empezar a lanzar puñetazos. Nuestro camarero, Marco, escoltó a Joyce a una mesa para desactivar la situación.

—¿Es el mismo Marco que terminó muerto esa noche?

—Así es. —De repente, tuve dudas sobre la inocencia de Joyce. ¿Y si Marco la hubiera enfurecido lo suficiente como para ir tras él? Me estremecí. Prefería la vida cuando pensaba que podía confiar en todos. Desafortunadamente, ese tiempo se estaba desvaneciendo con cada investigación en la que me involucraba.

Después de que acomodé todas las sillas, Rousseau preguntó: —¿Necesitamos ir a buscar a Ogilvie?

Palmer se sentó a la mesa y comenzó a enviar mensajes de texto. —El jefe de seguridad del hotel nos la traerá.

Me senté junto a Palmer. —Será agradable estar en este lado de un interrogatorio. ¿Hay algo que quieras que haga o pregunte?

Palmer me miró pensativo. —No estoy seguro. Estoy tratando de entender cómo logras que tanta gente confiese.

—En realidad no lo sé. Tal vez solo soy una de esas personas con las que a todos les gusta hablar —dije.

Rousseau se burló. —Estoy seguro de que hay más que eso. Dudo que las amenazas o la intimidación funcionen para ti, ¿verdad?

—Cada vez que he amenazado a alguien, lo he amenazado con Palmer. Él ya está aquí,

así que puede hacer su propia intimidación. Ciertamente no doy miedo físicamente, así que eso también queda descartado. —Pensé que la gente hablaba conmigo porque era amable, pero no quería que Rousseau se riera de mí de nuevo, así que no dije nada más.

—Simplemente improvisa y haz lo que creas que es mejor. Si creo que vas a estropear algo, te interrumpiré o te tocaré la pierna —dijo Palmer.

Podía trabajar con eso. Rousseau se sentó al otro lado de Palmer justo cuando Mansuri abrió la puerta. Joyce Ogilvie entró, con los labios apretados y pálidos.

Palmer se puso de pie. —Gracias por venir, señora. La policía agradece su cooperación.

Ella se sentó en la única silla restante al otro lado de la mesa. Mansuri miró alrededor buscando otra silla. Se volvió hacia la pila junto a la pared.

—Le avisaremos cuando estemos listos para la siguiente persona —dijo Palmer—. Gracias por su ayuda.

Mansuri se volvió hacia la puerta y no se molestó en ocultar su frustración. Quería participar en estos interrogatorios, pero después de cómo trató a Thea, Delia y a mí, no me sorprendió que Palmer lo despidiera.

Mansuri se fue, pero Palmer no empezó a hablar hasta que la puerta se cerró. Sacó su teléfono y presionó el botón de grabar. —Entrevista con Joyce Ogilvie. Presentes en la sala están el Detective Steve Palmer —me señaló y yo dije—: Isabella Proctor.

—Detective Owen Rousseau, Departamento de Policía de Boston.

Palmer continuó. —Me gustaría empezar recordándole que no está bajo arresto y que está aquí voluntariamente.

Joyce sonrió con sarcasmo. —No se siente voluntario cuando la seguridad del hotel te escolta a una habitación.

—No obstante, es libre de irse en cualquier momento. ¿Podría explicarnos la discusión que tuvo con Caroline Arneson en el vestíbulo el viernes por la noche?

Joyce se movió en su asiento. —En realidad no fue nada. Estaba frustrada porque ella seguía negándose a vender mis productos en su tienda. Mis velas son tan buenas como cualquiera de las que ya tiene allí. No hay razón, aparte de la animosidad personal, para que me rechace. Dejé que mi temperamento me dominara y me disculpo. No debería haber causado una escena, pero aunque estaba enojada, las velas no valen la pena como para matar a alguien.

Palmer asintió. —¿Cuánto dinero estima que estaba perdiendo al no trabajar con su tienda?

Ogilvie pensó por un momento. —Semanalmente, probablemente seiscientos durante la temporada turística, y tal vez doscientos fuera de temporada.

—¿Sería una estimación conservadora de veinticinco mil para el año? —preguntó Palmer.

—Eso es lo que esperaba.

—¿Y gana tanto de alguno de sus otros revendedores? —preguntó Rousseau.

—No, no lo hago.

Palmer se inclinó hacia adelante y apoyó los codos sobre la mesa. —Así que mientras dice que las velas no valen la pena para un asesinato, el hecho de que continuamente se le negara lo que pensaba que sería su mayor fuente de ingresos parece ser más importante.

Ogilvie negó con la cabeza. —Aun así no vale la pena matar por ello. Además, estaba en el spa haciéndome las uñas cuando la mataron.

Eso parecía extraño. —¿Se estaba haciendo las uñas después de la cena? ¿No habría tenido más sentido hacérselas el jueves, antes de llegar aquí?

Realmente esperaba que a Palmer le gustara mi pregunta. Esperé, pero no me tocó la pierna ni me interrumpió.

Ogilvie miró mis manos, que estaban entrelazadas y apoyadas sobre la mesa. Nunca me pintaba las uñas, y al miraras, me di cuenta de que mis cutículas necesitaban algo de hidratante.

—No estoy segura de cuánto sabes sobre hacerse las uñas, querida, y no estoy del todo segura de por qué necesito responder a tus preguntas. ¿Te has unido a la policía en tu tiempo libre?

Vaya. No solo era terrible con Caroline, era mala con todos.

Palmer no iba a tolerar esto. —Responderá a su pregunta porque es una buena pregunta, y porque yo también quiero saber la respuesta.

—Bien. Se me rompió una uña y no quería pasar el fin de semana viéndome poco profesional.

Mientras ella respondía la pregunta, busqué en mi teléfono el horario del spa del hotel. No me parecía que estuviera diciendo la verdad, y esperaba que fuera así de fácil atraparla en una mentira.

¡Éxito! —El salón cierra a las seis los viernes.

Palmer arqueó una ceja.

—No sé qué decirte. Pasé por allí y estaban abiertos. Graciela me hizo un cambio rápido de esmalte. Estoy segura de que puedes preguntarle mañana.

Joyce Ogilvie no era buena mintiendo. —Podríamos hacer eso, pero hasta que se confirme tu coartada, tendríamos que confinarte a tu habitación del hotel. ¿Es eso lo que quieres? ¿No sería más fácil simplemente decirnos la verdad ahora? —pregunté.

—Me interesa encontrar a un asesino, realmente no me importa lo que estuvieras haciendo con tu tiempo, siempre y cuando no estuvieras matando a la señora Arneson. Sé que es tentador mentirnos y esperar que no podamos probar nada, pero cuanto más tiempo te quedes ahí sentada, más culpable te consideramos. Llega un punto en que, si pareces lo suficientemente culpable, vas a pasar un tiempo en una celda —dijo Palmer.

Rousseau decidió aportar su granito de arena aquí. —No sé cómo son las celdas en Portsmouth, quizás tú tampoco. Pero pareces una señora agradable, no alguien que se las arreglaría bien en una celda de la cárcel de Boston. Piensa muy bien antes de decir algo más.

Las palabras de Rousseau tuvieron efecto en ella; pude ver que estaba tratando de decidir qué hacer a continuación.

Finalmente, habló. —Estaba reunida con mi marido —murmuró.

¿Su marido? Me dijo que era viuda cuando estábamos haciendo fila para registrarnos en el hotel el viernes por la tarde.

—Más alto, por favor, para la grabación —dijo Palmer.

—Estaba con mi marido. En mi habitación del hotel —dijo.

—¿Está allí ahora? —preguntó Palmer.

—Lo está. Pero entrará en pánico si alguien llama a la puerta —dijo Ogilvie.

Las cejas de Palmer se elevaron de nuevo.

Ogilvie se recostó y suspiró. —¿Están seguros de que no les importa ningún otro delito?

Palmer negó con la cabeza, pero noté que Rousseau no dijo nada.

—Bien. Mi marido fingió su propia muerte hace cuatro años.

—¿Por qué haría eso? —pregunté.

—Su negocio no iba bien y tenía muchas deudas. Teníamos muchas deudas. Un día,

bromeé diciendo que valía más muerto que vivo, y empezamos a planear a partir de ahí. Cobré el seguro, pagué las deudas pendientes, inicié mi negocio de velas, y apenas me las arreglo. Tengo que enviarle la mayor parte del dinero que gano, porque él no puede trabajar.

¿Fraude al seguro? Nunca lo habría imaginado.

—Puedo entender por qué no quieres que sea tu coartada —dijo Rousseau.

—Pero ¿no hay un plazo de prescripción? —pregunté.

—Cinco años —dijo Palmer.

—Oh. —Mala suerte para ella.

—Me temo que vamos a tener que hablar con él —dijo Rousseau.

Sus ojos se agrandaron. —Por favor, no lo hagan. Se escapará y temo que nunca volveré a verlo.

Rousseau se puso de pie. —¿Por qué no viene conmigo, señora? Iremos a su habitación y tomaré su declaración.

No estaba segura de que me gustara la mirada depredadora de su sonrisa, así que una vez que se fueron, le pregunté a Palmer: —Los Ogilvie estarán bien, ¿verdad?

—Depende de lo que lleses estar bien. Rousseau va a subir a arrestarlos a los dos.

—¿Pero lo prometiste!

—Sí, yo lo prometí. Pero Rousseau no.

—No puedo creer que hayas hecho eso. La dejaste creer que estarían bien si decía la verdad.

Asintió. —Lo hice. Es parte de mi trabajo. No me gusta, y no me importan mucho los delitos de cuello blanco, pero no soy el tipo de persona que pasa por alto un delito si creo que debe ser denunciado.

No creía que eso fuera cierto. —¿Qué hay de la noche que me llevaste a sacar mi licencia? ¿No deberías haberme arrestado por conducir sin ella? ¿Por qué me dejaste salirme con la mía, pero no a los Ogilvie?

—Sabes por qué. Toda tu familia está fuera del alcance del departamento. Al menos consiguiéndote una licencia, evité que siguieras infringiendo la ley.

Fruncí el ceño. Me sentía dividida ante la idea de estar fuera del alcance de la policía. Claro, aparte de conducir un poco sin licencia, yo no infringía la ley. Pero por otro lado, parecía injusto que recibiera un trato especial. —No me gusta. Ninguna de las dos situaciones.

Capítulo 20



Permanecemos sentados en un silencio incómodo hasta que sonó el teléfono de Palmer.

—Sí, jefe. Voy a ponerlo en altavoz porque Isabella está aquí conmigo.

—Bien —dijo el jefe—. Larkin no es nuestro hombre. Estaba fuera con su familia, celebrando su cumpleaños.

—¿Un restaurante entero de testigos que confirman su coartada? —preguntó Palmer.

—Básicamente, sí —respondió el jefe.

—¿Y está seguro de que no denunció el robo del arma antes de usarla en un crimen? —preguntó Palmer.

—Estoy seguro —dijo el jefe.

—¿Tiene alguna idea de quién robó su arma? —pregunté.

—Dijo que no tenía ni idea. Fui a la casa y hablé con Larkin y su esposa personalmente. Ninguno de los dos tenía idea de quién podría haber tomado el arma. Dice que la reportó como desaparecida tan pronto como vio que no estaba.

—¿Alguna suerte relacionando a Larkin con gente del hotel este fin de semana? —preguntó Palmer.

—Tengo al personal de la oficina trabajando en ello, pero hasta ahora, nada.

—Nos queda un sospechoso más por interrogar aquí. Ah, por cierto, Joyce Ogilvie y su esposo están siendo arrestados por fraude al seguro. Rousseau se está encargando de eso ahora.

El jefe se rio entre dientes. —¿Es así? Recuerdo esa investigación. Es más que fraude al seguro, porque su coche tenía un esqueleto quemado, si mal no recuerdo.

Me estremecí. No parecía una mujer agradable, pero ¿realmente habían matado a alguien solo para pagar sus cuentas?

—Le haré saber qué pasa con MacCormack —dijo Palmer y luego colgó.

Palmer me miró. —Hey, está bien. Dudo que hayan matado a alguien. En el peor de los casos, podrían haber robado una tumba.

Los cementerios y la tierra de las tumbas tenían poder en el mundo mágico. No me sentía mejor sabiendo que estaban jugando con cosas que no entendían. Usar tierra de tumba de cualquier manera, incluso si no sabías lo que estabas haciendo, podría traerte un montón de problemas.

—¿Sabes cómo me acabas de decir que estaba fuera de límites? Podría tener una pequeña confesión.

Una mirada de resignación cruzó su rostro. —¿Sí?

Lo miré con expresión de culpabilidad. —Me las arreglé para obtener el teléfono clonado de Arneson.

Su ceja comenzó a temblar. Sería agradable si no hiciera enojar a mi novio regularmente. Desafortunadamente, no creía que fuéramos a tener ese tipo de relación.

—Pero no te preocupes. Ya está en objetos perdidos del hotel, así que puede recuperarlo.

—¿Qué es una pequeña ilegalidad entre todas las cosas que has hecho mal en el tiempo que te conozco?

—Espero que no estés demasiado enfadado.

—Me culpo a mí mismo. Claramente, no eres consciente de los límites de la investigación. Cuando lleguemos a casa, vamos a tener una larga charla sobre los procedimientos policiales y lo que absolutamente no puedes hacer. Primero en la lista: no puedes robar a los sospechosos.

—Pero dijiste que no era un sospechoso —objeté.

Puso los ojos en blanco. —Bien. No robes a nadie. Pero ya que echaste un vistazo al teléfono, ¿qué descubriste? —preguntó.

—En primer lugar, no creo que te sorprenda saber que está, o más bien estaba, teniendo una aventura.

—Eso tiene sentido. ¿Con quién?

—No lo sabemos. No tiene nombres en sus contactos. Por ejemplo, a mí me tenía como "molesta señora del té".

Palmer se rio.

—Lo siento. No debería reírme, pero ahora lo entiendo.

—La persona con la que ella se veía se llamaba "subcontratación". No reconocí el número, pero pensé que tal vez tú podrías investigarlo.

Palmer negó con la cabeza.

—No puedo investigar un número que no obtuve de una fuente legal. ¿Intentaste llamarlo?

—Sí. El mensaje era personal, como si solo le hubiera dado este número a una persona. Me entró el pánico y dejé un mensaje diciendo que quería hablar con él sobre la garantía de su coche y que por favor me devolviera la llamada.

Palmer volvió a reírse. Puede que no le gustara lo que había hecho, pero al menos podía ver el humor en ello.

—Dime que no usaste tu propio teléfono para eso.

—Por supuesto que no. Usé el teléfono clonado.

—¿Qué más puedes decirme, extraoficialmente, sobre el teléfono?

El recuerdo de los mensajes picantes me hizo sonrojar.

—Bueno, definitivamente estaban teniendo una aventura, y sé que él estaba casado. No dejaba de decir que iba a dejar a su esposa, pero al revisar los mensajes anteriores, llevaba

diciendo eso mucho tiempo. Los últimos mensajes eran sobre encontrarse aquí este fin de semana y finalmente comenzar su vida juntos.

—¿Y ella nunca usó ningún nombre para referirse a él?

Negué con la cabeza.

—Solo algunos apodos muy comunes como cariño o amor. —Mi sonrojo se intensificó —. O algunas otras cosas que eran más personales, pero que tampoco ayudarían a identificarlo.

—¿Alguna foto?

Mi cara debía estar de un rojo neón a estas alturas.

—Sí, pero, eh...

—No importa. Simplemente diremos que no podemos identificarlo por las fotos.

¿Cómo me meto en estas situaciones? Las tías tienen vidas estables y normales. Sin policía, sin fotos picantes que describir, y sin embargo aquí estoy, tratando de no morir de vergüenza frente a mi novio.

—¿Cómo convenciste a Henry y Beth para que robaran un teléfono por ti?

No había dicho que Henry y Beth estuvieran involucrados.

—Bien hecho. Ahora veo por qué eres el detective. Dije que ojalá conociera a alguien que pudiera robar carteras. Ellos se ofrecieron voluntarios. Al parecer, consideraron hacerse magos de escenario, así que sabían cómo tomar cosas sin ser descubiertos.

—Mansuri los va a ver en el video, ¿sabes?

—Lo sé. Ellos también lo saben. Iban a mantener un perfil bajo y tal vez irse esta noche. No tienen que meterse en problemas, ¿verdad? Devolvimos el teléfono rápidamente y realmente no pretendíamos hacer daño.

—No te engañes pensando que eso arregla lo que han hecho. Necesitamos establecer algunas reglas básicas antes de que te metas en tantos problemas que ni siquiera el jefe pueda ignorarlo.

Asentí.

—Solo dime que borraron todas las huellas del teléfono.

Fruncí el ceño.

—No lo sé. Yo estaba abajo en el vestíbulo contigo cuando Delia se lo llevó a Yuri.

—¿Yuri?

—El conserje. Dijo que lo deslizaría en objetos perdidos cuando nadie estuviera mirando.

—Y eso, más que cualquier cosa que el jefe tenga que decir sobre que tú y tu familia están fuera de los límites de la investigación, me demuestra que no eres una mente criminal maestra.

Fingí indignación.

—¿Qué quieres decir? Podría ser una mente criminal maestra si quisiera.

—Estoy seguro de que podrías. Pero cuando se trata de considerar los detalles de la actividad criminal, eres un desastre. No estoy seguro de que tengas el temperamento para concentrarte en los detalles minuciosos que necesitarías para asegurarte de no ser atrapada.

Probablemente tenía razón.

—Entonces supongo que es algo bueno. Odiaría que me arrestaras de nuevo. Hablando de arrestos, ¿cuándo llegará MacCormack?

—No debería tardar mucho. Solo le tomará unos minutos a Rousseau entregar a los Ogilvie a la división de delitos de cuello blanco. Encontrará a MacCormack y estará aquí pronto.

Capítulo 21



Rousseau entró en la Sala Azafrán con Ken MacCormack. Digo que ambos entraron, pero Rousseau empujaba al reluctant MacCormack.

—No hice nada malo —farfulló MacCormack—. No tiene derecho a empujarme así.

Rousseau parecía haber escuchado esto un millón de veces antes.

—Solo tome asiento. Esto no debería llevar mucho tiempo.

MacCormack miró a Palmer, luego a mí.

—¿Qué hace ella aquí? Pensé que era sospechosa. No me sorprendería si ella lo hubiera hecho. Nunca le agradó Caroline, y siempre discutían.

Lo miré fijamente. ¿De qué estaba hablando? Caroline y yo no discutíamos.

—Por favor, tome asiento. No queremos estar aquí más tiempo del necesario —dijo Palmer.

MacCormack se sentó, y Rousseau se unió a nosotros al otro lado de la mesa.

—Ya hemos tenido nuestra conversación con la Srta. Proctor —dijo Rousseau.

Palmer colocó su teléfono sobre la mesa y presionó el botón de grabar.

—Detective Steve Palmer entrevistando a Ken MacCormack. También presentes en la sala están —me señaló nuevamente y dije:

—Isabella Proctor.

—Detective Owen Rousseau, Departamento de Policía de Boston.

El rostro de MacCormack se tornó sombrío.

—Esperen un momento. ¿Estoy bajo arresto? El viejo ni siquiera me leyó mis derechos. Quiero hablar con un abogado.

Palmer suspiró.

—Sr. MacCormack, no está bajo arresto. Pero hubo un asesinato en el edificio, y se le vio discutiendo con la víctima poco antes de su muerte. Estamos entrevistando a varias personas para saber dónde estaban. Queremos verificar su coartada para eliminarlo de investigaciones

posteriores. ¿Está dispuesto a ayudarnos con eso?

Palmer sonaba increíblemente razonable mientras le explicaba esto a MacCormack. Sin embargo, yo sabía que si MacCormack confesaba algo, sería arrestado.

Para su crédito, MacCormack no parecía convencido.

—Sé que la policía no tiene que decir la verdad durante los interrogatorios. Así que no, no quiero ayudar con su investigación, y elijo no responder ninguna pregunta en este momento. No hasta que mi abogado esté aquí.

—Esa es ciertamente su elección. Puede llamarlo, y esperaremos hasta que llegue.

MacCormack sacó su teléfono celular del bolsillo y marcó. Me sorprendió que supiera el número de su abogado. La mayoría de las personas programan el número y nunca vuelven a pensar en ello. Pero aparentemente MacCormack tenía memorizado el número de su abogado. No tardó mucho en conectarse la llamada.

—Hola, Jack. Tengo un problema. Me están interrogando sobre un asesinato con el que no tuve nada que ver. Les dije que no respondería ninguna pregunta hasta que llegaras.

Esperó un momento, escuchando, luego continuó:

—No, no, no estoy bajo arresto. Dicen que quieren que les ayude a eliminarme de investigaciones posteriores. ¿Cuán pronto puedes llegar aquí?

MacCormack se sonrojó. Obviamente no le gustó la respuesta a esa pregunta.

—De todos los momentos para irte de vacaciones, ¿eliges ahora? ¿Para qué te pago, si no estás disponible cuando te necesito?

Escuchó nuevamente y suspiró.

—Bien. Eso tendrá que servir.

Colgó su teléfono y lo volvió a guardar en su bolsillo.

—Mi abogado está en Jamaica, gastando la retención que le envío cada mes. Sin embargo, tiene a alguien más viniendo.

—¿Viniendo de dónde? —preguntó Rousseau.

—Dijo que era un amigo suyo de Boston, así que no debería tardar mucho. Hasta entonces, no responderé ninguna pregunta.

Palmer parecía frustrado. Para aliviar la tensión, pensé que podría charlar un poco con MacCormack. —No sé tú, pero yo realmente no quiero sentarme aquí en silencio. Es demasiado incómodo.

MacCormack me frunció el ceño. —Puedes hablar todo lo que quieras, pero no voy a responder ninguna pregunta.

Le di lo que esperaba fuera mi sonrisa más tranquilizadora. —Por supuesto que no. Quizás solo hable yo y tú puedes escuchar. ¿Te parecería bien?

MacCormack no dijo nada, así que continué. —He estado dirigiendo la Botica de Portsmouth durante varios meses, y una de las cosas que descubrí es que es mucho más difícil administrar un negocio de lo que esperaba. Pensé que haces un producto, la gente viene a comprarlo, tomas su dinero. Pan comido. Pero vaya, estaba equivocada. Hay mucho más que saber, y siento que no sé ni de cerca lo suficiente. Por ejemplo, tú tienes un abogado de planta y nunca se me ocurrió tener uno. Aunque ahora que lo pienso, parece una buena idea.

Dejé de hablar, esperando que el silencio lo incitara a decir algo. Realmente no me importaba qué, solo quería hacerlo hablar. Esperé. Y esperé. No me moví, no me removí en mi asiento, y no aparté la mirada de MacCormack.

Finalmente, dijo: —Los abogados son las personas que más necesitas en un negocio. Sin mi abogado, nuestra tienda no sería ni de cerca tan exitosa como lo es.

No tenía idea de que les iba tan bien. —¿En serio? ¿Qué tipo de cosas ha hecho tu abogado para hacerlos tan exitosos?

—Se ha asegurado de que no haya infracciones de marca registrada en nuestro nombre y logotipo. Se ha asegurado de que nadie más abra una tienda como la nuestra en el centro de Portsmouth. Pero lo que más usamos son los formularios legales que ha redactado para nosotros. Contratos con empleados, contratos con proveedores, contratos con personas que venden nuestros productos.

Eso era mucho en qué pensar. El único abogado con el que había tratado parecía vagamente amenazante, así que nunca consideré usar uno regularmente. —No tengo empleados, aunque espero cambiar eso pronto. No vendo mis productos en ningún otro lugar que no sea mi tienda, así que no tengo que preocuparme por eso. Y me avergüenza un poco decir que simplemente firmo cualquier contrato que mis proveedores me dan. Supongo que eso me hace un poco ingenua en el mundo de los negocios.

—Cuando terminemos con todo esto, estaré encantado de hablar contigo y recomendarte a alguien que pueda ayudarte a ti y a tu negocio. —Miró su reloj—. Mi abogado del día debería estar aquí en cualquier momento, y si sigo hablando, voy a decir algo de lo que me arrepentiré más tarde.

Se recostó y miró un espacio en la pared entre Palmer y yo hasta que un hombre en jeans y camisa de botones entró.

—Aaron Harrington, aquí para representar a Ken MacCormack.

MacCormack se puso de pie y extendió su mano. —Gracias por venir tan rápido. Estos son los tres que piensan que pueden interrogarme sin un abogado.

Harrington puso su maletín sobre la mesa y lo abrió. —¿No les importa que mantenga mi propia grabación de la sesión?

No parecía importarle cuál fuera la respuesta, porque encendió su grabadora antes de que Palmer siquiera hablara.

—Bien, entonces ¿cuál parece ser el problema? ¿Mi cliente está bajo arresto? ¿Y cuáles son los cargos, o los cargos propuestos de los que estamos hablando aquí?

Palmer tomó un respiro profundo para calmarse. —El señor MacCormack no está bajo arresto. Todo lo que queremos es su coartada para el viernes por la noche entre las siete y media y la medianoche. Un huésped del hotel fue asesinado justo afuera del edificio, y uno de los empleados del hotel fue asesinado poco después. Se vio al señor MacCormack discutiendo con la primera víctima más temprano en la noche.

—De acuerdo. ¿Podrían los tres salir para darme unos minutos a solas con mi cliente? —preguntó Harrington.

Nos levantamos y salimos. Yo quería escuchar en la puerta, pero Palmer nos hizo caminar por el pasillo hasta que quedó claro que no oiríamos nada.

—¿No tienes ni un poco de curiosidad sobre lo que están diciendo? —pregunté.

—Por supuesto que lo estoy. Pero violar el privilegio abogado-cliente nunca va a mejorar la situación. De hecho, es una buena manera de que el caso sea desestimado en el tribunal. Así que nos quedamos aquí atrás y no escuchamos —dijo Palmer.

Que un caso fuera desestimado en el tribunal hizo que mi aparentemente inofensiva idea de escuchar a escondidas sonara como una mala idea. Esperamos fuera de la Sala Azafrán durante unos cinco minutos, hasta que Harrington abrió la puerta y nos dejó entrar de nuevo.

Después de sentarnos, Harrington dijo:

—Mi cliente desea hacer una declaración para que conste en acta.

MacCormack parecía nervioso y no daba la impresión de querer decir nada en ese momento. Harrington asintió hacia él, y comenzó a hablar:

—Mi hermano y yo somos copropietarios de la Confitería Old Port. Quiero vender la empresa para obtener beneficios, pero él quiere seguir dirigiendo el negocio. No puede comprar mi parte directamente, y me estaba cansando de esperar a que se diera cuenta de que teníamos que vender. Se me ocurrió la idea de crear circunstancias que lo empujaran a vender. Puse insectos en algunos caramelos. No muchos, solo los suficientes para que la gente dejara de venir y así él quisiera vender.

Eso no tenía mucho sentido para mí. Si estaba poniendo insectos en los caramelos, ¿por qué inició una discusión con Caroline?

—¿Y la discusión con Caroline? —preguntó Palmer.

—Todo fue una farsa. Mi hermano estaba empezando a sospechar, y ella era una persona conveniente a quien culpar. Honestamente, fue pura suerte que fuera la primera persona de Portsmouth que vi.

—Y está diciendo que no llevó esta farsa a su conclusión lógica y mató a la persona a quien culpó de poner insectos en sus caramelos —dijo Rousseau.

Parecía asustado.

—Por supuesto que no. No habría servido de nada matarla. De ninguna manera eso habría hecho que él quisiera vender el negocio, y eso era lo único que me importaba. Solo necesito mi mitad de las ganancias.

—¿Y por qué es eso? —preguntó Palmer.

—Mi esposa amenaza con dejarme si no empiezo a ganar más dinero. Tengo una gran idea para un bar que combine lutefisk y zumos que creo que a los turistas les va a encantar. Le ofrecí a mi hermano participar, pero dijo que no. No quería arriesgarse con un negocio más exitoso cuando decía que el que teníamos ahora estaba perfectamente bien.

—Esto tiene algo de sentido, pero ¿dónde estaba usted entre las siete y media y la medianoche del viernes por la noche? Si podemos confirmar su coartada, no nos importa por qué intentó sabotear su propio negocio. —Ni siquiera estaba seguro de si sabotear tu propio negocio era ilegal, siempre y cuando nadie resultara herido.

—Estaba en el bar, buscando uno o dos inversores.

—¿Con quién habló? —preguntó Palmer.

MacCormack se reclinó y pensó.

—Hablé con Clive Samuels de Providence, luego con Annabelle Martin de Portland. Tenía algunas otras personas con las que quería hablar, pero los gritos del vestíbulo me interrumpieron.

—¿Le llevó toda la noche hablar con dos personas? —pregunté.

MacCormack se rio.

—Realmente no eres muy hábil en los negocios, ¿verdad? No te acercas simplemente a alguien y le pides dinero. Tienes que hablar con ellos, invitarles a una copa, hacer que les caigas bien y luego presentarles la oportunidad de ganar dinero. Lleva tiempo, así que sí, solo hablé con dos personas.

Harrington dijo:

—Nos gustaría contar con su discreción. Creo que podemos dejar que esta disputa familiar interna permanezca en la familia, ¿no creen?

Palmer frunció el ceño.

—Si solo fueran ellos dos discutiendo, claro. Pero manipular alimentos y luego venderlos

es algo que necesitamos investigar. Espero que su cliente permanezca disponible para nosotros durante toda la investigación.

—Pero si le dicen a mi hermano, nunca venderá.

Palmer miró su reloj.

—Tiene seis horas para decírselo usted mismo. De lo contrario, lo haré yo.

Capítulo 22



Cuando Harrington y MacCormack salieron, sentí una oleada de decepción. No teníamos otras vías de investigación. —Necesito salir a tomar aire.

Me puse de pie, pero Palmer puso su mano en mi brazo. —¿Crees que sea una buena idea? No estamos ni un paso más cerca de descubrir quién es el asesino.

Probablemente tenía razón, pero necesitaba estar a solas con mis pensamientos por unos minutos. —Estaré a la vista de la gente todo el tiempo y me quedaré cerca de las puertas del vestíbulo. Los aparcacoches pueden vigilarme. Prometo que estaré bien.

Soltó mi brazo. —No puedo detenerte, pero desearía que no lo hicieras.

—Solo unos minutos, luego volveré. Lo prometo.

Cuando llegué al vestíbulo, dudé frente a la fuente. ¿Realmente quería estar sola? Estaba nerviosa, pero de ninguna manera iba a volver con Palmer, demasiado asustada para caminar por mi cuenta.

Al salir, un aparcacoches me preguntó: —¿Puedo traerle su coche, señorita?

—No, gracias. Solo quería tomar un poco de aire y no quería estorbar a nadie.

Me apoyé contra una columna, el frío se filtraba a través de mi suéter. ¿Por qué estaba interrogando a sospechosos de asesinato? Yo era una herborista. Mi trabajo era curar a las personas, no condenarlas por asesinato. Me aparté de la columna y caminé hasta el final de la acera y de vuelta, asegurándome de estar siempre a la vista del aparcacoches. ¿Qué me había pasado a lo largo del año que había pasado de ser una ingenua fabricante de pociones a una investigadora desencantada?

Más importante aún, ¿por qué la gente que conocía seguía muriendo? Espera, era peor que eso. ¿Por qué las personas a mi alrededor seguían siendo asesinadas? Sabía que la gente moría todos los días, pero parecía que últimamente una proporción más alta de personas que conocía habían sido asesinadas. ¿Me habría maldecido Wolfe en algún momento antes de nuestro enfrentamiento final?

No, eso no tenía sentido. La gente en mi vida había comenzado a morir antes de que él entrara en mi tienda y me amenazara. Tal vez Jameson podría averiguar si estaba maldita.

Volví a recorrer la acera, molesta por no poder probar quién mató a Caroline. Probablemente fue su novio, al que ella llamaba subcontratación, pero no tenía idea de quién era. No reconocí la voz en el contestador automático y no tenía forma de averiguar a quién pertenecía el teléfono. Y su nombre tampoco me daba ninguna idea. ¿Era alguien que abastecía su tienda? Al menos su nombre para mí, molesta señora del té, era obvio.

Estaba atascada. No tenía a dónde más ir con la investigación. Palmer y yo acabábamos de eliminar a todos nuestros sospechosos.

Me di la vuelta y caminé hacia el patio de comidas al aire libre. Si hubiera ido con Caroline, tal vez podría haber evitado su muerte. Debería haberlo sabido mejor. Boston no era como Portsmouth, y no era seguro estar sola después del anochecer. Lo sabía, pero me estaba divirtiendo demasiado con mis primos como para preocuparme por la seguridad de alguien más.

El frío aire de Boston comenzaba a enfriarme. Me apresuré a entrar al hotel y vi a Palmer sentado en uno de los sofás de cuero. —¿Me estás siguiendo?

—Absolutamente. No voy a dejar que más personas mueran en este hotel.

Me senté a su lado. —¿Cómo lo haces?

Sonrió. —Voy a necesitar más contexto antes de responder a esa pregunta.

—Cualquiera de esas cosas. Encontrar asesinos, arrestar a personas por crímenes con los que te topas, como fraude de seguros y adulteración de alimentos. ¿Y cómo no te sientes responsable por todo lo que no atrapas?

—Bueno, observo y espero, y sé que si sigo presionando, haciendo preguntas y siendo una molestia en general, alguien recordará algo. O alguien se quebrará y finalmente confesará.

Se giró para mirarme de frente. —Y siempre tengo en cuenta que no soy responsable de las acciones de los demás. Nunca es mi culpa cuando una persona mata a otra —tomó mi mano entre las suyas—. Y tampoco es tu culpa. No tenías idea de que Caroline estaba en peligro cuando salió. No eres responsable de mantenerla a ella ni a nadie más a salvo.

Retiré mi mano de la suya. —¿Tienes que arrestar a todos los que encuentras infringiendo la ley?

—Es parte del trabajo. No puedo decidir a quién debo y a quién no debo arrestar. Dejo eso en manos del jefe.

Me recosté y cerré los ojos. —No puedo quitarme la sensación de que soy responsable. Si hubiera encontrado al asesino de Caroline el viernes por la noche, Marco no estaría muerto.

—Isabella —dijo suavemente—. No puedes cargar con todo eso tú sola. Te quemarás en este trabajo y nunca te recuperarás. Si andas por ahí pensando que eres responsable, nunca, jamás, sentirás que puedes relajarte o ser feliz de nuevo.

¿Acaba de llamarme detective? —Cuando dices que me quemaré en este trabajo, no te refieres a hacer té, ¿verdad?

Suspiró. —Me guste o no, eres una investigadora. Está en tu naturaleza y es una tontería que cualquiera de nosotros lo niegue. Si te dijera que pararas, no lo harías.

Iba a decirle que eso no era cierto, pero me interrumpió. —Ni siquiera te molestes en mentirme. Sabes que no lo harías. Así que sí, eres una investigadora. Solo prométeme que te mantendrás a salvo.

Deseé que no estuviéramos sentados en el vestíbulo de un hotel, rodeados de gente. Quería acurrucarme en el sofá y que él me rodeara con su brazo. Quería estar envuelta en su tranquila certeza de que resolveríamos este caso.

—Tengo una buena idea. Comprobemos la coartada de MacCormack —dijo con una voz tan alegre que no pude evitar reír.

—No es una experiencia de cita tradicional, pero supongo que podríamos hacer eso. Probablemente estaba en el bar y una vez que lo averigüemos, nos quedaremos sin sospechosos. ¿Entonces qué haremos? ¿Nos rendiremos?

—Una cosa de la que nunca he tenido que preocuparme en este trabajo es de no tener sospechosos. Encontraremos más, estoy seguro. Seguiremos presionando, empujando y haciendo preguntas hasta resolver este caso. No nos rendiremos.

Me levanté del sofá. —Cierto. No nos rendiremos. Vamos, detective.



El bar estaba casi vacío a esta hora temprana de la tarde. Ahora que no estaba abarrotado de hombres de negocios borrachos, tenía un ambiente completamente diferente. El camarero estaba reproduciendo jazz por los altavoces, y podía imaginarme sentada aquí disfrutando de un cóctel con amigos.

El camarero estaba cortando fruta en el extremo más alejado de la barra. —¿Qué les puedo servir?

Palmer mostró su placa. —Estamos investigando una coartada para el asesinato del viernes por la noche. ¿Estabas trabajando entonces?

—Sí, estaba. Estaba detrás de la barra. Estoy seguro de que estuve en cámara toda la noche.

Interesante que asumiera que nos referíamos a él.

—Bueno saberlo, pero no estamos aquí por ti —dijo Palmer.

Se rio, pero no logró ocultar completamente su nerviosismo. —¿A quién están buscando? Estaba oscuro en el bar, pero estaba bastante segura de que lo vi empezar a sudar.

—Estamos buscando a Ken MacCormack.

—No lo conozco, pero no me molesto en recordar nombres hasta que la gente se vuelve habitual. ¿Tienen una foto?

Palmer sacó su teléfono y le mostró una foto de MacCormack entrando en nuestra improvisada sala de interrogatorios con su abogado. No me había dado cuenta de que había tomado la foto.

—¿Ese tipo? Sí, estuvo aquí. Intentaba impresionar a todos a su alrededor. Comprando tragos, siendo el alma de la fiesta, ya sabes cómo son. Palmer se rio entre dientes. —Sí, lo sé. ¿Estuvo aquí toda la noche? —No podría decirlo. Cuando empezaron los gritos, la mayoría de la gente se fue y no volvió. Nos quedamos sin cobrar algunas cuentas y muchas propinas. Podrían revisar el video. Palmer dio unos golpecitos en la barra. —Gracias, lo haremos. Lo seguí fuera del bar, decepcionado de no haber podido hacer ninguna pregunta. —Algo raro pasa con ese tipo —dije. —¿Tú también lo notaste? Bien. Podemos pedirle a Rousseau que lo investigue. —¿Qué crees que se trae entre manos? —Probablemente esté vendiendo drogas detrás de la barra. Fruncí el ceño. —¿Y estás de acuerdo con dejarlo pasar así nada más? —Absolutamente no. Rousseau remitirá el caso a alguien aquí en Boston. Técnicamente, estoy muy fuera de mi jurisdicción, y solo estoy trabajando en el asesinato por la conexión con Portsmouth. Suspiré. —Nos hemos quedado sin sospechosos. ¿Estás seguro de que no quieres usar la información del teléfono

desechable? —Aún no. Tiene que ser nuestro último recurso —dijo. —¿No hay algún tipo de límite de tiempo? ¿Como que es más probable resolver un crimen en las primeras cuarenta y ocho horas? —Eso es para secuestros. Nuestro criminal está preocupado y no al tanto de la investigación. No pasará mucho tiempo antes de que cometa un error, y cuando lo haga, estaremos ahí. Ojalá tuviera su confianza. —Entonces, ¿qué quieres hacer ahora? —Deberíamos buscar a tus primos y repasar todo lo que sabemos y cada pregunta que tenemos. —Miró alrededor—. Aquí en el vestíbulo estaría bien. Especular en público hará que nuestro tipo actúe más rápido.

Capítulo 23



Le envié un mensaje a Delia. Palmer quiere reunirse y hablar sobre el caso. ¿Pueden bajar ustedes dos?

Nos morimos de hambre. ¿Nos vemos en el restaurante?

Ahora que pensaba en comida, mi estómago empezó a rugir. —Se reunirán con nosotros en el restaurante.

—Quiero llamar a Rousseau primero y contarle sobre el camarero —dijo Palmer.

—Te daré algo de espacio —dije.

Frunció el ceño. —Quédate donde pueda verte, ¿de acuerdo?

Caminé por el pasillo y estaba a punto de darme la vuelta para volver con Palmer cuando escuché gritos. Me detuve y escuché.

—¿Estás bromeando, Larkin? Tienes mucho descaro para intentar echarme la culpa.

¿Larkin? ¿Como el dueño del arma que mató a Caroline y Marco?

—Solo necesito algunas respuestas. ¿Qué tenía un don nadie camarero contra ti que tuviste que matarlo? —dijo el otro hombre, presumiblemente Larkin.

—Absolutamente nada. Estás ladrando al árbol equivocado, y no necesito escuchar estas tonterías. Tengo trabajo que hacer, y tú probablemente deberías irte a casa antes de que alguien nos vea juntos.

Cuanto más los escuchaba, más pensaba que conocía esa voz. Me agaché y me asomé por la esquina, esperando que esto evitara que los hombres me vieran espiarlos. Tenía razón, era Evan Branham. ¿Por qué Larkin culpaba a Branham por los asesinatos de Caroline y Marco? ¿Cómo se conocían siquiera?

—Escucha, la policía dijo que fue mi arma la que mató a dos personas este fin de semana —dijo Larkin—. Cualquier cosa que pase con ella, soy responsable. Voy a tener que decirle a la policía que tú conocías la combinación de mi caja fuerte. Nadie más podría haberla robado sin forzar la caja.

—Pero no la conozco —dijo Branham.

Aparté la cabeza de la esquina para que Larkin no pudiera verme. Miré hacia el pasillo, pero había demasiada gente como para lanzar un hechizo de invisibilidad. Estaba atrapada escuchando a escondidas a plena vista. Le hice señas frenéticamente a Palmer, pero no respondió.

—Mi prima Joanna dijo que sí. Te la dio cuando estabais casados —dijo Larkin.

Branham se rio. —Eso es un rumor en el mejor de los casos. Cualquier abogado medianamente decente podría destrozar ese argumento. Además, yo también tengo secretos tuyos. No creo que quieras que tu socio sepa cuánto has estado desviando de los libros, ¿verdad? —preguntó Branham.

Larkin no dijo nada, así que me asomé de nuevo por la esquina. Tenía los puños apretados, y pensé que seguramente golpearía a Branham si no se callaba.

Branham parecía tranquilo y relajado. Se veía más relajado de lo que la mayoría de la gente estaría cuando se les acusa de asesinato. —Honestamente, cualquiera podría haber forzado tu caja fuerte. Podría haber sido tu vecino. Siempre me pareció que tu esposa era demasiado amigable con él. ¿Quién sabe? Tal vez tenían algo y tú no lo sabías. Podrían haber sido uno de tus hijos. ¿Alguna vez pensaste en mantener la combinación en secreto para ellos?

Larkin sonaba indignado. —Difícilmente creo que mi hijo de 12 años vaya a robar un arma, tomar un autobús a Boston y matar a un extraño al azar, ¿no crees?

Aparté la cabeza de la esquina y me enderecé. Palmer me daba la espalda, todavía hablando con el jefe.

—Por supuesto que no. Te estás perdiendo mi punto. Podría haber sido cualquiera, pero pareces estar obsesionado conmigo. Te sugiero que encuentres algunos hechos antes de empezar a acusar al asistente del alcalde de tu ciudad. La vida se te va a poner muy difícil si no retrocedes ahora.

—Escucha, te hice el favor de conducir hasta aquí para que pudiéramos hablar de hombre a hombre. Veo que no estás listo para eso. Si la policía viene a hablar conmigo de nuevo, les diré todo lo que sé y todo lo que sospecho. No tiene por qué ser así. Pero si no vas a ser sincero conmigo, no hay nada más que pueda hacer por ti.

Antes de que me diera cuenta, Larkin pasaba junto a mí. Esperaba que Branham no lo siguiera, porque no quería que pensara que había estado escuchando. No tuve suerte. Branham casi chocó conmigo al doblar la esquina tras Larkin.

—Oh, disculpe —dije.

—No pasa nada. Sin daño. —Un destello de reconocimiento brilló en sus ojos—. Vaya, si es usted, señorita Proctor. Tenía intención de hablar con usted. ¿Por qué no vamos a tomar algo?

No me gustó cómo me miraba. —Oh, me encantaría, pero no puedo. Tengo que encontrarme con...

Me agarró el brazo con fuerza.

—Oiga, eso duele y me va a dejar un moratón —dije, alzando la voz con cada palabra.

—No es prudente decirme que no. —Empezó a empujarme por el pasillo, sin darse cuenta de que Palmer nos observaba.

—Aquí estás, te he estado buscando por todas partes. ¿Estás lista para irnos? —preguntó Palmer.

Le sonreí a Branham y me solté de su agarre aflojado. —Por supuesto, detective Palmer.

Palmer asintió a Branham mientras pasábamos junto a él hacia el vestíbulo.

Palmer parecía preocupado. —¿Qué hacías con él? ¿Recuerdas que te dije que siempre

aparece otro sospechoso? Él es nuestro más reciente.

—Lo sé. No creerías lo que acabo de escuchar. Estaba hablando con un tipo llamado Larkin, el dueño del arma robada, ¿verdad? Larkin acusó a Branham de robar su pistola. Branham dijo que no lo hizo y luego sugirió un montón de otras personas que podrían haberlo hecho. Pero estoy convencida de que Branham la tomó, porque amenazó a Larkin. Normalmente no amenazas a alguien si eres inocente.

—Cierto. El jefe acaba de llamarme para decirme que Branham y Larkin solían estar emparentados. Branham estuvo casado con la prima de Larkin. Se divorciaron hace años.

Asentí lentamente. —Entonces, ¿Branham es nuestro hombre? —pregunté.

—Eso parece. Pero necesitamos algunas pruebas. Será más fácil vincularlo al asesinato de Marco, y luego esperar que confiese el asesinato de Arneson una vez que lo hayamos acusado.

Genial. Pero ¿cómo vamos a hacer eso? Caminábamos hacia la oficina de seguridad, y tuve un terrible presentimiento. —¿Esto significa que tengo que revisar todas las grabaciones de las cámaras de seguridad?

—Tú no. Mansuri. Uno de sus chicos puede adelantar el video y luego avisarnos cuando encuentre a Marco saliendo del bar.

—¿No crees que deberíamos pedirle que busque a Branham en su lugar? —pregunté.

—No. Branham estuvo por todas partes el viernes por la noche, pero Marco estaba en el bar. Será más fácil seguirlo a él.

Nos detuvimos frente a la oficina de Mansuri. Palmer entró sin llamar, y yo lo seguí. Mansuri se sobresaltó en su silla, haciendo el encubrimiento más rápido por dormirse en el trabajo.

—Tengo un trabajo para ti. Necesito que sigas a Marco en las grabaciones de las cámaras de seguridad del viernes por la noche. Empieza desde que salió del bar. —Palmer le entregó una tarjeta de presentación—. Llámame cuando lo encuentres.

—¿Ya no llamas a la puerta? Esta no es tu oficina, ¿sabes?

—Lo siento —dijo. No me correspondía disculparme por Palmer, pero si ibas a pedirle un favor a un hombre, era mejor no molestarlo.

—Al menos uno de ustedes tiene modales. No necesito revisar las grabaciones. Hice que uno de mis chicos lo hiciera más temprano hoy —dijo Mansuri.

Palmer parecía furioso. —¿Y no pensaste en traerme esto a mí o al detective Rousseau inmediatamente?

Mansuri sonrió con suficiencia. —Estaba seguro de que tarde o temprano ustedes, detectives estrella, se darían cuenta de que necesitaban mi ayuda.

Mansuri presionó algunas teclas en su computadora y vimos a Marco en el bar. El video tenía una marca de tiempo del viernes por la noche. —Esto es antes de que comenzara todo el alboroto. Las cosas están bien, él está feliz, y luego empezaron los gritos.

Observamos el video, y era extraño verme a mí misma riendo y divirtiéndome con Thea y Delia. No sabía si el video no tenía sonido, o si Mansuri simplemente no lo estaba reproduciendo para nosotros. Todos se giraron para mirar hacia las puertas del restaurante al mismo tiempo y luego, una fracción de segundo después, me levanté y salí del encuadre, con Thea y Delia siguiéndome de cerca. Marco se quedó en el bar pero levantó el auricular de un teléfono. Unos momentos después lo colgó, sin haber marcado.

—¿Por qué no marcó al 911? —pregunté.

—A los empleados del hotel se les entrena para referir todo a esta oficina primero. Ni siquiera debería haber levantado el teléfono —dijo Mansuri.

Marco se quedó detrás de la barra durante otros diez minutos, hasta que otro bartender se unió a él. Se marchó y la cinta que Mansuri nos estaba mostrando cambió a otra cámara.

—Estaba tomando su descanso habitual aquí —explicó Mansuri.

Lo vimos entrar en el vestuario de hombres solo para personal. Continuamos observando y vimos a algunas otras personas saliendo y luego a Evan Branham entrando.

—Ajá —dije.

—¿Puede detener el video en el hombre que acaba de entrar? —preguntó Palmer.

Mansuri rebobinó la grabación y la congeló en el cuadro donde apareció Branham.

—Deténgase ahí —ordenó Palmer.

La calidad de la imagen de la cámara no era alta, pero podíamos ver que Branham tenía algo en las manos y la camisa. Algo que se parecía mucho a sangre.

—¿Hay alguna forma de ver sus zapatos? —pregunté.

Palmer me miró interrogante.

—Me pregunto si el trozo de cuero del que te habló Delia provino de su zapato —dije.

Mansuri no se movió para hacer lo que le pedí hasta que Palmer lo miró. —¿La escuchó? ¿Podemos?

Mansuri rebobinó el video y lo avanzó lentamente hasta que encontramos una toma clara de los zapatos de Branham.

—Miren, ahí. Sus zapatos están raspados.

—¿Y? —preguntó Palmer.

—No lo estaban antes en la noche.

Continuamos viendo el video hasta que Branham salió. Se había limpiado las manos y abrochado la chaqueta, cubriendo la mayor parte de las salpicaduras de sangre. El video lo siguió hasta los ascensores y luego se detuvo.

—Branham fue a su habitación después de esto —dijo Mansuri.

—Gracias por su ayuda —dijo Palmer—. Isabella, vámonos.

Salió rápidamente de la oficina, y me apresuré para mantenerme a su paso.

—Entonces, ¿supongo que estos videos no tienen audio? —pregunté.

—No. Pero está bien, vamos a volver con el bartender y preguntarle por qué no notó que Marco no regresó. Tal vez le dijo algo a su jefe.

Tal vez. Eso podría explicar por qué había estado tan nervioso al hablar con nosotros.

Regresamos al bar, y esta vez, el gerente saludó a Palmer por su nombre. —Detective Palmer, ¿de vuelta tan pronto? ¿Está listo para una copa?

—Todavía no. Aún estoy en medio de mi jornada laboral. ¿Qué puede decirme sobre Marco no regresando después de su descanso el viernes por la noche?

—No mucho. Nunca antes había faltado a un turno, así que iba a hablar con él la próxima vez que lo viera. Supuse que se había enfermado o algo así. El personal de servicio no siempre es confiable, y pensé que esta podría ser su forma de renunciar.

—¿No pensó en verificar cómo estaba? —pregunté.

—Como dije, la gente falla todo el tiempo. Estaba molesto porque iba a hacer que él cerrara la noche para que yo pudiera irme temprano a casa. Arruinó ese plan para mí.

—Dado que todos sus planes han sido arruinados ahora, ¿no podría mostrar un poco de respeto por los muertos? —espetó Palmer.

Este era un lado de Palmer que no había visto antes. No me di cuenta de que esperaba tanto respeto por sus víctimas. Tal vez estaba molesto porque Marco era una víctima inocente. Por otro lado, Caroline también era una víctima. Sin embargo, no había escuchado a nadie

faltarle el respeto a su memoria.

Capítulo 24



Salimos del bar y llamé a Delia.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—Estoy con Palmer. Sabemos quién es el asesino. Es Evan Branham.

—¿Estás bromeando? —preguntó Delia.

—Ni un poco. Tenemos pruebas y Palmer y yo vamos a buscarlo ahora.

Palmer interrumpió mi llamada.

—Diles a tus primas que se mantengan alejadas. Ya es bastante malo que tú vayas a estar allí cuando es peligroso.

—Palmer dice que se mantengan alejadas, así que pidan servicio a la habitación y nos vemos luego.

—No vamos a hacer eso. Quieres que vayamos, ¿verdad? —preguntó Delia.

—Cierto —dije.

—Vamos en camino —dijo Delia.

—Genial. Nos vemos luego. Pídeme postre también. —Me volví hacia Palmer—. ¿Por dónde deberíamos empezar? —pregunté.

—Si yo fuera él, estaría empacando mis cosas y largándome de aquí —dijo Palmer.

—¿Empezamos por el estacionamiento y luego vamos hacia su habitación? —pregunté.

Palmer me sonrió.

—Ves, tienes instinto para estas cosas.

De camino al estacionamiento, divisé a Branham frente a mí. Toqué el brazo de Palmer y señalé. Miró alrededor, pero no había policías ni guardias de seguridad a la vista. Sabía que Rousseau había apostado oficiales de civil en el hotel, pero no conocía a ninguno de ellos.

—Odio hacer esto, pero ve y alcánzalo, hazle algunas preguntas tontas. Solo mantenlo ahí mientras yo lo rodeo por el otro lado.

Hacer preguntas tontas, eso podía hacerlo. Me di la vuelta y corrí tras Branham.

—Señor Branham, espere un momento.

Branham se dio la vuelta y vio que era yo. Se giró y continuó caminando. Empecé a correr, y cuando lo alcancé, me paré frente a él, obligándolo a detenerse.

—¿No me oyó llamándolo? Tengo un par de preguntas de negocios para usted. Pensé que podríamos hablar de eso ahora, antes de que termine la conferencia y todos volvamos a casa y estemos demasiado ocupados de nuevo.

Branham no parecía creerme. Era hora de doblar la apuesta con las mentiras.

—Mis primas querían que hablara con usted. Están considerando su idea de un tour que incluya su granja y querían mi opinión.

Eso captó su atención.

—No es realmente el mejor momento para responder preguntas —dijo.

—Solo tomarán un minuto, lo prometo.

Miró su reloj.

—Está bien, puedo darte cuatro minutos. Dispara.

¡Rayos! Ahora tenía que pensar en preguntas reales.

—Bueno —dije lentamente—, ¿durante cuántos años ha sido su granja una granja en funcionamiento, y durante cuántos años ha sido solo el hogar de su familia?

Branham puso los ojos en blanco.

—No entiendo por qué tengo que responder una variación de una pregunta que ya me han hecho contestar. ¿Acaso ustedes tres no hablan antes de decidir molestar a gente ocupada? La granja fue una granja en funcionamiento hasta 1978. En ese momento, mi familia cambió su enfoque de la agricultura a la política.

—Oh, bueno, eso es muy interesante. No me di cuenta de que la política pudiera ser realmente un negocio familiar. —Me estremecí. Esa fue la mentira más transparente que había dicho jamás.

Branham tampoco parecía creerme.

—¿Por qué exactamente necesitas las respuestas a estas preguntas ahora mismo?

Sonreí.

—Como dije, quería hablar antes de que terminara la conferencia. Thea me estaba presionando para asegurarme de tener respuestas hoy. La próxima vez que hable con ella, ciertamente puede quejarse de sus prácticas comerciales.

El rostro de Branham se endureció. En lo que pareció un movimiento rápido y practicado, Branham se movió a un lado alrededor de mí, puso un brazo alrededor de mi cintura y usó el otro brazo para sostener su pistola bajo mi barbilla, apuntando hacia arriba.

Capítulo 25



Intenté apartarme de la trayectoria del arma de Branham, pero él la mantuvo apuntando a mi barbilla.

Palmer apuntó su arma hacia nosotros. Dudaba que me estuviera apuntando a mí, pero Branham no era mucho más alto que yo, así que Palmer no tenía mucho a lo que apuntar sin darme a mí también.

—Baja el arma, Branham —ordenó Palmer.

Branham me acercó más a él. —No puedo hacer eso, detective. De repente, necesito salir de la ciudad y no puedo dejar que te interpongas en mi camino.

Detrás de Palmer, Thea y Delia se acercaron corriendo.

Branham presionó su arma con más fuerza en la zona blanda detrás de mi barbilla. —No estoy bromeando, Palmer. Y deshazte de esas dos chicas.

Palmer debía tener una visión periférica fantástica, porque no se volteó a mirar. O eso, o sabía que ellas no me dejarían en peligro. —Thea, Delia, me encargaré de esto y se la devolveré en un par de minutos. Pero necesitan irse ahora mismo.

Esperaron a que yo les dijera qué hacer.

—Escuchen, Palmer es bueno en esto. Puede hacer que nuestros problemas desaparezcan. Así que necesito que ayuden y se vayan —dije.

Se veían sombrías, pero asintieron. Esperaba que hubieran captado mi mensaje.

Branham dio un paso atrás y me arrastró con él. —Si no vas a dejarme llegar a mi auto, voy a tener que arrastrarla por el vestíbulo. Todos esos civiles. Alguien podría salir herido, y podría asegurarme de que esas dos chicas estén en la trayectoria de una bala —amenazó Branham.

Mi corazón latía con fuerza. Dos hombres diferentes me apuntaban con armas, y honestamente no estaba segura de si iba a salir viva de esto. Podía sentir el corazón de Branham acelerado, y sabía que no estaba tan calmado como sonaba.

—Suelta tu arma, Palmer, o ella lo pagará.

Palmer me miró, luego a Branham, y levantó las manos. Dejó su arma en el suelo, sin apartar los ojos de nosotros. —De acuerdo. He hecho algo por ti, ahora quiero que hagas algo por mí.

Branham dio otro paso atrás y me arrastró con él. Intenté no hacérselo fácil, pero me jaló hacia atrás con tanta fuerza que casi tropiezo.

—Todo lo que quiero es que quites tu dedo del gatillo. Puedes mantener el arma apuntándole, pero mueve tu dedo. No necesitamos accidentes, y ella no te sirve de nada si la matas —dijo Palmer.

Aunque todo eso era cierto, realmente preferiría que Branham también bajara su arma.

Creí ver que Palmer relajaba su mandíbula un poco, y esperé que eso significara que Branham había quitado su dedo del gatillo.

—Ya que todos sabemos que fuiste tú quien mató a Caroline y Marco, ¿por qué no te explicas? Estoy segura de que hay algunas circunstancias atenuantes que un juez podría tener en cuenta —dije.

Branham soltó una breve carcajada en mi oído. —Lo maté porque me vio lavándome la sangre de Caroline en el vestidor de hombres. Fingió creermelo cuando le dije que hubo un accidente con el jarabe de cereza en el buffet de postres, pero es un pésimo actor. Bueno, era un pésimo actor. Le dije que se metiera en su casillero, y que solo lo encerraría.

Branham se rio. —Me creyó. Qué ingenuo. Así que se metió en su casillero y le disparé.

—Ahora que lo pienso, solo he visto a un actor peor, y esa eres tú. ¿De verdad creíste que me tragué que necesitabas hablar conmigo sobre la granja?

—Supongo que no. ¿Fuiste tú quien puso esa nota amenazante bajo mi puerta?

—Por supuesto que fui yo. No estarías aquí ahora si me hubieras escuchado.

—No sabías que Arneson tenía una coartada, ¿verdad? Eso nos ayudó a reducir la lista de sospechosos —mentí.

—Me precipité, claro. Pero se sintió bien amenazarlas a ustedes tres. No tienen por qué meterse en mis asuntos.

—Hay algo que no entiendo. ¿Cómo saliste del patio sin que te vieran?

—Estuve aquí la semana pasada, comprobando las rutas de escape. Había planeado usar el pasillo que utilizaban los camareros para llevar la comida. Estaba cerrado cuando el patio cerró, así que tuve que sobornar al encargado de la cocina para que lo abriera.

¡Ajá! Ahora tenía sentido el sobre con dinero que Javier le llevó al chef principal.

Dimos otro paso hacia atrás. Quedaban ocho pasos más hasta llegar a la esquina para entrar en el vestíbulo. ¿Dónde estaban Thea y Delia? Necesitaba mantenerlo hablando hasta que llegaran. —Está bien, entonces, ¿por qué mataste a Caroline? —pregunté.

—La conocías. ¿Nunca quisiste hacerla callar? —preguntó.

Claro, era una molestia, pero nunca estuve tan enojada con ella.

—Eso no puede ser todo. Mucha gente es molesta, pero estoy bastante segura de que no vas disparando a cada uno de ellos, ¿verdad?

—Ella nunca entendió su lugar. Jamás iba a dejar a mi esposa por ella. Soy un político. Puedo divorciarme una vez, pero dos divorcios y el público ya no confiará en mí. Tengo planes, y no terminan en Portsmouth.

Sentí un toque en mi hombro y suspiré aliviada. Thea y Delia estaban aquí. No sabía qué tenían planeado, así que no hice nada.

—¿Y crees que alguien va a confiar en ti ahora? —pregunté.

—No más charla. Tenemos que salir de aquí.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —pregunté.

—Si vienes tranquilamente y nadie nos sigue, te dejaré ir al borde de la carretera. Si veo que alguien nos sigue, o cualquier policía, aunque sea dirigiendo el tráfico, te dispararé.

Branham se movió para dar un paso atrás con una pierna. Cuando fue a mover la otra pierna, cayó hacia atrás, soltándose instintivamente al extender los brazos. Mis rodillas estaban tan débiles que me giré y casi caí encima de él. Fue entonces cuando escuché un crujido agudo y vi que sus ojos se vidriaron y se cerraron.

Palmer estaba a mi lado, agarrando el arma de Branham en un instante. Me levantó del suelo.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño?

—Estoy bien. Estoy bien, no me ha hecho daño. —Me volví y miré a Branham—. ¿Qué le pasó? —pregunté.

Palmer se inclinó y levantó uno de los párpados de Branham. —Parece que se desmayó.

—Escuché su cabeza golpear el suelo. Va a tener un enorme chichón. —Vale, las dos afirmaciones no estaban tan relacionadas como podría haberle hecho creer a Palmer, pero definitivamente no iba a decirle que una de mis primas invisibles lo había golpeado.

Capítulo 26



Branham abrió los ojos lentamente. —¿Qué pasó?

—Te desmayaste. No pudiste soportar la presión y te desconectaste por unos minutos — dije.

Se incorporó y Palmer volvió a apuntarle con el arma. —Me está matando la cabeza.

—Escuché cuando golpeó el suelo. Probablemente tendrás un buen chichón por un tiempo.

Palmer me entregó unas esposas. —¿Sabes cómo usarlas? —preguntó.

—Estoy bastante segura de que puedo aprender sobre la marcha.

Palmer levantó su arma. —Levántate despacio. No quiero dispararte, pero lo haré.

—No puedes dispararme, soy el asistente del alcalde. Soy tu jefe —dijo Branham.

Palmer se burló. —Confesar un asesinato viola tu juramento de cargo. Además, yo respondo ante el jefe. Ahora levántate.

Se puso de pie y miró frenéticamente a su alrededor.

—Ni lo intentes. No puedo fallar desde aquí —advirtió Palmer.

Le tiré un brazo hacia atrás y le puse una esposa en la muñeca. Hizo un ruido satisfactorio al cerrarse. Agarré el otro y puede que lo haya tirado más atrás de lo necesario.

—Oye, ten cuidado —dijo Branham.

Le esposé la otra muñeca y me aseguré de que estuvieran apretadas.

Palmer enfundó su arma y revisó mi trabajo. —¿Quién diría que una herbolaria sabría asegurarse de que estuvieran apretadas?

—Culpo a mi juventud mal aprovechada, viendo demasiadas series policiacas.

Dos paramédicos y el detective Rousseau entraron a nuestro pasillo. Ahora que lo pensaba, era un milagro que nadie más hubiera entrado mientras estábamos allí.

Rousseau le dio una palmada en el hombro a Palmer. —Buen trabajo, yo me encargo desde aquí.

Rousseau le quitó una de las esposas a Branham y luego lo esposó a la camilla. Mientras los paramédicos examinaban a Branham, sentí una ola de agotamiento recorrerme. Palmer me rodeó la cintura con el brazo.

—Aguanta, ya todo terminó.

—Lo sé. Creo que solo necesito sentarme —dije.

—Vamos a ver si tus primas están en el vestíbulo.

Thea y Delia estaban sentadas en las sillas más cercanas al pasillo, con expresiones asustadas en sus rostros. Iba a tener que recordar lo bien que estaban fingiendo su preocupación por mí. Sabían que yo estaba bien. Esbozaron grandes sonrisas y corrieron a abrazarme. Delia incluso besó a Palmer en la mejilla, lo cual pensé que era exagerar un poco. Él no era suyo para besarlo. De hecho, yo resolví el caso antes que Palmer, y él me debía una.

Y se la iba a cobrar, aquí mismo en el vestíbulo, frente a todos.

—Oh, gracias a la diosa que estás bien —dijo Thea mientras me aplastaba en un abrazo.

—Por supuesto que estoy bien, Palmer tenía todo bajo control —dije mientras me hundía en la silla de Delia.

—Tengo que ir con Rousseau —dijo Palmer—. ¿Estarás bien aquí?

—Espera, no te puedes ir todavía —dije.

Me miró con perplejidad. —¿Qué quieres decir?

—Resolví el caso antes que tú. Y estamos en el vestíbulo.

No parecía entender de qué estaba hablando.

—Hiciste una promesa. Si resolvía el caso antes que tú, tú...

El reconocimiento brilló en sus ojos y una lenta sonrisa se extendió por su rostro. —Vas a tener que ponerte de pie.

Me levanté y lo miré. ¿Realmente íbamos a tener nuestro primer beso aquí mismo? Mi corazón latía con fuerza mientras él ponía sus manos en mi cintura y me atraía hacia sí.

Me dio una mirada interrogante y asentí mientras ponía mis brazos alrededor de su cuello. Se inclinó y rozó lentamente sus labios con los míos. Mi piel hormigueó de la misma manera que lo hacía cuando apenas podía controlar mi magia. Me envolvió en sus brazos y continuó besándome.

Después de lo que pareció un tiempo muy largo, me soltó. —Vaya —susurré.

Me sonrió. —Espero que haya valido la pena la espera.

A regañadientes, bajé los brazos. —Absolutamente.

—Palmer, ¿vienes con nosotros o no? —ladró Rousseau.

—Eso es algo a lo que tendrás que acostumbrarte, que me llamen para trabajar. ¿Estás bien?

Le sonreí radiante. —¿Después de ese beso? Me tiemblan un poco las rodillas. Ahora que hemos atrapado a Branham, estoy bien. Voy a empacar mis cosas e irme a casa. Nunca había deseado tanto que terminara un fin de semana.

Palmer me besó en la frente. —Te llamaré mañana.

Una vez que la policía se fue, me senté de nuevo.

—¿Estás realmente bien? —preguntó Delia.

—¿Y qué fue ese beso? —preguntó Thea.

—Estaré bien en unos minutos. —No quería hablar del beso todavía—. ¿Qué demonios pasó? ¿Qué le hicieron a Branham?

Thea me apretó la mano. —En primer lugar, lo sentimos mucho por tardar tanto en volver contigo. No queríamos precipitarnos sin un plan. Decidimos que lo único que podíamos hacer era

golpearlo en la cabeza. Pero temíamos que si hacíamos eso, se tensaría y te mataría.

Delia continuó la historia. —Ahí es cuando se me ocurrió congelar su dedo para que no pudiera apretar el gatillo. Una vez que el hechizo estaba funcionando, Thea le impidió moverse hacia atrás. Pensamos que esto haría parecer que tropezó, para que Palmer no sospechara, y entonces Thea lo golpeó en la cabeza con una maceta de metal.

Delia cogió una maceta de la silla a mi lado y me mostró la abolladura que la cabeza de Branham había hecho en ella.

—¡Ay! Oí el crujido en su cráneo. Sonó horrible —dije.

Thea sonrió. —Sí, estaba furiosa. No solo mató a dos personas, sino que te amenazó. Necesitaba que le dieran una lección.

—Palmer piensa que Branham se desmayó y se golpeó la cabeza contra el suelo, así que eso debería estar bien —dije.

Tomé un respiro profundo. —Bien, creo que estoy lista para salir de aquí. Y Delia, prométeme una cosa.

—Claro, ¿qué? —preguntó ella.

—La próxima vez que vayamos de vacaciones, yo elijo el lugar.

¿Es este el final de la historia de Isabella y Palmer? ¡De ninguna manera!

[¡Consigue tu copia](#) de A LA LOTO para que puedas seguir leyendo esta serie hoy mismo!

¿QUÉ SIGUE?

¿Qué puedes hacer cuando un enemigo reclama santuario en tu hogar?

Hester Johnson no es la persona favorita de nadie, pero cuando llega a la Casa Proctor suplicando que la escondan, la familia Proctor la acoge.

Cuando algo asusta a Hester, huye... directamente hacia su asesino. ¿Es coincidencia que la dejen en la puerta de Isabella?

El peligro nunca ha sido mayor para el detective Palmer e Isabella necesita protegerlo, encontrar al asesino y mantener los secretos de su familia.

[¡Consigue tu copia](#) de A LA LOTO para que puedas seguir leyendo esta serie hoy mismo!

ADELANTO

Esperaba pasar al menos una noche en mi apartamento antes de tener que regresar a Proctor House. Qué curioso cómo la vida no suele salir como uno espera.

Ajusté mi agarre en la caja de IKEA que contenía el armazón de mi nueva cama tamaño queen. Si Delia y yo lográbamos subir esta caja por las escaleras hasta mi apartamento, habríamos terminado con todas las cajas excepto las más ligeras. Había gastado hasta el último centavo de mi dinero del seguro de inquilinos en muebles nuevos y ansiaba tener un apartamento con un estilo que dijera algo más que "barato o gratis".

Hace tres meses, uno de los miembros de la Fraternidad de Brujas Libres intentó incendiar mi edificio de apartamentos. Por suerte, nadie resultó herido y el edificio sufrió más daños por humo y agua que por otra cosa. Me había mudado de vuelta a Proctor House y decir que estaba ansiosa por volver a mi apartamento era quedarse corto.

Había pasado a hablar con el Sr. Subramanian una vez por semana más o menos para ver cómo iban las renovaciones. Tenía curiosidad, pero principalmente lo hacía para aliviar mi culpa. El pirómano intentaba hacerme daño y pensé que estar allí de alguna manera lo haría más fácil para el Sr. S.

Finalmente era hora de regresar a mi apartamento y, aunque intenté ocultarlo, es posible que hubiera más alegría en mis pasos cuando entré en la cocina de Proctor House en lo que creía que sería mi última mañana allí.

—Te ves animada —dijo la tía Nadia mientras me entregaba una taza de té y un panecillo de naranja y jengibre.

Me senté a la mesa junto a mi madre.

—Lo estoy. Estoy emocionada por arreglar mi apartamento justo como quiero.

Jameson saltó a su silla y la tía Nadia le puso delante su tortilla de queso tamaño gato.

—Me quedaré aquí hasta que todo esté terminado.

Por supuesto que lo haría. Aunque es mi familiar y mucho más que un gato, no quería renunciar a los mimos que mi familia le daba. Mi madre le rascó entre las orejas.

—Los vamos a extrañar a los dos —dijo mi madre.

—Estoy segura de que Jameson volverá regularmente por cualquier cosa que la tía Nadia le cocine —lo miré por un momento—. Aunque creo que no le vendría mal saltarse algunas comidas.

—¿Estás lista para irnos? —preguntó Delia, sacándome de mis pensamientos sobre la mañana.

—Oh, cierto. Sí —empecé a subir las escaleras hacia atrás hacia mi apartamento, sosteniendo mi extremo de la caja más pesada.

Detrás de nosotras, Thea estaba deslizándose la caja con mi mesita de noche por las escaleras.

—¿No tienes un novio que pueda ayudar con todo este levantamiento pesado?

Le mostré una gran sonrisa tonta.

—Sí, tengo un novio grande, fuerte y alto, pero está afuera atrapando a los malos, así que estamos por nuestra cuenta.

Thea puso los ojos en blanco.

—Podrías ser un poco menos presumida, ¿sabes?

Me reí.

—No estoy segura de poder, al menos no todavía. Estará aquí después de las seis, con comida para llevar, y ayudará a armar los muebles.

Finalmente logramos meter las cajas en mi apartamento recién renovado. El Sr. Subramanian hizo un gran trabajo eligiendo los colores para las paredes y la alfombra. El azul hielo de las paredes se veía genial contra el azul pizarra de la alfombra. La alfombra se sentía como si tuviera un acolchado extra debajo porque amortiguaba mis pies con cada paso. Una vez que me deshiciera de los olores a pintura y alfombra nueva, el apartamento sería perfecto para Jameson y para mí.

Bueno, casi perfecto. No me gustaba el hierro forjado en las ventanas. Entendía por qué mi casero sentía que era necesario y, objetivamente, era bastante bonito, pero me sentía como si pudiera quedar atrapada en mi propio apartamento sin forma de escapar.

—Voy a desempacar algunas cosas antes de hacer otro viaje por las escaleras —dijo Delia.

Thea levantó una caja.

—Buena idea. ¿Dónde va esto?

Miré la caja que sostenía. Para convencer a Jameson de volver al apartamento, había tenido que ceder a algunas de sus peticiones menos costosas. La caja contenía una fuente de agua para su habitación. Me negué a dejarle tener peces dorados en la fuente.

—Eso va en su dormitorio, y llénala de agua una vez que la conectes, por favor.

—Mimas a ese gato de una manera feroz —dijo Thea.

—¿Yo? ¿Viste cómo lo trataban las tías? Va a estar muy infeliz aquí.

—No lo estará. Simplemente visitará la casa todos los días porque sabemos que mi madre continuará preparándole todo el pescado que quiera —dijo Delia.

También accedí a un dispensador automático de comida y una cama de tamaño real para humanos. No estaba segura de necesitar ceder a ninguna de estas exigencias porque, como portadora del Amuleto del Obispo, él era mi familiar lo quisiera o no.

—Colgaré mi ropa —dije.

No es que tuviera mucha que colgar. Todavía estaba trabajando en reponer mi guardarropa. Los conjuntos que Delia me había dado en Boston constituían la base de lo que usaba a diario porque estaban mágicamente ajustados a mí y habían sido encantados para repeler toda suciedad y manchas. Si pudiera encontrar una manera de producir en masa este hechizo, podría ser una mujer muy rica. Tomé los tres vestidos y el único par de pantalones de vestir que tenía y los colgué en el armario.

—¿Qué tal esto? —llamó Delia desde la sala de estar.

Asomé la cabeza fuera de mi habitación. Sostenía una alfombra floral azul marino. —No estoy segura. O va frente al sofá o en mi dormitorio. ¿Tú qué opinas?

—Creo que deberíamos esperar a que acomodemos los muebles antes de decidir.

Mi teléfono sonó y la cara de Palmer apareció en la pantalla. Todavía pensaba en él como Palmer. Lo había llamado Steve una o dos veces, pero se sentía un poco raro. Aunque, por otro lado, usar solo su apellido también empezaba a sentirse un poco extraño.

—Hola, justo iba a llamarte —dije.

—No podré ir esta noche. No puedo darte detalles, pero estaré trabajando toda la noche.

—¿Deberíamos preocuparnos? —pregunté.

—Tú no, pero quizás no quieras perder de vista a tu abuela durante los próximos días.

Eso requeriría mucho trabajo. —No le va a gustar que la vigilen.

—Le gustaría aún menos estar muerta. Dile que yo dije eso.

—¿Me avisarás cuando sea seguro de nuevo? —pregunté.

—Lo haré. Ten cuidado cuando salgas.

Colgué. —No habrá entrega de cena esta noche. Estamos por nuestra cuenta.

—¿A quién persigue? —preguntó Delia.

Fruncí el ceño. —No pudo decirlo, excepto que necesitamos vigilar a la abuela.

—Tal vez deberíamos ir a comer a la casa —dijo Delia.

—¿Entonces, cena en casa? —preguntó Thea.

Asentí. —Parece que después de todo no dormiré aquí.

[¡Consigue tu copia](#) de A LA LOTO para que puedas seguir leyendo esta serie hoy mismo!

Sobre la autora

Todo comenzó cuando aprendió a leer a los cinco años. Uno de sus primeros y más queridos recuerdos es el de palabras pegadas con cinta adhesiva a todos los objetos de la casa. Poco después, los libros se convirtieron en lo mejor del mundo y ya no hubo vuelta atrás.

Sufrió una crisis de confianza en la escuela secundaria y la universidad y decidió que escribir era demasiado difícil, así que obtuvo un título en Química y más tarde se matriculó en un programa de doctorado en Física. Tres cambios de carrera y cuatro hijos después, ha vuelto a escribir y es mucho más feliz por ello.

Ahora trabaja desde su oficina en casa en New Hampshire, rodeada de libros, niños y mascotas ocasionales.

Conoce más sobre Lisa y sus libros, y asegúrate de suscribirte a su boletín en

Al norte de los cuarenta

Rebecca Wright por fin ha tenido suficiente. Suficiente de su marido infiel, suficiente de moldearse a la imagen que él cree que ella debería proyectar, y suficiente de su superficial vida en la ciudad. Cuando se vuelve telepática a mitad de su vida, sabe que todo tiene que cambiar. Síguela mientras regresa al pueblo que ama y comienza su vida de nuevo como investigadora privada. Los casos deberían ser fáciles de resolver con la telepatía, ¿verdad? No cuando la gente se miente a sí misma tanto como a los demás.

Misterios paranormales acogedores de Isabella Proctor

Sigue a Isabella, una joven bruja vivaz, mientras florece en su poder y protege su pueblo. Junto al detective Palmer y su descarado gato parlante Jameson, descubre misterios y combate amenazas sobrenaturales. Una cautivadora mezcla de humor, corazón y fantasía teje aventuras mágicas que resuenan tanto con los fanáticos de lo paranormal como con los de los misterios acogedores. Únete a Isabella mientras navega por amistades, familia, amor y el fascinante mundo de la magia.